

PUCK

Y LOS
CONTRABANDISTAS

Lisbeth Werner



www.todocoleccion.net

PUCK Y LOS CONTRABANDISTAS

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: RASKE PIGER.PA SJOV - HVOR ER JILL?

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: Gonzalez Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

SEXTA EDICIÓN

Deposito Legal B. 40.896-1987

ISBN 84 310 2352-X

© Carlos Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

Ediciones Toray, S. A., 1987 Duero, 6. 08031 Barcelona

mpreso en España - Printed in Spain

Lito Fisan. S.L.. Jaume Piquet, 7. 08017 Barcelona.





Hacía un espléndido y soleado día veraniego, de aquéllos que luego se añoran durante todo el invierno, y que tan raros son en un país como Dinamarca.

Un joven caminaba sobre la caliente arena de las dunas que rodeaban el balneario de Strandbaek, situado al norte de la isla de Selandia. Llevaba al brazo una chaqueta clara, iba sin sombrero y con la camisa desabrochada. De su hombro colgaba un enorme estuche de cuero, de los usados por los fotógrafos profesionales para llevar sus máquinas y objetivos.

Tenía un aspecto agradable el joven aquel. Marchaba con los ojos medio cerrados a causa de la fuerte luz solar, pero aquello no le impedía observar con detenimiento y curiosidad a la gente que se bronceaba sobre la arena, a los que correteaban por la orilla y a quienes chapoteaban bulliciosamente en el agua.

Daba la impresión de ser el único que en la playa se ocupaba de algo serio, de estar allí en plan de trabajo. Tras el fotógrafo caminaba una bonita muchacha, simpática y resuelta, con elegantes pantalones azul celeste y una blusa a tono. Acarreaba con dificultad un pesado saco de lona en cuyo costado estaba escrito en grandes letras blancas: PER JENSEN - REVISTA «CENTRUM».

— ¿Es demasiado pesado para ti, Puck? — preguntó el joven.

La muchacha se detuvo. Quitándose un mechón de la frente, jadeó:

— No, nada de eso. — Y cambiando el saco de una mano a otra

añadió—. Pero no tenía ni idea de que un ayudante de fotógrafo debía ser algo así como una mula de carga.

El joven rió:

— No te quejes. Fuiste tú misma quien pidió este trabajo para el verano, al terminar tus estudios.

— Es extraño pensar que ya no volveré al pensionado —suspiró Puck —, que todo aquello haya terminado para siempre.

— No te preocupes. Tienes mucho camino por delante. Un mundo totalmente diferente al de la infancia está esperándote. Y siendo como eres una chica lista y despierta, no creo que tengas muchos problemas.

— Sin embargo, echaré mucho de menos a mis compañeros— dijo Puck.

— Claro que sí; pero los verás de nuevo. Encontrarse y separarse es ley de vida. Nada dura eternamente. «Todo pasa, nada permanece», como decían los antiguos griegos.

La muchacha no pudo menos que sonreír:

—No sabía que Per Jensen, fotógrafo de la revista «Centrum», también fuese filósofo.

— Lo que ocurre es que la gente nos juzga mal a los fotógrafos de prensa — contestó Per Jensen —. Piensan que todo nuestro trabajo consiste en apretar un botón. Además, debemos ser superficiales y alegres para que se nos abran las puertas. Mi trabajo consiste en ponerme en contacto con la gente; una vez logrado eso, el resto es pan comido.

Per Jensen y Puck habían sido enviados por la revista «Centrum» a Strandbaek para hacer fotografías veraniegas. Ambos estaban encantados, ya que aquel trabajo era para ellos como unas vacaciones.

Caminaban por un estrecho sendero entre las dunas, donde unos largos tablones colocados sobre la arena permitían andar sin que los pies se hundieran. De pronto escucharon un grito a sus espaldas.

Per y Puck dieron media vuelta, y vieron que una joven montada en bicicleta se les echaba encima a gran velocidad. Puck logró saltar a un lado, pero Per fue más lento y la chica, para no atropellarle, hizo un violento regate que la proyectó fuera de las tablas. La bicicleta patinó en la blanda arena seca y la ciclista salió despedida por encima del manillar.

Per fue hacia ella, seguido de Puck. Lo primero que vieron fue unas bonitas piernas tostadas por el sol, luego una maraña de cabellos color trigo y un cuerpo esbelto, vestido con «shorts» azules y blusa blanca. Finalmente se dieron cuenta de que un par de ojos azules despedían fuego de rabia y una preciosa boca, con unos dientes blanquísimos, pronunciaba con ira incontenible:

— ¡Idiota!

Puck comprendió perfectamente el enfado de la desconocida, pero Per estaba tan distraído con lo que veía que tardó en darte cuenta de que le estaban insultando.

— ¿Quién...? ¿Yo? — preguntó al fin.

— ¿Quién si no?

La maltrecha ciclista se sentó e intentó arreglar sus cabellos enmarañados durante la caída.

— ¡No sé cómo se puede andar tan distraídamente! —le recriminó furiosa.



—Pues... —dijo Per, que no había entendido nada y sólo tenía un pensamiento: « ¡Vaya chica!»

— Lo siento — dijo Puck —. La culpa fue nuestra.

La desconocida la miró. Parecía más calmada.

— Tú al menos te apartaste con rapidez — dijo—. Pero algunos andan dormidos.

Per se sobrepuso.

— Lo siento — dijo —. Lo siento muchísimo. Y si no fuera porque usted tuvo buena parte de culpa, lo sentiría aún más.

— ¿Qué dice?

— Iba usted a *demasiada* velocidad, y avisó cuando ya era *demasiado* tarde. Además, dio un giro *demasiado* violento al manillar. Habría mucho que hablar, pero dejemos el código de la circulación. Hace *demasiado* calor. ¿Me permite que le haga una foto?

— ¡Es usted un fresco!

Per se rió:

— ¿Cómo ha dicho? ¿Quiere repetirlo?

— Repetir, ¿qué?

— Eso de fresco. Su boca tiene un aspecto tan divertido cuando dice usted «fresco». Sí, así está bien... Por favor, no se toque el cabello. Me gusta mucho más así, despeinado. Mire hacia aquella gaviota... No, ésa no; aquélla... ¡Gracias! Vamos a ver... ¿Qué podemos hacer ahora?...

En un santiamén había tomado cinco o seis fotos. La chica, que aún estaba sentada en la arena, le miraba fijamente.

— Oiga — dijo asombrada—. ¿Está usted bien de la cabeza?

Puck soltó una carcajada. Per también rió.

— Hace un instante usted me llamó idiota. Por desgracia, no sé cómo demostrarle lo contrario, pero si usted cree que hay algo extraño en que yo le haga fotos, se equivoca. Es mi oficio. Soy fotógrafo de prensa. Trabajo para la revista «Centrum». Me llamo Per Jensen, pero usted puede llamarme Per, como los amigos, y no pretendo hacerme pasar por más de lo que soy... No lo olvide.

— ¿De veras es fotógrafo de prensa?

— ¿Le sorprende?

— No, pero es que yo no quiero salir en ninguna revista — dijo la muchacha.

— Pero, ¿por qué? — intervino Puck.

— No creo que le gustase a mi padre.

— Espere a ver la foto — murmuró Per.

— No, por favor. Prométame que no la publicará.

— Es una lástima; sin embargo, si usted insiste, no tengo otra alternativa.

— Insisto.

Hizo una pequeña pausa y luego añadió:

— Me llamo Kit..., Kit Brun. En realidad, mi nombre es Christine, pero resulta muy largo.

— Bueno, ahora que nos conocemos, ¿quiere dar un paseo con nosotros hasta la playa? Puede dejar la bicicleta aquí; ya no sirve de mucho.

— No, no quiero ir a ninguna parte — dijo la chica —. Además, casi me maté por su culpa.

Empezó a levantarse y Per se apresuró a ayudarle.

— No olvide que no quiero que se publiquen esas fotos. ¡Adiós! —dijo con sequedad.

Recogió su bicicleta del suelo, y al marcharse sonrió a Puck.

Cuando se había alejado en dirección a la playa, Per Jensen se volvió hacia Puck para decirle:

— He tomado una gran decisión.

* * *

Por la noche, Puck se sentía cansada y se acostó pronto. Per, sin embargo, se fue al restaurante del hotel en busca de Kit. La encontró en una mesa en compañía de su padre.

Con su acostumbrado atrevimiento, el joven la invitó a bailar y comprobó asombrado que ella aceptaba. Después de ocho bailes seguidos, Per insinuó a su pareja:

— Su padre está bostezando. ¿Por qué no lo manda usted a la cama? Quiero decir que no hay razón para que le espere. Yo me cuidaré de usted.

Ella sonrió y apretó su brazo. Volvieron a la mesa y Per fue presentado al padre de Kit. El director Brunn estaba acostumbrado a que su hija hiciese amistad con «la gente más extraña», como decía él.

— ¿Así que usted es fotógrafo? Bien, bien... Siéntese, joven. Yo me voy a acostar. Hace un calor horrible aquí.

Sacó un puro del bolsillo y se lo tendió a Per antes de marcharse. Per le miró boquiabierto. El padre parecía ser aún más original que la hija. Oyó la risa de Kit.

— Sí, así es mi padre. Ha renunciado a investigar sobre mis amigos, o quizá se haya dado cuenta de que sé defenderme bien yo sola.

Mientras conversaban, el fotógrafo saludaba continuamente a

personas que pasaban ante ellos, bailando, o que le saludaban con la mano desde las otras mesas.

— Conoce usted a un montón de gente — dijo Kit, admirada.

— Es esencial en mi oficio. ¿Conoce usted a aquellas dos chicas; esas que están en aquella pequeña mesa? Son las hermanas Smith, unas simpáticas bailarinas que tienen mucho talento. Les hice un par de fotos hoy en la playa. Las acompañaba un tipo de buena presencia, un argentino llamado Manuel Rozzo. ¿Le conoce?

Kit movió la cabeza negando.

— Es aquel que está sentado junto al bar — dijo Per, y señaló con un gesto de cabeza.

Manuel Rozzo vestía un «smoking» blanco muy elegante. Conversaba con un hombre pequeño y gordo que fumaba un gran puro. El hombrecillo parecía furioso y enfadado. La conversación tenía todo el aspecto de una discusión. El pequeño gesticulaba violentamente y Rozzo se encogía de hombros, dándole la espalda a medias mientras hacía girar su copa.

Poco después cruzó la pista de baile mientras las hermanas Smith le seguían con la mirada, y se sentó en una mesa ocupada por dos jóvenes parejas.

— A éstos los conozco yo — dijo Kit —. Son el joven director Svend Berg y su mujer, de la Compañía de Aceros, de Estocolmo. Pasan sus vacaciones aquí todos los años. Ella es muy guapa, ¿no le parece?

Per asintió. La joven Elsa Berg era una auténtica belleza nórdica: alta, esbelta y rubia. Poco después salió a bailar con Rozzo. La orquesta tocaba un brioso «cha-cha-cha», y la iluminación de la pista fue atenuada, al mismo tiempo que se encendían unos focos multicolores.

Rozzo y la joven señora bailaban como si no tocasen el suelo. Hacían una hermosa pareja y parecían olvidar todo lo que les rodeaba por el baile. Se sonreían mientras la música sonaba, alegre y cálida.

Las luces fueron atenuadas más y más, pero aún se veía perfectamente a la pareja sobre la pista de baile. Ella llevaba un traje de noche muy elegante que hacía resaltar su belleza; su cabello rubio hacía un perfecto contraste con el negro y brillante pelo de él.

— Son guapos de verdad — musitó Kit con admiración.

— Sí — asintió Per —; ella es una auténtica belleza; pero fíjese en la cara que pone su marido.

Kit giró la cabeza, y casi se sobresaltó al ver la expresión del joven sueco. No quitaba sus ojos de la pareja de bailarines, y su cara delataba un tremendo desasosiego. Estaba lívido de ira y sus ojos grises echaban chispas.

— Si no me equivoco, tendremos drama — dijo Per Jensen—. ¿Quiénes son los otros que están en la mesa?

— Kurt Moeller y su mujer Nanna. Él es ingeniero. ¿No les conoce? Hace un par de meses que han regresado de Argentina. Dicen que él es muy rico. No sé lo que hizo allí. Ella es argentina.

Per observó a la pareja. El marido tenía el pelo castaño y unos rasgos agradables, aunque algo endurecidos por la vida al aire libre.

Su mujer era una belleza, morena y resplandeciente. Vestía un traje rojo y cubría sus hombros con una mantilla negra. No había duda respecto a su origen latino. Su rostro resultaba inexpresivo, sobre todo sus ojos. No parecía interesarse por nada, pero su boca sonreía de vez en cuando y mostraba una hilera de dientes blanquísimos.

La orquesta tocaba otra pieza. Per y Kit se levantaron para ir a la pista. Sería poco decir que Per estaba enamorado. Daba gracias al destino por haberse comportado él con tanta lentitud en las dunas, porque si no ¿cómo se las hubiera arreglado para conocer a una chica tan encantadora como Kit? Sin pensar, apretó la mano de la muchacha y, emocionado, notó que ella contestaba con otro apretón. Kit echó atrás la cabeza y le miró sonriente. Él le devolvió la sonrisa y empezaron a bailar.



—Vamos — dijo Per, algo más tarde—. Salgamos a respirar un poco de aire. Como su padre muy bien dijo, aquí hace un calor

horrible.

Se abrieron paso entre las parejas y salieron a la terraza del hotel. Una escalera bajaba hasta las dunas de la playa. Kit y Per descendieron y empezaron a caminar hacia el norte. Hacía una noche maravillosa. La brisa del mar era tibia.

Per tomó a la muchacha del brazo mientras charlaban animadamente, hasta que a ella se le metió una piedra en el zapato y tuvo que sentarse en una barca colocada con la quilla hacia arriba. Per encendió un cigarrillo y se sentó a su lado.

Mientras fumaba miraba el mar, que estaba ligeramente dorado por los últimos destellos del largo crepúsculo veraniego.

— Ha sido una gran suerte haberme metido ante su bicicleta— comentó de buen humor.

Kit sacudía su zapato y limpió de arena sus pies. Luego miró a su acompañante y sonrió de forma que animó al joven a tomarla de la mano.

— Pero... — protestó ella.

— No hable usted — dijo Per en voz baja—. No estropee el maravilloso ambiente. Ya sabe... Ya sabes que tu padre me aceptó, y si tengo el consentimiento de tu padre...

Ella giró la cabeza.

— ¿Cómo lo sabe usted? ¿Cómo se le ha ocurrido semejante cosa?

— Me dio un cigarro puro, y lo interpreté como un gesto en ese sentido — dijo Per.

Ella iba a contestar, pero en aquel instante oyeron un ruido que les hizo levantar la cabeza. Estaban junto al acantilado del faro y pudieron oír arriba, en la carretera que lo bordeaba, el motor de un coche que aceleraba violentamente.

De pronto vieron la luz de unos faros que iluminaban el borde del acantilado, y al mismo tiempo se oyó el crujido de madera rota. El pretil de la carretera fue despedazado y acto seguido vieron un coche deportivo amarillo caer con estrépito desde lo alto, para estrellarse contra las rocas de la orilla.

Todo ocurrió en pocos segundos. Per y Kit quedaron paralizados al ver como el coche caía por el precipicio y se estrellaba a sólo cincuenta metros de ellos.

* * *

Los dos jóvenes se dieron cuenta inmediatamente de la gravedad del suceso, y se levantaron de un salto para correr hacia el coche destrozado. Kit iba delante, pero Per la alcanzó y la detuvo.

— No vayas. Iré yo solo.

— ¡No digas bobadas! —contestó la chica, apretando los dientes.

— ¡Haz lo que te digo! ¡Espera aquí!

— No soy un bebé. Quizá pueda ayudar.

Él admiró su valentía; no obstante, logró persuadirla para que se quedase. Per se fue corriendo hasta el coche, abrió la portezuela y se dispuso a sacar el cuerpo inanimado que ocupaba el asiento delantero. Las llamas se cerraban sobre él. Sintió un dolor agudo en la cara y en las manos, pero no retrocedió. Con un esfuerzo sobrehumano logró sacar al hombre del coche.

Lo dejó con sumo cuidado sobre la arena y con gran sorpresa se dio cuenta de que la víctima era Manuel Rozzo.

Horrorizado, comprobó que estaba muerto. El coche seguía ardiendo. Per arrastró el cadáver lejos del incendio y se acordó de su amiga. Por miedo a que ella viera el horrible espectáculo, se levantó y regresó a su lado.

— ¿Está muerto? — preguntó Kit con un hilo de voz.

Per asintió:

— Sí. Se trata de Manuel Rozzo, el argentino.

Kit le agarró del brazo como si no fuera a soltarlo nunca. Él la miró a la cara y se dio cuenta de que la chica estaba lívida, a punto de desmayarse, pero se sobrepuso. De nuevo, Per sintió una gran admiración hacia la valiente muchacha.

— ¿No podemos hacer nada?

Él negó con la cabeza.

— Pero no podemos dejarle allí. Creo que debiéramos...

De pronto Kit le soltó el brazo y corrió con pasos rápidos hacia el lugar donde Rozzo yacía. Per quiso retenerla, pero no llegó a tiempo. Se sorprendió al ver que la muchacha examinaba cuidadosamente la cabeza del muerto, pero como en aquel instante se acercaba corriendo un grupo de gente, se olvidó de ello inmediatamente.

* * *

Los periódicos de la mañana publicaron la noticia del trágico accidente en la playa de Strandbaek. Sólo «Veinticuatro Horas», que

pertenecía a la misma sociedad que «Centrum» y en cierta forma era el periódico de Per, pudo publicar fotos tomadas poco después del accidente.

Per había mandado sus rollos con un recadero, y al día siguiente se encontraba en traje de baño y con sombrero de paja, tomando el sol en una de las dunas, con la tranquilidad del deber cumplido.

Había enviado unas buenas fotografías de veraneantes en la costa y, como propina, una noticia sensacional. El periódico pudo escribir con todos los derechos: «Nuestro redactor gráfico presencié el accidente». ¿Qué más se puede pedir a un periodista? Ahora quería descansar y disfrutar de la vida.

En aquel instante vio que se acercaba Puck en compañía de Kit. Ésta llevaba un traje de baño blanco y un albornoz muy elegante. Per se quedó admirándola. ¡Qué chica tan maravillosa!

Las muchachas, al verle, saludaron con la mano. Per se levantó y fue a su encuentro. Kit no le devolvió la sonrisa con que la recibió.

— Hemos venido para contarte algo terrible — dijo seria.

— ¿Qué pasa?

— Han llegado los agentes de la policía hace media hora —dijo Puck en voz baja.

Per dio un respingo:

— ¿Qué estás diciendo?

— Lo que oyes. La Sección de Investigación, de Copenhague, está en Strandbaek.

— ¿La policía?... ¿Por qué precisamente ellos? ¿Qué ha ocurrido?... ¿Por qué no me lo dijisteis antes?... ¿Estáis completamente chifladas, chicas?

— En realidad, no sabemos nada más — dijo Kit —. No sabemos por qué han venido, a menos que..., a menos que...

— ¿No será para investigar la muerte de Rozzo? — insinuó Puck.

— No lo creo — contestó Per—. Eso fue un accidente de automóvil. Nosotros lo vimos.

— Pues... — empezó Kit vacilante, pero luego añadió—: Vimos como el coche cayó, pero no vimos qué fue lo que lo hizo caer. Siéntate. Hay algo que no te he contado. Yo examiné ayer su cabeza...

— Sí, me di cuenta y me extrañó.

— No hay motivo. He trabajado como enfermera en la sala de urgencias del Hospital Comarcal de Gentofte. Ayer tuve una sospecha al saber que el muerto era Rozzo, y ya tengo mi teoría sobre los hechos. Creo que estoy en lo cierto. Descubrí que Rozzo tenía un hematoma en la nuca.

— No sólo eso; tenía muchas más heridas.

— Sí, pero su espalda quedaba protegida por el asiento. ¿Qué me dices a eso?

— Que, de todas formas, pudo haberse golpeado. El coche cayó desde mucha altura.

— Entonces, contéstame a otra pregunta — continuó Kit testaruda—. ¿Cómo estaba cuando le sacaste del coche?

— Estaba... ¡Claro!... Tienes razón. Estaba sentado al volante, muerto. Creo incluso que sus manos se apoyaban en el volante. Estaba como atado, si me entiendes... Estaba... No era ningún espectáculo agradable, pero...

— ¿Y su cabeza?

Per chasqueó los dedos.

— ¡Kit, eres un genio! —exclamó.

— Calla. El coche estaba plantado sobre las cuatro ruedas. Quiero decir que no había volcado.

— Pero estaba muy abollado...—insistió Per.

— Sin embargo, la capota estaba intacta. No lo olvides. Estaba puesta y se quemó con el resto del coche; pero estaba entera —concluyó Kit.

— ¿No sería mejor ir a echar un vistazo al coche? — propuso Puck—. Aún está en la playa.

— Buena idea — dijo Kit —. Vamos, «doctor Watson».

En el lugar del accidente, el coche estaba rodeado de policías; unos lo examinaban, medían y tomaban fotografías, otros interrogaban a las personas allí presentes.

Per vio que pertenecían a la Brigada Criminal de Copenhague. Conocía al jefe. Era el comisario, el señor Helmer en persona. Se acercó para saludarle.

— ¡Vaya! ¿Usted por aquí? — dijo Helmer—. La prensa está en todas partes.

— En esta ocasión, además de periodista, soy testigo presencial del accidente — contestó Per.

Poco después, había contado al comisario Helmer todo lo que él y Kit habían visto. Entretanto, Kit aprovechó para examinar el coche. Lo hizo concienzudamente. Luego se reunió con los demás.

— Era un hombre muy elegante — dijo Per Jensen —. Me pregunto qué pudo haberle ocurrido.

— El comisario podrá contestarnos a eso — sonrió Kit.

Helmer dio media vuelta.

— Aún es pronto para poder explicarlo.

— Sí, es verdad — dijo Per.

— Pero usted está aquí, ¿no? — dijo Kit en tono inocente—, Algo raro deben de haber descubierto para que la Brigada intervenga.

La respuesta del comisario fue brusca:

— Escuche, jovencita, le prevengo contra este periodista; porque supongo que él es el culpable de que su imaginación se desmande. La Brigada tiene la obligación de investigar este accidente, porque naturalmente se trata de un accidente. Como se trata de un extranjero, la embajada necesita un informe completo. Por eso han pedido nuestra ayuda. El hecho de que yo trabaje en el caso no significa, pues, que haya nada anormal.

— No, claro.

Helmer saludó con un gesto de cabeza y los dejó para dar algunas órdenes a sus hombres. Puck, Kit y Per regresaron al hotel.

— ¿Qué me decís ahora? — preguntó Per—. No hay ningún misterio.

— Ese hematoma... — murmuró Puck.

— Eso mismo estaba pensando yo — dijo Kit dándole una palmada en el hombro a Puck.

— Olvídate de eso — aconsejó Per —. Tú no eres detective. No vas a saber más que la policía.

— Cállate, que Puck y yo estamos pensando — dijo Kit con las cejas fruncidas como si estuviera concentrada.

Al mismo tiempo, la guapa muchacha le guiñaba el ojo a Puck. Después de cenar, Puck y Per entraban en el salón del hotel y Per decía a su ayudante:

— ¿Piensas acostarte tan temprano como ayer?

— Pues no — contestó Puck —. Hoy no tengo sueño. Todo me parece tan emocionante... ¿Te molesta mi compañía?

— No, de ningún modo.

— ¿Qué piensas sobre la presencia del inspector Helmer en todo esto?

— Nada — dijo Per encogiéndose de hombros —. Kit tiene unas ideas muy extrañas. Me resisto a creer en sus teorías...

— Creo que vale la pena confiar en ella — dijo Puck, mientras miraba hacia la mesa donde Kit y su padre estaban tomando café—. Es una chica fabulosa.

— ¿Tú crees? — sonrió Per.

— Sí, y tú estás pensando lo mismo que yo. Nunca te había visto poner esa cara. Creo que estás enamorado.

Per se inclinó sobre su compañera.

— Te voy a hacer una confesión — le dijo—, pero tienes que prometerme no decir nada a nadie respecto a ella.

— Naturalmente — dijo Puck—. ¿De qué se trata?

— Estoy enamorado. Estoy loco por ella. Creo haber encontrado a la mujer de mi vida.

En aquel momento la orquesta inició el baile. Per miró de reojo hacia la mesa donde estaban Kit y su padre. Ella le sonrió. Poco después, los dos jóvenes se encontraban bailando en la pista.

Puck se quedó contemplándoles, y comprendió que sobraba. Decidió dar un paseo por la playa y respirar un poco de aire puro antes de acostarse. Al salir del hotel, se quedó un momento mirando el firmamento. Después de la puesta del sol, el resplandor anaranjado del oeste iluminaba todo el paisaje en un maravilloso y larguísimo atardecer. Las claras noches del verano escandinavo son inimaginables.

Puck caminó hasta la orilla del mar y se quedó contemplando las olas que bañaban la playa; luego continuó su paseo. Al llegar junto a una barca de pesca tumbada sobre la arena se sentó, apoyó la espalda en el costado de la embarcación y se quedó mirando el mar a sus pies.

De repente, la muchacha oyó pasos que se acercaban. Luego se detuvieron. Alguien murmuraba algo que Puck no pudo entender. Las voces sonaban excitadas. Poco después descubrió que quienes hablaban eran el joven sueco Svend Berg y su mujer.

Puck se escondió detrás de la barca, siguiendo una repentina inspiración. Oyó como Berg encendía una cerilla para prender un

cigarrillo. Elsa Berg le espetaba entre dientes a su marido:

— Ahora que Rozzo ya no existe, supongo que mejorará tu humor.

La muchacha estaba oyendo involuntariamente la conversación, y, al notar el tono seco del diálogo, no se atrevió a dejarse ver.

— Eso no tiene nada que ver — contestó Berg—. Mis negocios con Rozzo concluyeron hace mucho tiempo; en el mismo momento en que descubrí que no jugaba limpio. Lo que me molesta es tu actitud.

— ¿Mi actitud? ¡No sé a qué te refieres!

— ¡Pues deberías haberte dado cuenta! ¡Sabiendo que entre Rozzo y yo existía esa enemistad, no debiste ni cruzar una sola palabra con él!

— ¡Vaya tontería! ¿Qué tienen que ver vuestras diferencias en los negocios con el trato social?

— ¡Es que con tu actitud me estabas desprestigiando ante todo el mundo!

— ¡Eso es una tontería! Rozzo era una persona muy amable y tenía muchísimas amistades.

— ¡Tú no tenías por qué contarte entre ellas, sabiendo que él y yo no nos hablábamos.

Puck se sentía nerviosa. No le gustaba ser testigo de ninguna discusión.

— ¿Fue por eso que te enojaste, ayer por la noche, cuando nos despedimos de los otros, y estuviste ausente durante más de media hora? — le increpó Elsa, desdeñosa.



—¡En efecto! — respondió Berg—. Me fui a dar una vuelta... Paseando; bueno... Estaba disgustado, confuso. Me sentía mareado y con un dolor de cabeza terrible. No soportaba...

— Sí; no soportabas a Rozzo.

En su voz había un tono de enfado. Se hizo una pequeña pausa. Luego, Puck oyó como el hombre decía con voz inexpresiva:

— ¿Qué pretendes, Elsa?

Entonces Elsa Berg dio media vuelta y empezó a alejarse corriendo por la playa. Llevaba una falda ancha y corría con gran rapidez hacia las dunas, pero en dirección opuesta al hotel y a la ciudad. El marido se quedó un momento como paralizado. Luego empezó a correr tras su esposa, mientras gritaba:

— ¡Elsa, espera! ¡Espera, Elsa!

Puck oyó la voz del hombre cada vez más lejana. La mujer no le contestaba. Con pasos lentos, Puck regresó al hotel. Al día siguiente por la mañana, Puck bajó temprano al vestíbulo del hotel. Estaba pensativa. No podía olvidar el violento diálogo que había oído.

Sentada en uno de los confortables sillones, la muchacha vio a Svend Berg bajar por la escalera. Parecía un sonámbulo. Miraba fijamente ante sí con ojos vidriosos y sin expresión. Estaba muy pálido. Movía nerviosamente las manos y no contestó a los saludos que sus conocidos le dirigieron.

Poco después, Puck vio a Kit salir del restaurante con su padre. El director Brun dijo algo a su hija y se dirigió a la puerta principal. Kit, al ver a Puck, la saludó con un gesto de mano y fue hacia ella.

— Pareces muy pensativa.

—Sí — dijo Puck levantándose—. He tenido una experiencia que me ha dado mucho que pensar.

Y en pocas palabras puso a Kit al corriente de cuanto había oído en la playa la noche anterior. Frente a ellas vieron a Berg que, en aquel momento, hablaba excitado con el conserje. El sueco pareció palidecer todavía más al recibir una respuesta negativa y salió del hotel en dirección a la playa.

— Hay algo misterioso en él — opinó Puck.

— Estoy de acuerdo — dijo Kit—. Voy a seguirle.

— ¿Puedo acompañarte?

— No; prefiero ir sola. Quédate aquí. Estaba citada con Per, pero puedes decirle que volveré lo antes posible.

Salió por la puerta giratoria y empezó a seguir al joven sueco a una distancia prudente.

* * *

Svend Berg había llegado ya a la playa. Kit no le perdía de vista. El hombre, caminando hacia el norte, dejó atrás el pequeño muelle y se dirigió a las dunas, tomando casi la misma dirección que la noche anterior, cuando Puck le había visto correr tras su mujer. De repente se paró y miró hacia atrás. Kit se inclinó como si estuviera buscando algo en el suelo. Poco después Berg reanudó su marcha, y ella siguió andando en la misma dirección que él. Cuando el sueco llegó a las dunas, Kit le vio ir de un hoyo a otro, buscando como un loco. La joven se acercó. De súbito, Berg sí volvió y se fue hacia ella, diciéndole con voz brusca:

— ¿Me está usted siguiendo?

— No — dijo Kit—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Pero ella misma se dio cuenta de que su voz carecía de convicción. Él la miró extrañado y Kit tuvo miedo. Al fin, Berg explicó:

— Estoy buscando a mi mujer.

—¿Buscando a su mujer? ¿Aquí?

Él continuó explicando, con la ingenuidad de un niño que necesita confiarse a alguien:

— Llevo toda la noche buscándola. Ha desaparecido: Se ha escapado.

Y, tomando la mano de Kit, añadió:

— No se lo diga usted a nadie, por favor. ¿Me lo promete? Puedo confiar en usted, ¿verdad?

— Descuide — contestó la chica—. No pienso decírselo a nadie, pero ¿por qué se ha...?

Se calló. Ella sabía muy bien el motivo de la huida, pero quería saber algo más y rogó:

— ¿Me permite acompañarle?

Él asintió. Seguramente en su excitada y confusa mente creía que podía confiar en ella.

Caminaron juntos por las dunas, de hoyo en hoyo, buscando a la desaparecida Elsa Berg.

«Aquí no la encontrará nunca» — pensó Kit, mientras andaba a su lado.

Caminaban en silencio. Al fin Svend Berg empezó a hablar. Con palabras incoherentes trató de explicar lo sucedido la noche anterior.

— Tuvimos un pequeño altercado. Ella huía por la playa... La he estado buscando toda la noche.

De pronto se interrumpió. En la arena, junto al agua, yacía Elsa Berg.



La policía, que había regresado ya a Copenhague, volvió, y esta vez para quedarse. El comisario Helmer y ocho de sus jóvenes inspectores se instalaron en una serie de habitaciones que fueron convertidas en su cuartel general.

Todos los veraneantes fueron interrogados. Los detectives se

dispersaron por toda la comarca, hablando con la gente, investigando a todos y todo.

Por la noche trabajaban hasta muy tarde en la oficina del comisario jefe, y pronto corrió el rumor de que Svend Berg había sido detenido. El sueco negaba con energía tener la menor relación con la muerte de su esposa, como también negaba saber nada sobre la muerte de Manuel Rozzo. Algunos periodistas, sin embargo, relacionaban ambos hechos. Lo mismo pensaba Kit.

Un día, la joven estaba tumbada en la playa con Puck. Per no se encontraba con ellas; estaba muy ocupado mandando las últimas noticias a su periódico. Aquél era el único lado bueno que Puck veía en tan horrible situación. Per había sido encargado de un nuevo e importante trabajo para «Centrum» y para «Veinticuatro Horas». Como había estado desde el principio tan cerca de los dramáticos sucesos, jugaba un papel primordial y, si lograba escribir un buen reportaje, sería de decisiva importancia para su carrera en el periódico.

Per no pensaba terminar sus días como fotógrafo de prensa; quería llegar más lejos. Tenía la esperanza de que algún día el periódico necesitaría un nuevo y enérgico director de la sección gráfica, y éste era el empleo que anhelaba. Las maneras resueltas de Per y sus frases superficiales engañaban. En realidad, era un chico muy serio e instruido y con aficiones muy variadas. Tenía mucho talento para la fotografía y era un periodista despierto, con un seguro sentido de la actualidad.

Puck sentía ganas de contarle todo esto a Kit, pero de momento sólo hablaban de cosas sin importancia. Finalmente tocaron el tema de la vida de Puck, el cual no era precisamente aburrido.

— He leído cosas sobre ti en los periódicos — dijo Kit sonriendo —. Eres una chica famosa.

— No lo creo — dijo Puck con modestia—. He sido pura casualidad el que un par de veces me haya encontrado en los lugares donde algo emocionante ocurría. Como aquí, por ejemplo.

— ¿Cuántos años tienes? — preguntó Kit.

—Tengo dieciséis; pero puedo decirlo de otra forma: Voy a cumplir diecisiete.

— No hace falta añadirse años — rió Kit—. Yo soy una vieja de veintidós; lo malo es que aún no he decidido qué voy a hacer en la

vida.

— Quizá te cases — dijo Puck con astucia, para llevar el tema a Per.

Kit se encogió de hombros.

— Quizá — dijo —. No se sabe.

Puck pensó que se le había pasado la ocasión de hablar sobre las virtudes de Per. Hubo una pequeña pausa que fue rota por Kit:

— Claro que podría convertirme en detective.

Se puso a reír y Puck preguntó:

— Sigues pensando en el accidente, ¿verdad?

— Los accidentes — le corrigió Kit, y de pronto se puso seria—. Claro que pienso en ellos. No ha sido muy divertido que digamos... Vi el cuerpo de Elsa que yacía en la playa. No puedo olvidarlo.

— ¿Opinas que el señor Berg tuvo algo que ver con eso? — preguntó Puck.

Kit movió la cabeza negando con energía:

— Juraría que no fue él — dijo—. Es imposible que lo haya hecho.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? Todo le señala a él.

— Ya lo sé — se obstinó Kit—. Todo menos una prueba psicológica, Vi su cara cuando la encontró muerta. Su expresión no fue fingida; es imposible que una persona pueda ser tan buen actor. Estaba aterrorizado y sorprendido..., tan desolado y deshecho... Recibió un fortísimo «shock».

— Sin embargo, fue el último que estuvo con ella — objetó Puck —. Además, discutieron, y parecían estar muy disgustados. Hasta creí que iban a llegar a las manos.

— Eso no significa nada — dijo Kit —. Con frecuencia las personas dicen cosas horribles cuando discuten, y los dos estaban muy excitados. Se sentían muy nerviosos por el drama en el cual estaban envueltos. Sin embargo, es más fácil amenazar que llevar a cabo la amenaza. ¿Crees de veras que se hubiera molestado en hacer toda aquella comedia de buscar a su mujer al día siguiente?

—No lo sé — dijo Puck —. Por lo menos, tenía una expresión muy extraña cuando bajaba las escaleras del hotel.

— Sí — dijo Kit —. Podríamos sospechar de él si desde el principio hubiera ido acompañado; quiero decir, si yo o alguien le hubiésemos encontrado en el vestíbulo y luego se hubiese puesto a

buscar para dar la impresión de no saber el paradero de su mujer. Pero no ocurrió así. Él salió solo, sin sospechar que yo le seguía, y cuando se dio cuenta se sorprendió y se enfadó. Después continuó su búsqueda. Esto es muy importante: continuó buscando, no empezó a hacerlo en aquel momento. Soy testigo de ello. Luego... Tú no viste la expresión de sus ojos al encontrarla. Mi intuición femenina...

— ¡Ay, tu intuición femenina! — se oyó decir en aquel instante a sus espaldas y las muchachas miraron atrás.

Era Per.

— Cosas importantes están ocurriendo por estos alrededores — dijo —. Los inspectores andan por todas partes, pero no tengo ni idea de qué buscan. Tan pronto siguen una teoría como otra. Esta mañana hablé con el comisario Helmer, pero está más mudo que una ostra. También tuve una conferencia con mi periódico. Me piden más noticias. Están como locos. ¿Qué voy a decirles?

— Por el momento, puedes decirles que Svend Berg no ha intervenido en nada — apuntó Kit.

— Sí, eso dices tú. Sólo tienes que probarlo.

— Es lo que voy a hacer — decidió Kit —. Tengo una teoría, así que excusadme... ¡Adiós!

Per suspiró al verla marchar en dirección al hotel. Luego se volvió hacia Puck:

— ¿Qué se puede hacer con una chica así? — se lamentó —. Iba a pedirle que se case conmigo, y ella sólo piensa en hacer de detective.

Puck sonrió.

— No es tan extraño — dijo —. Piensa que Kit se ha convertido en uno de los testigos principales.

— Sí, claro — admitió Per —. Y no me puedo quejar. En cierta forma, es una suerte para mí..., para mi trabajo quiero decir; aunque no he podido acceder a su deseo de no salir en los periódicos, siendo ella testigo.

— Y su padre, ¿qué dice?

— Nada. De vez en cuando me da un puro... ¡Y yo no fumo puros! — rió Per —; pero es un gran tipo. No creo que me mire con malos ojos. ¿No crees que sería un suegro estupendo?

— Sin duda — rió Puck —. Pero suegro, ¿de quién?

— Vaya, ya empiezas tú también — suspiró Per—. ¿Estás molesta porque no te llevé conmigo esta mañana? La verdad es que no necesitaba ayudante. Era más prudente ir solo. Así pasé más inadvertido—Cuando vienes tú, todo el mundo se fija.

— Gracias por el piropo — dijo Puck.

— Además — continuó Per—, te mereces unas vacaciones y puedes aprovecharlas para hacerte amiga de Kit. Quizá algún día puedas visitarnos en nuestro hogar.

— De acuerdo, jefe — sonrió Puck.

* * *

A la hora de la cena, Per encontró una carta en su plato. La abrió y leyó:

¿Quieres ayudarme a probar mi teoría? Te esperaré en el embarcadero esta noche a las diez. Sería preferible que también viniera Puck.

Kit

La muchacha no estaba en el comedor, pero su padre sí. Comía solo en la mesa. Per volvió a suspirar mientras pensaba que la mujer sigue y seguirá siendo un gran misterio para el hombre.

No obstante, a las diez en punto acudió al embarcadero, acompañado de Puck. Poco después vio cruzar la playa a Kit. Vestía pantalones y un jersey grueso. Se dirigía hacia ellos.

— ¡Hola! — saludó la joven.

— ¿Dónde estuviste? — preguntó Per—. ¿Has cenado?

— Los hombres sólo piensan en la comida — sonrió Kit.

— Entre otras cosas — respondió Per, pensativo, mirándola de reojo, pero la muchacha no captó la intención de la respuesta.

— He estado investigando ciertos detalles — explicó ella, mientras caminaban despacio hacia el norte. Como os dije, tengo una teoría.

— ¿De qué se trata?

— Los dos accidentes, digámoslo así por el momento, están relacionados entre sí.

— ¡No me digas! — se burló Per.

— Tengo la sospechas; bueno, estoy casi segura de que había algo entre Manuel Rozzo y la bella Elsa Berg.

— ¿Quieres decir que estaban de acuerdo en algo ilegal? — exclamó Puck.

—Sí; escuchadme. Hoy, por pura casualidad, oí una extraña conversación. Ocurrió cuando telefoneaba a una amiga de Copenhague. Algo pasó en la línea porque, de pronto, escuché la voz de dos hombres. Uno de ellos decía: «Y ¿cuándo será eso?». Y el otro contestó: «Esta noche, a las once, al norte de la baliza que hay en las dunas; pero ten cuidado...» Luego hubo un ruido y se reanudó mi conferencia en Copenhague. ¿Qué os parece?

— Opino que no puede decirse que necesariamente sea algo delictivo — dijo Per—. Creo que estás viendo fantasmas a la luz del día. Yo no veo la relación entre esta conversación telefónica y todo lo demás.

— Pues — dijo Puck, pensativa —, no es del todo imposible.

Kit sonrió mientras decía:

— Menos mal que usas tu cabeza. Pero, claro, eres una chica.

— ¿Odias a los hombres, acaso? — saltó Per, molesto.

— En absoluto. Sólo pienso que vuestras facultades mentales os fallan a veces. Sois muy simpáticos, sin embargo. Pero, escuchad; cuando dejé la cabina telefónica, vi a un hombre salir de la de al lado. ¿Sabéis quién era?

— Estoy demasiado cansado mentalmente para adivinanzas — renunció Per.

— Dilo, dilo — urgió Puck—. Esto es muy emocionante.

— Se trataba — continuó Kit con aire de misterio — nada menos que de Christopher Brown.

— ¿Un pariente tuyo? — preguntó Per mordaz—. Quizá se trate de un tío tuyo de Australia, ¿eh?

Kit se paró. Estaba irritada por la ironía de Per.

— No es momento para bromas. Esto es muy serio.

— ¿Serías tan gentil de decirme quién es ese señor Brown?

— Sí. Es uno de los clientes del hotel. Aquel hombre pequeño y gordo que fuma unos puros pestilentes.

— ¿Regalo de tu padre?— preguntó Per.

— Oh, calla. Esto es muy importante.

— Gesticula mucho al hablar, ¿verdad? — interrumpió Puck.

— Sí, ése es.

— Ya sé de quién hablas — dijo Per, poniéndose serio de repente —. ¿Qué hay respecto a él? Parece un veraneante vulgar? Uno de esos que siempre se quejan del tiempo, de los precios altos y

de que el whisky lleva demasiada agua.

—Así pues ¿te fijaste en él?

— Claro que sí. Estaba hablando con Rozzo en el bar, la noche del misterioso accidente. De eso sí que estoy seguro.

— Exacto — dijo Kit—. Se conocían. Pero yo he investigado un poco más sobre Brown, Es un tipo misterioso. En apariencia no trabaja. De momento he averiguado que es norteamericano, aunque nació en Dinamarca. Habla con un poco de acento; por eso estoy segura de que fue a él a quien oí por teléfono. Era él quien preguntaba dónde iba a ocurrir eso misterioso esta noche.

Per consultó su reloj.

— Son las once menos cuarto. Si queremos presenciar lo que haya de ocurrir, debemos damos prisa.

Apresuraron el paso y, poco después, se acercaban a la baliza de las dunas. Se deslizaban en silencio mientras miraban en derredor, por si Brown u otra persona aparecía.

— ¿No será una de tus bromas?—preguntó por fin Per.

— Cállate — musitó Kit—, No lo estropees todo.

Se oyó el ruido de un coche que se acercaba. Instintivamente, se pusieron en cuclillas tras una duna y vieron aparecer un coche cerrado que se dirigía a la blanca baliza náutica, colocada en lo alto de otra duna, un poco más hacía el interior.

Dos hombres bajaron del coche y se dirigieron hacia la playa. Per, Kit y Puck reconocieron a uno de ellos. Era el pequeño y gordo Christopher Brown, del hotel.

Mientras los dos hombres continuaban por el estrecho sendero que iba desde la baliza hasta la playa, Kit y sus compañeros avanzaron sigilosamente hacia el coche. Había un tipo sentado en el asiento delantero. Estaba fumando un cigarrillo y silbando suavemente. Los faros del coche habían sido apagados.

Puck, que había girado la cabeza para vigilar a los hombres de la playa, vio una luz intermitente en el mar. Luego observó que los hombres contestaban desde la playa con una linterna.

— Seguramente son contrabandistas — susurró a sus amigos —. Volved a la playa, a ver si lográis descubrir algo. Yo me quedaré aquí.

— Pero no podemos dejarte.

— No os preocupéis. Ya me las arreglaré. No es la primera vez

— sonrió Puck.

Per suspiró hondo y empezó a moverse con sigilo sobre la arena hasta llegar detrás de las dunas. Kit había tomado otro camino, pero ambos fueron testigos de un extraño espectáculo.

Una pequeña embarcación a motor se acercó a la costa. Un par de hombres saltaron al agua y empezaron a descargar pequeñas cajas. El hombre que acompañaba a Brown se apresuró a tomar algunas de ellas y llevarlas hasta el coche. No eran grandes ni parecían pesadas; sin embargo, Brown no se dignó transportar ninguna. Intercambió algunas palabras con los hombres del barco, y Per tuvo la impresión de que les entregaba algo. Sin duda se trataba de dinero.

— ¿Qué crees que están haciendo? — preguntó Kit, que se había reunido con él.

— Seguramente se trata de contrabando — opinó Per —. ¡Qué rabia no haber traído mi cámara con película infrarroja! ¡Hubiera podido tomar un par de buenas fotos!

— Sólo piensas en tu trabajo — se quejó Kit.

— Escucha, si crees...

— ¡Chitón!

Los dos hombres se estaban acercando a la baliza. Per y Kit les siguieron. No les fue fácil. Debían mantenerse ocultos, y resbalaban en la arena suelta. Un par de veces Per cayó de bruces.



Brown y su acompañante caminaban más de prisa y llegaron al

coche antes de que Per y Kit hubieran recorrido la mitad del camino.

— Ven, debemos damos prisa — dijo Per—; sino, escapan.

—

En aquel instante, desde el camino sonó un grito medio ahogado. Era Puck.

Per empezó a correr con todas sus fuerzas hacia el coche. En la penumbra pudo ver unas figuras que parecían luchar. Puck gritó de nuevo y Per renunció a toda clase de cautela.

— ¡Ahora voy, Puck! —gritó mientras corría.

Pero entonces oyó el ruido de la portezuela del vehículo. El motor fue puesto en marcha y el automóvil se alejó. Cuando Per, seguido de la jadeante Kit, llegó a la baliza, sólo vio los contornos del coche negro, que se alejaba tierra adentro con las luces apagadas.

* * *

Puck había permanecido en su escondite vigilando al hombre sentado en el coche, mientras trataba de adivinar lo que sucedería al regresar los dos compañeros que habían ido a la playa.

Debía haber esperado con paciencia, pero de pronto se le ocurrió que podía ser útil saber la matrícula del misterioso automóvil, y empezó a acercarse sigilosamente, dando un pequeño rodeo, para llegar por la parte trasera del vehículo, a fin de no ser vista por el conductor.

Puck era una chica valiente. No pensó en el riesgo que corría. El hombre del coche casi no se movía. Un par de veces encendió con gran cautela un cigarrillo, y eso fue todo. Como estaba de espaldas no la vio cuando se acercó a la placa de la matrícula para ver el número.

Era el KD 908-765. «Es un número fácil de recordar — pensó—. Todos van seguidos hacia atrás: 9-8-7-6-S y un cero entre el nueve y el ocho. Ni siquiera hace falta anotarlo.»

Entonces inició la retirada hacia su escondite. Iba agachada para no ser vista. Cuando cruzaba el sendero hacia las dunas oyó pasos a su espalda. Comprendió en seguida que, a la velocidad que llevaba, no lograría escapar de los dos hombres, si la descubrían.

Por eso intentó algo desesperado. Se levantó y cruzó el sendero de un salto, ligera como un gato. Por desgracia, era demasiado

tarde. Los hombres ya la habían visto.

— ¡Eh, jovencita! —gritó el ayudante de Brown.

Puck comprendió que no tenía escapatoria; por lo tanto se quedó inmóvil, mientras los dos hombres se aproximaban.

— ¿Qué buscabas por aquí?

La chica contestó:

— Estaba paseando.

Ambos hombres estaban ya a su lado y la miraban fijamente, intentando descubrir lo que la chica pensaba.

— ¡No mientas!

— ¡Les aseguro que es la verdad!

Los dos hombres se miraron entre sí. Puck comprendió que no la creían.

—No podemos dejarla aquí — masculló uno de los hombres.

— Es cierto — confirmó el otro.

Y dirigiéndose a Puck ordenó:

— Si no quieres contarnos la verdad, sube al coche.

Puck, no viendo escapatoria, decidió obedecer. Subió al vehículo, los hombres subieron a su vez y el coche arrancó. En el último momento le pareció vislumbrar a lo lejos la figura de Per, pero no pudo estar segura. Luego el coche se alejó.



Aquella noche, las patrullas de inspectores recorrieron en automóvil las carreteras de la comarca. La policía de todo el país estaba alertada buscando el misterioso coche, cuyo número de matrícula Per no conocía, por desgracia.

La búsqueda no dio resultado.

No se había encontrado ni sombra de una pista. Puck, el misterioso automóvil, Christopher Brown, la embarcación a motor; todos habían desaparecido. Las gestiones en los puertos cercanos tampoco dieron resultado. Nadie sabía nada.

— Quizá sea una embarcación extranjera — dijo el comisario Helmer, mordiendo la punta de un gran puro, que encendió y del cual extrajo unas nubes dignas de una chimenea de fábrica—. Pero, ¿qué ha sido del automóvil? — añadió.

Kit había perdido su tranquilidad y sangre fría habituales. Paseaba inquieta por su habitación, negándose a hablar con nadie; ni siquiera con Per. Estaba lívida, sus dedos se movían nerviosos y temblaba. Se sentía responsable de lo ocurrido. Per, por su parte, estaba tan preocupado como ella. ¿Y Puck?

Cuando el coche se hubo alejado de la playa, Brown se volvió y dijo a su ayudante:

— Será mejor que esta jovencita no vea a dónde vamos.

Lo dijo con una sonrisa malévola; pero Puck no se dignó contestar. Mantenía la cabeza alta, aunque su corazón latía intranquilo. No quería que se dieran cuenta de su miedo. El ayudante la miró de un modo inexpresivo, y le ordenó:

— Siéntate en el suelo del coche y mantén la cara contra las rodillas.

Puck, sin decir una palabra, obedeció. No tenía otro remedio. El coche siguió rodando durante lo que a Puck se le antojó una eternidad. Tal como iba sentada, si bien no se sentía incómoda, no le era posible ver por dónde iban, pues sólo una parte del cielo quedaba al alcance de su vista.

Al final, el vehículo redujo la marcha, y el conductor le avisó:

— Ahora, cuando el coche pare, tú cerrarás los ojos, chica. ¡Y te aconsejo que no los abras hasta que te avisemos, cuando ya hayamos entrado allá dónde vamos!

— ¡Como si fuera para darte una sorpresa! ¿Sabes? — rió el hombre sentado atrás.

Puck, en efecto, cerró los ojos al detenerse el coche, pues estaba demasiado asustada para querer buscarse complicaciones.

Oyó como se abría la portezuela, e intentó bajar. Una mano, tomándola por la muñeca, le ayudó a descender y la acompañó

durante un trecho. Notó como entraba por una puerta, que crujió, y luego oyó como daban vuelta a una cerradura y una voz que se alejaba le decía:

— ¡Ahora ya puedes abrir los ojos, pero cuidadito con hacer tonterías! ¡Ya hablaremos cuando volvamos!

Entonces Puck abrió los ojos. Se hallaba en una reducida estancia que, al parecer, tenía el tejado cubierto de brezo. Sólo había una ventana en el techo, por la que pudo ver el cielo.

Había pocos muebles en la habitación: una mesa con una palangana, una silla de enea y una cama de hierro.

Subió a la cama para poder mirar por la ventana. No llegaba, pero pudo vislumbrar los tejados de algunos edificios más altos y, su sorpresa fue grande al darse cuenta de que se encontraba en medio del pueblo de Strandbaek.

Bajó de la cama de un salto y corrió hacia la puerta. Como esperaba, la halló cerrada con llave.

Volvió bajo donde se hallaba la ventana, única posibilidad de salida que veía.

— Pero, ¿cómo salir por ese ventanuco? — murmuró.

Ni subida sobre la cama podía alcanzar la falleba de la ventana. Bajó y miró a su alrededor, buscando con que llegar hasta ella.

«Si pongo la mesa sobre la cama, y la silla sobre la mesa, podré llegar hasta ella..., si no me caigo antes — pensó Puck.»

Así lo hizo. Tras muchos esfuerzos, logró colocar la mesilla sobre la cama, a pesar del balanceo del sommier.

— Ahora, la silla sobre la mesa — murmuró la muchacha.

Cuando la silla de enea estuvo colocada sobre la cama, Puck comprendió lo difícil que le iba a resultar trepar hasta la cima de aquella improvisada pirámide de muebles. Sin embargo, sabiendo que era su única posibilidad de escapar de su encierro, no vaciló más, y se aferró a su primer objetivo: la mesa.

Gracias a su agilidad, no le fue difícil subir a ésta, contrarrestando las oscilaciones del sommier fluctuando su cuerpo a uno u otro lado.

— Ahora, he de subirme a la silla.

Aquello ya fue más difícil. Le costó muchos esfuerzos y habilidad alcanzar aquella altura. Luego, una vez estuvo arriba de todo, pudo comprobar con satisfacción que estaba a la misma altura que el

ventanuco.

Entonces pudo alcanzar la falleba y, después de muchas dificultades, debido a la herrumbre que la recubría, logró abrirla y tiró de ella con fuerza.

Aquello fue lo peor. La ventana se abrió de golpe y Puck, con un grito, cayó hacia atrás, al perder el equilibrio.

La silla y la mesa fueron derribadas y cayeron estrepitosamente al suelo. Puck también hubiera caído, de no haber tenido, en el último momento, la reacción instintiva de agarrarse al marco de la ventana.

— ¡Oh! ¡Me he quedado colgada aquí arriba!

Comprendió que, si entonces se dejaba caer, ya le sería casi imposible volver a alcanzar la ventana. Por eso se sujetó con todas sus fuerzas, y apoyó un codo en el alféizar.

— ¡He de salir por esa ventana! —resopló Puck.

Sus piernas patalearon en el aire, hasta darle el impulso suficiente para proyectarla de cintura sobre el marco de la ventana.

— ¡Arriba, Puck! — se animó ésta a sí misma.

Un último y más poderoso esfuerzo la colocó sobre el techo cubierto de brezo. Y desde allí vio claramente el pueblo, y también la distancia que la separaba del suelo.

— Bueno — murmuró Puck—; ahora sólo es cuestión de dejarse resbalar por el tejado..., y luego dejarse caer sobre algo un poco blando.

Cuando la muchacha llegó al borde del tejado, vio que abajo sólo había hierba. Se agarró como pudo y dejó que su cuerpo pendiera a lo largo de sus brazos, en toda su longitud. Luego se soltó.

Una adecuada flexión de sus rodillas amortiguó el aterrizaje, y Puck, al ponerse en pie sin ningún daño, respiró hondo.

Puck salió a la calle y regresó corriendo al hotel. El conserje, que la recibió sorprendido y aliviado, le informó de que Per había salido. La muchacha bajó corriendo a la playa y allí encontró a su jefe y amigo.

— ¡Qué alegría, Puck! —exclamó Per—. Creí que no iba a verte más.

— Tonterías — rió Puck —. Se ve que no me conoces bien.

— Podían haberte hecho daño.

— Se portaron muy bien conmigo — dijo Puck de buen humor —. ¿Dónde está Kit?

— Está fuera de sí. Debemos darle en seguida la gran noticia — dijo Per —. Por primera vez desde que la conozco, está nerviosa de verdad. Se ha encerrado en su habitación y se niega a hablar con nadie. A mí no quiere ni verme. Pero, antes de subir a su habitación, tendremos que informar a la policía.



Puck fue interrogada durante más de una hora, pero al fin pudo regresar al hotel y ver a Kit. Las dos muchachas se abrazaron y Kit se puso a llorar.

Per, que presenciaba la escena se emocionó. Habla llegado a creer que Kit era el ser con más sangre fría de toda la Tierra, y se alegraba de ver que podía llorar como una chica normal y corriente.

— No olvidaré nunca esta noche, Puck — dijo Kit—. No sabes cómo me he reprochado el haberte dejado sola.

— Podía haberme quedado en mi sitio en vez de ir a tomar el número de la placa del automóvil — dijo Puck —. Fue culpa mía. Sin embargo, logró ver la matrícula y se la he dado a la policía.

— Entonces, esos delincuentes pronto serán capturados —opinó Kit —. Estoy ansiosa por saber si están relacionados con todos estos misterios.

— No lo creo probable — intervino Per.

— No, claro. Eso no es nada nuevo — dijo Kit irritada —: Tú no crees probable nada.

— Y tú sólo sientes deseos de sensacionalismo — contestó Per con brusquedad.

— ¿Estás seguro?

— Segurísimo. Ojalá pudieras portarte por un momento con normalidad y dejar de jugar a detectives. ¡Eres el hazmerreír de todos!

— ¡No me digas!

El tono de voz de Kit era agudo y glacial. Puck miró de uno a otro, pensando cómo resultaría un matrimonio entre aquellas dos personas.

— Vamos...—dijo con una sonrisa—. ¿No estáis contentos de verme?

Kit y Per la miraron avergonzados; luego rompieron a reír.

* * *

La policía examinó la casa donde Puck fue retenida. Había estado vacía desde la muerte de su dueño. Nadie sabía nada sobre Christopher Brown, sus compinches y el automóvil misterioso. Puck había podido dar la matrícula; después de eso, no podía ayudar más.

Alrededor de las diez de la noche, Puck, Per Jensen, Kit y su padre estaban cenando en una pequeña mesa cerca del bar, en el restaurante del hotel.

— No comprendo — decía el padre de Kit — por qué razón esos tipos se molestaron en dar vueltas contigo en el coche, sin alejarse del pueblo.

— Está muy claro — dijo su hija —: Ganaban tiempo.

— Pero — continuó el padre, que no había comprendido nada—, ¿qué pasó con el número de la matrícula? No debe de ser difícil encontrar al dueño del coche.

— Eso es lo más divertido de todo — rió Puck —. La matrícula pertenece a uno de los automóviles del Ministerio de Justicia. Habían falsificado el número.

— Eso quiere decir que los ladrones tienen alguna relación con los contrabandistas. En otras palabras: que han estado en Copenhague estos días. Eso por lo menos es una pista —dijo Kit.

— Naturalmente.

El padre de Kit se levantó:

— Me voy — dijo —. Estoy cansado y tengo ganas de acostarme. Si no duermo, no sirvo para nada. Pero que quede clara una cosa. Per: No se atreva a llevar otra vez a mi hija en busca de contrabandistas.

— Por lo menos, le prometo no dejarla abandonada — sonrió Per.

— Un millón de gracias.

Sonriente, tendió un puro a Per, besó la mejilla de su hija y

saludó a Puck antes de dar media vuelta y marcharse.

Poco después, también Puck dio las buenas noches. Había vivido horas demasiado emocionantes y necesitaba descansar.

— Pero mañana estaré con vosotros — prometió —. Aún quedan muchos misterios por resolver y no quiero perderme nada.

— Tienes razón—suspiró Per—. ¡Ojalá termine pronto todo esto!

Cuando Puck hubo dejado el restaurante, Kit y Per salieron a bailar. Luego se fueron al bar. Había mucha gente. Las dos hermanas Eva y Else Smith estaban en compañía de unos jóvenes. Kurt Moeller y su esposa argentina regresaban de la pista de baile. Per conocía a muchos de los presentes, y saludaba a diestra y siniestra. Al llegar a la barra, Per pidió un par de refrescos.

El fotógrafo saludó a las dos bailarinas y, poco después, Kit y él se reunían con ellas y sus acompañantes.

— Estamos hablando de los accidentes — informó Eva Smith—. ¿Qué opinas tú?

— ¿De cuál de ellos estáis hablando? — preguntó Kit.

— Creía que sólo hubo uno, ¿no?

— Sí, quizá... — contestó la muchacha con vaguedad.

— Yo creo — dijo un joven rubio con suficiencia — que hubo algo raro. ¿No llevaba muchas joyas esa sueca?

— En efecto — dijo Per con sequedad—, pero no faltaba ni una cuando encontraron el cadáver.

— ¡No me diga!

— Yo creo que hubo una reyerta — dijo Else Smith.

— ¿Con quién?

— Con quien fuese.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó Kit, interesada.

— Creo —dijo Else con aire misterioso, bajando la voz—, creo saber lo que en realidad sucedió.

— ¿Por qué no se lo dices a la policía? — se extrañó Kit.

— Posiblemente lo haré.

Hay personas a quienes les encanta ser misteriosas. Else Smith era una de ellas. Kit y Per intercambiaron una mirada como diciéndose: Basta de escuchar bobadas. Vamos a bailar.

Cuando regresaban hacia el grupo, después de un par de bailes, las dos hermanas y sus parejas se iban ya. Oyeron decir a Else Smith:

— Quiero hablar con el comisario. Estoy decidida a contárselo.

— ¿Cuándo quieres ir? — preguntó uno de los jóvenes.

— Sería mejor esta noche, pero puedo esperar hasta mañana.

— Vamos, Else. Es hora de acostamos — dijo su hermana —. Has tomado una copa de más.

Uno de los jóvenes la tomó del brazo.

— Ve delante, hermanita — dijo Else—. Voy a buscar mi bolso. Quiero hablar con el comisario. Creo que sé algo muy importante.

— ¿Tú qué opinas? — preguntó Kit en voz baja a Per.

— Creo, igual que su hermana, que ha bebido algo más de la cuenta.

— ¿Y si de veras sabe algo?

— No sabe nada, puedes estar segura.

Había mucha gente en tomo al bar. Eva intentó llevarse a su hermana, pero Else insistió. Quería hablar con el comisario Helmer aquella misma noche, e informarle de lo que sabía respecto al accidente de la sueca Elsa Berg.

Luego dio media vuelta, tomó su copa y la vació de un trago. Miró en derredor con ojos sin expresión, vio a su pareja que la esperaba, se enlazó de su brazo y salió con él. Kit la vio marchar y comentó:

— Anda muy poco segura esa chica.

— Tal vez se halle algo indispuesta — opinó Per.

— Tal vez — dijo Kit.

— Else Smith siempre me ha sido muy simpática — dijo Per—. Hace mucho que la conozco. Suele comportarse con mucha dignidad, pero esta noche está muy cambiada. No me ha gustado nada.

— A mí tampoco — dijo Kit—. Estaba muy rara.

— ¿Quieres que demos un paseo? — invitó Per—. Hace una noche maravillosa.

— Si no te importa, Per, preferiría ir a acostarme. Necesitamos descansar. Ha sido un día agotador.

— Está bien. Haré lo mismo.

Pagó la cuenta, y tomó del brazo a la muchacha. Salieron del vestíbulo y subieron las escaleras. Kit vivía en el primer piso y Puck en el segundo. Avanzaron por el largo pasillo, que estaba medio a oscuras. Los huéspedes mayores hacía rato que estaban acostados y

habían colocado sus zapatos en el pasillo. Per estuvo a punto de caerse al tropezar con un par.

— ¡Vaya! —dijo Kit—. ¿Es que necesitas gafas?

—No. ¿Cuál es tu puerta?

— Ésta es.

Se volvió hacia él, le tendió la mano y se despidió:

— Buenas noches. Gracias por todo, y que descanses.

Per se la quedó mirando. Sentía un profundo placer al contemplarla. ¡Qué guapa era! Le parecía que la había conocido toda su vida y estaba convencido de que, si había justicia en el mundo, algún día las campanas tocarían a boda para él y aquella maravillosa chica.

— Buenas noches — repitió Kit con una decisión que hizo vacilar a Per—. Siento mucho que no vayamos a dar ese paseo, pero es imposible... Tengo mucho sueño.

— Pero...

No dijo más. Fue interrumpido por un grito que llegaba del vestíbulo.

* * *

Per dio un paso atrás. Kit pasó ante él y corrió hacia la escalera. Él la siguió. Abajo, en el vestíbulo, un grupo de gente rodeaba a alguien caído en el suelo. El conserje de noche subió corriendo las escaleras y se puso a llamar a una puerta. Salió un hombre en bata, y el conserje le dijo, nervioso:

— ¡Doctor Bang, por favor, venga conmigo en seguida!

El médico bajo corriendo las escaleras, tras el excitado conserje. Per hizo ademán de seguirles, pero Kit le agarró del brazo. Notó las uñas de la muchacha a través de la tela de su chaqueta.

En el vestíbulo la gente dio paso al médico, y Per pudo ver a la rubia Else Smith, inconsciente en el suelo. El médico se inclinó sobre ella y la examinó rápidamente. Luego se volvió con cara muy seria, que delató la horrible verdad a Per y Kit. Eva Smith, que estaba al lado de su hermana, se desmayó con un grito medio ahogado. Un murmullo salió del grupo y Per oyó que Kit murmuraba:

— ¡Oh, no!... ¡Dios mío! ¡No puede ser verdad!



El comisario señor Helmer, exhaló una gran nube de humo y miró a Per por entre la azulada neblina del tabaco.

— Todo lo que le puedo decir, Jensen, es que vamos a terminar con este asunto lo antes posible

— dijo —. He pedido refuerzos a Copenhague y pienso resolverlo muy pronto.

—¿Cómo?

— ¿Cómo? Es muy fácil para usted hacer esa estúpida pregunta. Pero, le voy a decir que sospecho una estrecha relación entre las tres muertes.

Contaba con sus dedos mientras hacía un breve resumen de los hechos:

— Primero, el accidente de Rozzo. Bastante inexplicable, pues se trataba de un excelente conductor y conocía bien aquella carretera. Cualquiera hubiera dicho que se había tirado adrede.

El comisario hizo una pequeña pausa y continuó:

— Pero resulta que no hubo nada raro en su comportamiento de aquella noche como para sospechar que algo andaba mal. Estaba de muy buen humor y no parecía que pensara en la muerte, precisamente. Por otro lado, había algo anormal. Le pido discreción, no vaya usted a publicar por el momento lo que voy a decirle.

— ¿De qué se trata?

— De un hematoma que no pudo causarse en la caída del vehículo.

— Ya lo sabía — dijo Per.

Helmer se sobresaltó.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó —. ¿Lo sabía? ¿Cómo?

— Me lo dijo Kit. Ella examinó el cadáver.

— ¿Kit? ¿La joven? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

— ¿No se ha enterado? Ella juega a detectives — informó Per, no sin cierto orgullo—La verdad es que tiene las mismas teorías que usted.

— Ya veo. Sepa usted, joven, que no me gustan los detectives aficionados, aunque sean tan hermosos como esa jovencita. Pero sigamos. Segundo accidente, ocurrido a la señora Berg, después de haber discutido con su marido a propósito de Manuel Rozzo. Puck lo oyó, y vio como la señora Berg corría hacia la playa, al parecer muy disgustada con su marido.

— En realidad, eso no significa mucho — dijo Per.

— De cualquier modo, es un hecho. ¿Quién nos asegura que no fue tras ella? Después, en compañía de Kit, la encontraron en la playa. ¿Qué puede haberle ocurrido?

—Kit no cree que el señor Berg tenga nada que ver con todo esto.

— ¡Otra vez Kit! ¿Está usted seguro de ella?

— Ojalá lo estuviera — dijo Per —. Pero insiste en que Berg no pudo haber cometido nada delictivo.

— Y ¿cómo piensa probarlo? Creo que se deja influir demasiado por los sentimientos.

— Sin embargo — insistió Per —, Kit dice que la sorpresa de Berg al encontrar a su mujer fue demasiado auténtica, que no estaba fingiendo.

— Está bien. No obstante, le hemos detenido. Hay demasiadas pruebas en contra de él.

— Kit dice...

— Por favor, no mencione más a esa chica. Está usted loco por ella, ¿no?

— Cierto.

— Bueno, al menos lo reconoce. Pero aún no hemos terminado con Elsa Berg. Admito que no tenemos la prueba definitiva contra su marido, y él sigue negando; no obstante, no podemos permitirnos creer en su palabra.

Helmer carraspeó y continuó:

— Luego, la muerte de la joven Else Smith. La muchacha murió después de haber bebido en el bar algo nocivo. No lo hemos podido comprobar, pues todos los vasos ya habían sido lavados. Sin embargo, había algo en su copa.

— O en la copa de otro — dijo Per—. ¿No pudo haber tomado ella por equivocación aquella copa? Había mucha gente.

Helmer jugaba con un lápiz.

— Puede ser — dijo finalmente—. Pero es raro que, habiendo dicho que quería hablar conmigo a propósito de esos accidentes, a ella le ocurriera eso.

— Lo cual quiere decir que, quien haya intervenido en los dos primeros accidentes, se hallaba en el bar.

— Sin duda — dijo Helmer—. Por lo menos, es una pista. Interrogaremos a todas las personas que se encontraban allí anoche, y a usted el primero. Pero recuerde, Per, que usted está aquí como testigo y no como periodista. Sentiría mucho que hiciera uso de mis confidencias.

— Descuide — prometió Per—. Callaré como un muerto.

Cuando terminó el interrogatorio de Per, llamaron a Kit.

Contestó las preguntas, pero no pudo decir gran cosa. Al salir tomó del brazo a su amigo.

— Ya me han estropeado el sueño por esta noche. ¿Damos el paseo, Per?

— Si te empeñas...—contestó el joven, bostezando.

— ¡Vaya! —exclamó ella, retirando su mano—. ¿Acaso te aburro?

— No, nada de eso — se apresuró a decir Per —. Pero es ya muy tarde y...

Se interrumpió y la miró fijamente:

— ¡Cielos! —exclamó—. Desde que te conozco, mi sueño ha sido pasear contigo a la luz de la luna y, cuando por fin puede cumplirse mi deseo, bostezo.

— ¿Estás muy cansado?

— Naturalmente, y tú también.

— No, no... Ya no — contestó ella, pero también bostezaba.

Kit tapó su boca con discreción, pero era demasiado tarde. Per soltó una carcajada.

— ¿Sabes qué? — dijo —. Voy a acompañarte hasta tu puerta. Me despediré de ti y luego me iré a dormir. Ya nos veremos mañana.

* * *

Al día siguiente por la mañana, Per y Kit fueron a pasear por la playa. Mientras caminaban, Kit explicó sus teorías sobre los misteriosos acontecimientos.

— Resulta que no encuentro la más mínima razón para creer que esos accidentes y el tránsito ilegal de joyas, estén relacionados — dijo —. Sin embargo, creo que hay una relación.

— ¿Qué quieres decir? Te contradices a ti misma. Piensas con poca lógica.

— Como seguramente sabes, la lógica de una mujer es algo muy especial.

— ¡Y tanto! Falta saber si la lógica femenina sirve para el trabajo de un detective. Mira; por allí viene Puck.

La muchacha se acercaba corriendo. Parecía que con el sueño habían superado las dificultades del día anterior.

— Sois muy madrugadores. Iba a bañarme, y pensé que podríamos nadar juntos. Voy a darme un remojón.

— Te esperaremos aquí — dijo Kit, y Puck se metió en el mar.

Mientras contemplaba a su amiga braceando en el agua, le dijo a Per:

— ¿Piensas que lo que estoy diciendo es una tontería? Pues creo que con frecuencia la capacidad de la mujer para relacionar descabelladamente las cosas pequeñas nos hace aptas para hacer descubrimientos de importancia. No creo que la vida sea tan lógica como los hombres dicen. ¿Por qué han de resolverse las cosas lógicamente? Bien; te toca a ti.

— No. Prefiero oír primero tu teoría.

— No es muy lógica que digamos, pero tengo la sensación..., de que los tres accidentes no están relacionados. Quizá Manuel Rozzo pereció por un motivo que no tiene nada que ver con el segundo de los accidentes. La razón por la que murió Else Smith es mucho más fácil de adivinar: Ella sabía algo.

— ¿Estás segura? Yo no creo que supiese nada. Empezó a hablar para hacerse la interesante...

— Bueno, digamos entonces que presentía algo.

— Si es verdad lo que supones, corres un gran peligro — dijo Per alarmado.

— Gracias por el cumplido. Por fin lo admites.

— No admito nada, pero fuiste testigo en más de una ocasión.

— Exactamente, y he sabido usar mis facultades visuales y auditivas. He pensado mucho en todo esto.

— ¿Y qué hay de tu teoría? ¿Quieres exponer los tres motivos? ¿Cuántos sospechosos quieres? ¿También tres?

— No. Sólo dos.

— ¿Dos? ¿Y por qué no uno?

— Porque, según la teoría que te expuse antes, son dos los motivos, y dos los culpables.

— ¿Quiénes?

— Es precisamente lo que debemos averiguar — dijo Kit, seria —. Esta noche debemos procurar no perder detalle de lo que ocurre en el restaurante. Quizá encontremos la solución allí.



Poco después, Puck regresó del agua.

— No sé cómo explicarle todo esto a tu padre — dijo Per —. Es una suerte para mí que se encuentre en la India.

— Pero tarde o temprano regresará, y entonces tendrás que rendirle cuentas — sonrió Puck —. ¿Qué hacemos hoy?

— ¡Ojalá lo supiera! No tengo ningún plan para esta mañana. Haré una visita a Helmer; quizá pueda decirme algo más.

Regresemos al hotel.

Al llegar, las muchachas se fueron a sus habitaciones para vestirse, y Per hizo lo mismo. Luego llamó por teléfono a su periódico. Pensaba ir a ver al comisario Helmer, pero cambió de idea y descendió al «living». Allí se encontró con Kit, que estaba descansando en un butacón. Él se sentó en otro, a su lado, y estaban charlando animadamente cuando uno de los inspectores de policía se acercó a ellos.

— Ustedes perdonen... — empezó.

— ¡No queremos ser interrogados! —dijo Per, rabioso—. Hemos venido aquí para pasar las vacaciones y, ¿qué ocurre? Somos molestados de continuo por unos agentes que no saben lo que buscan y dejan que sucedan tantas cosas raras. ¿Qué ocurre ahora?

— Vamos, cálmate — dijo Kit.

El inspector, como buen detective, se dio cuenta en seguida de la situación, y se limitó a sonreír en vez de enfadarse.

— Lo siento muchísimo — dijo—, pero el comisario Helmer me ordenó comunicarle que los contrabandistas han sido capturados.

— ¿Por qué viene a decírmelo aquí? — preguntó Per.

La sonrisa del agente se hizo franca:

— Fui a su habitación primero — dijo—; pero como usted no estaba, pensé que quizá se encontraría aquí.

Per se quedó estupefacto, pero Kit intervino:

— ¿Dónde capturaron a los contrabandistas?

— En Korsoer. Intentaban cruzar en el «ferry-boat» con su mercancía. Se trataba de joyas robadas.

— ¿Han capturado también a Brown? — preguntó Per —.

— ¿Qué dijeron sobre lo sucedido con Puck? ¿Cómo los capturaron? ¿Dónde está el coche?

— Son muchas preguntas — sonrió el agente —. No puedo contestarle a todas. ¿Por qué no habla con el comisario Helmer?

— ¡Ahora mismo voy!

Per salió disparado. El detective se despidió de Kit con una inclinación, y ella, que no había dicho gran cosa, marcó alegre unos pasos de baile sobre la alfombra.

«Está loco—se dijo a sí misma. Luego cerró los ojos y sonrió—. Está completamente chiflado... Pero ¡qué encantador es!»

Poco después bajó al vestíbulo, donde Puck la esperaba..

Mientras charlaban, Per pasó por su lado sin detenerse. Se apresuraba a ir hacia una cabina telefónica, en la cual se metió. Kit vio su excitación mientras él hablaba por teléfono. Se sintió contagiada por el entusiasmo con que Per daba la noticia a su periódico. Cuando salió de la cabina, su frente estaba cubierta de sudor, pero sonreía feliz, con la satisfacción del periodista que acababa de dar una buena noticia en exclusiva a su redacción.

— ¿Sabéis que seguimos siendo los primeros en dar las noticias sobre el caso? — dijo, cuando se reunió con ellas— Vamos a la terraza a tomar un refresco. Creo que me lo merezco.

Mientras estaban sorbiendo limonada en torno a un velador, se acercó un reportero de otro periódico. Saludó y, sin esperar la invitación, se sentó en la mesa.

— No tengo nada para ti — se apresuró a decir Per —. Además, no olvides, Finn, que yo vi primero a Kit, y ella trabaja sólo para «Veinticuatro Horas» o para «Centrum».

— Es difícil olvidarlo mientras sigas jugando a guardaespaldas— sonrió Finn, y ofreció un cigarrillo a Kit—. Lo mismo ocurre con Puck, si no me equivoco.

— Naturalmente. No te atrevas a sonsacarles nada.

El periodista sonrió enigmático, como si guardara un gran secreto, luego añadió en voz baja:

— Supongo que no os habéis enterado de la gran noticia.

— ¿Qué noticia? — preguntó Per, desconfiado.

— Sobre la nueva pista.

— ¿Tienen una nueva pista? — preguntó Kit sin poder contenerse.

— Sí. ¿No lo sabíais?

La muchacha miraba de uno a otro. No confiaba en aquel periodista. Seguramente se trataba de un truco.

— No sabemos nada sobre eso — se apresuró a contestar Per—. Ni tú tampoco.

Finn sonrió, arrogante, y reclinándose en el respaldo de su silla dijo con displicencia.

— Si no estáis enterados, tampoco lo sabréis por mí.

— ¿Por qué? Somos colegas, ¿no? Podemos compartir una noticia.

— ¿Ah, sí? — exclamó Finn con fingida sorpresa —. Acabas de

decir que trabajáis en exclusiva para «Veinticuatro Horas». ¿Por qué he de haceros partícipes de mi noticia, si os negáis a colaborar conmigo?

— Cuéntalo de una vez — insistió Kit.

Finn negó con la cabeza mientras sus dedos jugaban con el vaso.

— No pienso deciros nada, jovencitos — dijo.

Kit miró a Per. Parecía contrariado. Había sido el primero en todo momento, y sería lamentable que alguien diera con la solución del caso antes que él.

— Es igual — dijo Kit con arrogancia —. Seguramente es lo mismo que yo sé.

Entonces le tocó a Finn mirarla con desconfianza.

— ¿De qué habla? — preguntó.

— Pues no sé hasta qué punto puedo hablar — contestó la muchacha.

— Usted hable; ya le diré si se trata de lo mismo.

— ¿Me cree usted imbécil? — preguntó Kit con dulzura, y como si el asunto careciera de interés, se puso a mirar, distraída, a un grupo de huéspedes del hotel que salían a la terraza.

— Escuche — dijo el periodista, persuasivo, poniendo su mano en el brazo de Kit—. No engañe usted a un viejo amigo.

— ¡Viejo amigo! ¡Ja, ja! —dijo Per,

— No pienso decirle nada — rió Kit —. Y le aseguro que si usted sabe algo sobre una nueva pista, no podrá hacer nada sin mi ayuda. He sido testigo importante en este caso, y ha de saber que he hecho ciertas investigaciones por mi cuenta que no han sido del todo infructuosas.

Per carraspeó para advertirla, pero Kit pareció no darse cuenta; no se dejó interrumpir.

— Le aseguro a usted que el culpable no seguirá libre por mucho tiempo, y también puedo decir que mis investigaciones serán de gran importancia para el caso; así que váyase a otro lado con el cuento sobre su nueva pista. Yo no le creo.

Se levantó con gracia e hizo un gesto orgulloso con la cabeza:

— Vamos, amigos — dijo a Per y a Puck —. Tenemos mucho que hacer.

Per había intentado hacerla callar con discretos gestos, pero sin éxito. Al contrario que Kit, Puck había comprendido muy bien la

situación, y se sintió angustiada cuando bajaban a la playa, mientras el sorprendido Finn se quedaba mirándoles.

Al llegar junto al agua, Per abrió la boca por primera vez. Fue para pronunciar sólo una palabra:

— ¡¡Tonta!!

Para Kit fue como un cubo de agua helada en plena cara.

— Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?

— No; pero creo que tú sí lo estás — rugió Per—. ¡Dale que dale, explicando tonterías a Finn sin parar!

— Sí, naturalmente. Él intentaba engañarnos...

— ¡Mujer tenías que ser! —suspiró Per—. ¿No comprendes que cada una de tus palabras será publicada mañana en su periódico? Finn es uno de los reporteros más sensacionalistas de todo el país. ¿No te diste cuenta de mis gestos para que te callases? Si no hubiera temido estropear tus bonitas piernas, te hubiera dado una patada. ¿Cómo crees que reaccionará el comisario cuando lea el periódico?

* * *

El comisario Helmer dijo casi todos los reniegos y palabrotas que un hombre de su nivel social podía usar en diez minutos. Luego releyó otra vez la información del «Boletín de Mediodía», que decía entre otras cosas:

La más bonita detective del mundo, la joven señorita Kit Brun, que ha sido testigo de todos los misteriosos acontecimientos de este terrible caso, ha declarado en una entrevista con uno de nuestros colaboradores que el culpable será capturado muy pronto.

— Mi teoría sobre los móviles de todo el asunto dará un nuevo giro a este caso — dijo, y añadió —: He hecho ciertas investigaciones por mi cuenta que estoy segura darán resultado positivo.

— ¡Mujeres!...—exclamó con desprecio el comisario por centésima vez—. Tienen la costumbre de meter su nariz en todo para complicar las cosas. ¡Seremos el hazmerreír de la gente! Lo peor es que no hemos progresado nada en ese caso. ¡Y ella se le ocurre decir que va a resolverlo todo y pronto!... ¡Ojalá!...



Casi lo mismo dijo Per cuando, junto con Kit, después de cenar leyeron el periódico, sentados entre las dunas.

— Te aseguro — insistió Kit — que ni por un momento pensé que mis palabras pudieran tener estas consecuencias.

— No es eso lo peor. No piensas antes de hacer o decir las cosas, pero tampoco haces caso cuando te prevengo. Te juro, Kit, que si algún día nos casamos, entonces...

— ¿Y quién ha dicho que nos vamos a casar? — contestó Kit, rabiosa.

— Bueno, lo diré de otra forma: sin algún día recobras la razón y aceptas casarte conmigo...

— ¡Si ni siquiera me lo has preguntado!...

— Pero lo he intentado en varias ocasiones.

Kit le miró fijamente:

— ¿Me lo estás proponiendo ahora? — preguntó ella, incrédula.

Per quedó confundido por la pregunta, pero al mismo tiempo estaba tan rabioso que le fue imposible expresar sentimientos románticos.

— No cambies de lema — dijo con brusquedad —. Lo cierto es que estuviste parlotando tontamente como una cotorra con uno de mis peores rivales, dándole una información que yo por muy buenas razones no puedo publicar, entre otras porque todo lo que dijiste eran tonterías.

— Pero no podía dejar que él presumiese de tener una nueva pista.

— Podías haber dicho todo menos lo que dijiste.

La muchacha se levantó.

— Vamos a dar un paseo — dijo —. Quizá así se me quite el mal humor.

Caminaron en silencio hacia la baliza. Aquella playa estaba

vacía. Los veraneantes preferían la de la parte sur, donde la arena era mejor y no había piedras.

— Lo cierto es — continuó Kit, que no quería dar su brazo a torcer—, que realmente tengo una teoría, pero no puedo probarla. No sabes cómo me gustaría aclarar este asunto.

— Lo entiendo perfectamente — contestó Per con ironía —. Sólo quiero que comprendas que con tu inaudita imprudencia has demostrado ser la menos indicada para esta tarea. No hay ni una sola persona que no se ría de nosotros. Lo peor es que de mi periódico me preguntarán por qué no les he enviado esas declaraciones tuyas, ya que en cierta forma tengo la exclusiva sobre ti, o, mejor dicho, la tenía antes de que me dieras pruebas de lo contrario.

— No te he dado tales pruebas — dijo ella.

— ¿Tengo, pues, la exclusiva? —preguntó, parándose y tomándola del brazo.

Ella dio media vuelta y le miró fijamente a los ojos. En aquella mirada estaba su contestación.

Luego empezó a correr por la playa con gesto juguetón de coquetería femenina. Per se lanzó en su persecución.

Kit, riendo, torció hacia las dunas, donde crecían bastantes matas de denso follaje, sin reducir su carrera.

— ¡Espera, Kit! —le gritó Per, sintiendo una leve inquietud.

Pero la muchacha siguió corriendo, siguiendo con su inocente juego, y así llegó a las proximidades de los arbustos. De pronto, se detuvo en seco. Una oscura sombra había surgido de entre las compactas ramas de un arbusto y, medio agazapada, se dirigió velozmente hacia ella. Kit soltó un chillido de espanto. Per, a quien la sombra al parecer no había visto, forzó su carrera al máximo, al mismo tiempo que dirigía un grito amenazador al individuo.

Éste entonces se volvió a mirarle, y radicalmente cambió de actitud: dio media vuelta y echó a correr, atravesando los arbustos.

— ¡Quédate aquí. Kit! —le advirtió Per al pasar a toda velocidad junto a ésta—. ¡Voy a tratar de atraparle!

—¡Cuidado! apenas tuvo tiempo de gritarle ella.

Per ya estaba saltando las matas sin detenerse. Allí la oscuridad era más acentuada, pero aún pudo distinguir la sombra fugitiva. Sin ver dónde pisaba, corrió tras ella. Entonces fue cuando perdió pie.

Se dio cuenta de que había pisado un hoyo, y de que estaba rodando por una ladera arenosa. Algo le detuvo de pronto, y un agudo dolor en su brazo izquierdo le hizo ahogar un grito.



A tientas, localizó el fuerte tronco de un arbusto, que era lo que le había detenido, y también una aguda rama rota del mismo, que se le había clavado en el brazo.

Kit, sin atender la recomendación que le había hecho, ya estaba corriendo a su lado, sorteando los obstáculos.

— ¿Qué te pasa, Per?... Deja que te ayude, amor mío...

Toda su obstinación había desaparecido. Su voz sonaba dulce en medio de la angustia.

Con una fuerza increíble en una mujer, logró ponerle en pie. Colocó el brazo derecho de Per sobre su cuello para que se apoyase en ella y, de esta forma, volvieron al hotel. El joven maldecía para sus adentros por no haber podido identificar a la misteriosa sombra.

En el hotel encontraron a Puck, que les preguntó asustada:

— ¿Qué os ha pasado?

— Alguien me salió al paso — dijo Kit—. Yo me asusté, y Per salió en su persecución, pero cayó y se hirió. ¡Hay que atenderle!

— Hay un médico en este hotel — murmuró Per —. El doctor Bang. Pero procura que nadie se entere de esto. Todo se arreglará con unos esparadrapos.

Por fortuna, el doctor Bang se encontraba en su habitación.

Después de examinar a Per pudo informarles de que la herida no era grave.

— Yo había venido a este hotel a pasar mis vacaciones — dijo el doctor —. Normalmente, un médico en vacaciones tiene que curar alguna insolación, pero este año las cosas son muy distintas. Lo mejor será que usted se meta en cama y descanse. Ya hablaremos mañana.

— No puedo — dijo Per —. Debo hablar con mi periódico.

— Tranquilízate — dijo Kit —. Ya llamaré yo. Tú quédate descansando. Les contaré todo lo que ha ocurrido.

— Pero nada de declararme héroe nacional — pidió Per con humor antes de cerrar los ojos.

— Naturalmente que no — sonrió Kit —. No tienes nada de héroe. Aunque nunca vi a nadie correr con tanta rapidez.

— Al menos, no corrí en dirección contraria — sonrió Per —. No fue culpa mía que se me escapase aquel tipo.

Puck había escuchado con sorpresa el relato de lo ocurrido en la playa. Sintió un escalofrío al pensar en lo que les había sucedido a sus amigos. Acompañó a Kit al vestíbulo, y juntas entraron en una de las cabinas telefónicas. Kit habló con la redacción de «Veinticuatro Horas» durante más de un cuarto de hora, y les explicó el heroico comportamiento de Per, que salió en persecución de aquella sombra en vez de buscar refugio.

— ¿Tiene usted alguna idea del porqué de lo ocurrido? — preguntó el redactor jefe.

— Pues, no — contestó Kit.

— ¿No cree usted—continuó el periodista — que tiene algo que ver con las declaraciones de usted al «Boletín de Mediodía»? Unas declaraciones que, dicho sea de paso, señorita, han sentado muy mal aquí, en nuestro periódico.

— Todo fue un mal entendido — se excusó Kit—. Yo sólo pretendía hacer callar a un rival de Per.

— Está bien; pero no fue usted muy afortunada que digamos. Ahora bien; ¿cree que el atentado puede ser consecuencia de su declaración?

Kit se quedó pensativa.

— Sí — contestó en voz baja —. Es muy posible. No sería ésta la primera vez que el delincuente actúa así.

— ¿Sospecha usted quién pueda ser?

— Tengo un presentimiento, pero no puedo probar nada aún. ¡Y, por el amor de Dios, no publique usted nada de lo que le estoy diciendo! Per me mataría.

— Descuide. No está usted hablando con el «Boletín de Mediodía» — rió el redactor jefe —. Gracias por su llamada, y salude de mi parte a Per. ¡Que se mejore! Quizá mande un fotógrafo para hacerle un par de fotos en la cama.

— ¡Buena idea! Per se lo merece. Es un buen periodista.

Puck no pudo menos que sonreír. El entusiasmo de Kit por Per había salido al fin. Kit colgó y salió al vestíbulo seguida de Puck. Allí les esperaba el comisario Helmer. Estaba hablando con uno de sus inspectores. Se volvió hacia ellas al oír el ruido de la puerta de la cabina.

— ¿Qué ha ocurrido ahora? — dijo fastidiado—. ¿Tiene usted que meterse en líos a cada momento?

— No me pasó nada — contestó Kit, resuelta.

— No, por casualidad — recriminó el comisario—. No sé cómo se le ocurrió hacer aquella declaración al «Boletín de Mediodía».

— El periodista me estaba provocando, y no quise ser menos que él — confesó Kit—. Ahora comprendo mi torpeza. Y el pobre Per resultó perjudicado, todo por culpa mía.

Estaba realmente disgustada. El comisario Helmer puso su mano en el brazo de la muchacha.

— Vamos, tranquilícese — dijo —. Todo fue un accidente. Trataremos de localizar al fugitivo.

— No será fácil encontrarle — opinó Puck.

— No, y el cielo es testigo de ello — suspiró Helmer —. Me gustaría que, en cuanto pueda, hiciese usted una declaración completa de los hechos, señorita Kit. Ahora voy a poner una conferencia telefónica.

La saludó con amabilidad y entró en una cabina. Kit y Puck subieron la escalera para dirigirse a sus habitaciones. En el pasillo encontraron a Kurt Moeller y a su mujer argentina. En apariencia, estaban discutiendo, pero como hablaban en castellano, las muchachas no pudieron entender nada. Al darse cuenta de su presencia se callaron, y Kurt Moeller saludó amistosamente a Kit cuando ésta pasó por su lado.

— Creo que prefiero ir a acostarme — dijo Puck de repente.

— Nos veremos mañana, pues.

Se saludaron, y Kit entró en su habitación. Se sentó en uno de los sillones y encendió un cigarrillo. Luego se fijó en las dos colillas que había en el cenicero.

Sonrió. Habían ocurrido muchas cosas..., y por otra parte muy pocas. En apariencia, el destino jugaba con ellos. Cada vez que Per intentaba declarársele, habían sido interrumpidos por algún acontecimiento dramático.

* * *

Kit se encontraba en el despacho del comisario Helmer. Había acabado su declaración sobre la misteriosa persecución en las dunas.

Helmer, después de tomar unas notas, mordió la punta de un puro. Le encendió y se quedó pensativo, contemplando el humo.

— Quiero ser sincero con usted — comenzó Helmer —. Creo que es usted una señorita inteligente y despierta, y estoy dispuesto a olvidar el incidente del «Boletín del Mediodía». Voy a hablarle claro, y le diré lo que pienso de todo este asunto. Primero tenemos a Manuel Rozzo. Estoy seguro de que no fue un accidente, pero no puedo probarlo; sobre todo porque nos falta el motivo.

— ¿Ha investigado sus relaciones con Christopher Brown? — preguntó Kit.

— Yo no. Están haciéndolo en el cuartel general de Copenhague. Puedo decirle que el tal Brown se ha mostrado desesperado después de su detención. Jura y perjura su inocencia, pero se niega a declarar. No hay nada que hacer con él. No obstante, tenemos las joyas, y no puede negar su culpabilidad. Tendrán mucho trabajo para hacerle hablar en el juicio. A la pobre Puck también le esperan bastantes interrogatorios. Lo que le sucedió a ella forma parte importante de las acusaciones, y la muchacha podrá decir muchas cosas. Por cierto; ¿qué relación cree usted que había entre Rozzo y Brown?

— Depende — dijo Kit —. ¿De qué vivía Rozzo?

— De su dinero, supongo. Hemos pedido informes sobre él por medio del consulado argentino, pero todavía faltan muchos datos. De momento, sabemos que había cambiado de domicilio muchas veces y nadie parece saber nada importante de él. Espero que

pronto sabremos algo más sobre su identidad. Quizá algo nuevo. Ya veremos.

Helmer hojeó unos papeles y prosiguió:

— Luego viene lo que le ocurrió a Elsa Berg. Su marido niega tener nada que ver con ello, pero nadie más tenía nada en contra de Elsa.

»Él fue el último que estuvo junto a ella, y se separaron en medio de una violenta discusión. Tal vez, llevado por un arrebato...

— Mis sospechas se dirigen hacia Nanna Moeller — dijo Kit.

— ¿Nanna Moeller? ¿La argentina casada con el ingeniero?

— Sí — dijo Kit con firmeza.

— ¿Por qué? — sonrió Helmer.

Durante un instante, Kit calló. Luego contestó ingenuamente:

— Me es antipática.

Helmer soltó una carcajada.

— ¡Vaya! Si la antipatía fuera suficiente para acusar a una persona, habría muchos detenidos.

— ¡Pues yo la creo capaz de todo! — dijo Kit.

— No exagere — rió el comisario—. Por el momento, no tengo razones para creer que Nanna Moeller sea culpable. Claro que he sospechado de ella y de su marido, al igual que de las otras personas que trataban a las víctimas. Pero no tenemos pruebas contra ellos. ¿Y qué me dice del motivo? Yo no veo ninguno.

— Tal vez se conocían de antes, y tenían alguna cuenta pendiente.

— Es muy posible — bromeó Helmer—. Argentina es un país muy pequeño.

— No se ría usted de mí — dijo Kit obstinada —. Hay que tener en cuenta todas las posibilidades. Per suele reírse de mí cuando le explico alguna de mis teorías; sin embargo, yo confío en la intuición femenina más que en las pruebas lógicas. Las personas no siempre actúan como uno espera.

El comisario movió la cabeza.

— Yo no puedo basar mis acusaciones en la intuición. La policía necesita pruebas, pruebas auténticas, señorita — dijo levantándose —. Vaya a ver a su amigo el fotógrafo; estará esperándola. Y, por favor, olvídense de Nanna Moeller. Si le digo que yo tuve la misma idea, pero que la rechacé por falta de fundamento, ¿se quedará

usted satisfecha?

Kit asintió seria, pero no parecía convencida. El comisario la acompañó hasta la puerta. Luego volvió a su mesa de trabajo, murmurando para sí:

— Es una chica encantadora. Ese fotógrafo tiene mucha suerte.

* * *

Kit fue a visitar a Per y encontró a Puck con él. El joven estaba de muy buen humor. Parecía haber olvidado todos los consejos del médico. No daba reposo al teléfono de su mesilla de noche. Habló durante un buen rato con su periódico y después no paró de contestar a conocidos que le llamaban para interesarse por su herida y enterarse de los emocionantes acontecimientos.

— ¡Hola! —saludó Kit, y mirando acusadoramente un cartón de cigarrillos junto a la cama añadió —: ¿Te diviertes? ¿No crees que fumas demasiado?



—En efecto — rió Per —. Sólo faltabas tú. Por cierto; tu padre me ha enviado una caja de puros, y los cigarrillos son de Helmer. Me he pasado la mañana fumando y echándote de menos.

— No creo que tanto fumar sea bueno para ti. ¿No es verdad, Puck?

— Claro que sí — contestó ésta —. Pero intenta convencerle.

— Tampoco debieras atender al teléfono.

— ¿Por qué no? Me encuentro estupendamente. Además, el periódico espera que le dé las últimas noticias.

— Yo les conté todo lo ocurrido. Conocen de sobra tu heroico comportamiento.

— ¡Déjate de tonterías! ¿Qué ocurre por el mundo?

— Acabo de hablar con Helmer. Duda de mis facultades como detective.

— Lo comprendo. Lo mismo pienso yo.

— No estés tan seguro — interrumpió Puck—. Yo creo en Kit.

Kit la miró con gratitud. Pero iba a levantarse, pero renunció con un leve gemido.

— Esto duele más de lo que pensaba — dijo.

Kit empezó a arreglarle las sábanas y la almohada. El joven la miró con ojos llenos de adoración. Puck, que los contemplaba, pensó que, a pesar del reciente disgusto que habían tenido, estaban hechos el uno para el otro.

— Bueno — dijo Kit —; me marchó. Tú debes descansar. Regresaré dentro de un rato.

— No te vayas, por favor.

— Claro que sí. Sé razonable. Ya sabes lo que nos ocurre cada vez que dejamos de ser sensatos: no surgen más que problemas. Debes cuidarte. ¡Vamos, Puck! Pero tiene que dormir.

Y, antes de que él pudiera protestar, las muchachas abandonaron la habitación. En el pasillo, Kit se volvió hacia Puck para decirle:

— Estuve mucho rato con el comisario Helmer. Cree haberme convencido para que abandone mis teorías, pero se equivoca.

— ¿Qué piensas hacer?

—Tengo un plan de acción. Ya se lo conté a mi padre. Pero ahora bajemos al vestíbulo. Quizá encontremos un rincón donde podamos charlar con tranquilidad.

El vestíbulo estaba repleto de gente, y salieron a la terraza en busca de una mesa, donde tomaron unas bebidas frías. Obedeciendo a una repentina inspiración, Kit se fue derecha hacia la mesa de Moeller y saludó sonriente a la pareja. Puck la siguió, sorprendida y algo fastidiada por no tener ocasión de conocer el plan de su amiga.

— Perdonen la molestia — dijo Kit con una encantadora sonrisa —. ¿Se acuerdan ustedes de mí? Soy Kit Brun. Nos conocimos el día de su llegada. ¿Podemos sentarnos mi amiga y yo un momento? Acabamos de hacerle una visita a un herido, un amigo mío que se hirió mientras perseguía a un individuo. Ya deben de saberlo, supongo.

El ingeniero Moeller se levantó y saludó confuso, mientras acercaba una silla para Kit. Nanna Moeller sonrió a Puck. Hubiera sido una sonrisa cordial, de no ser por la frialdad de sus ojos.

— Pues no lo sabía — contestó Moeller cortés, aunque algo distraído—. Así que está herido en el brazo. Es terrible, ¿verdad?

— ¡Terrible! —admitió Kit—. Lo peor es que temo que era una maquinación contra mí.

La muchacha hizo un gesto al camarero y pidió un par de refrescos. Luego se puso a buscar un cigarrillo en su bolso.

— ¿Quiere usted fumar? Tome de los míos.

El ingeniero le ofreció uno y se lo encendió. Miró a su mujer, pero ella se mostraba impertérrita. «Terriblemente tranquila», pensó Puck.

— Cuéntenos cómo ocurrió. ¿Por qué supone que la buscaban a usted? Debo admitir que mi vieja patria me asombra. Se ha vuelto muy violenta y sangrienta en mi ausencia. Todos esos extraños accidentes, aquí en Strandbaek, me sorprenden muchísimo...; quiero decir, pensando que estamos en Dinamarca.

— Supongo — dijo Kit mirando a Nanna Moeller — que en Argentina esto debe de ser más normal, ¿verdad? ¿Habla danés su esposa?

No mucho, pero lo entiende, ¿verdad, Nanna?

Una radiante sonrisa fue la contestación, pero sus ojos permanecieron vacíos y fríos.

Hubo una pequeña pausa embarazosa. Kit estrujaba su cerebro para encontrar la forma de continuar la conversación. Cuando se acercó a aquella mesa, siguiendo su repentina inspiración, no sabía lo que pretendía, y en realidad no había sacado nada en limpio. Aspiró una bocanada de humo de su cigarrillo y dijo al azar:

— Ustedes conocían a Elsa Berg, ¿verdad?

Puck se sobresaltó y miró de reojo a Nanna Moeller. La argentina, sin embargo, contemplaba la playa con cara de aburrimiento. La muchacha no pudo menos que admirar la hermosura de aquella mujer. Llevaba un vestido blanco, muy elegante, que realzaba su tez morena. Calzaba zapatos negros de altísimo tacón y a su lado, en el suelo, tenía un bolso negro muy caro, que hacía juego con sus zapatos.

Puck notó que Kit había sacado el espejo de su propio bolso para repasar su maquillaje. Quizás ante la asombrosa belleza de Nanna Moeller se había sentido acomplejada. Kit observó al ingeniero Moeller, que se había quedado pensativo y parecía no haber oído su

pregunta.

— Ustedes conocían a Elsa Berg, ¿verdad? — repitió.

— ¿Elsa?... Sí, claro que la conocía..., y a su marido — añadió aquél—. Es una historia muy triste.

— Sí que lo es — dijo Kit, pensativa, sin quitarle la vista de encima —. No comprendo quién ha podido tener nada contra ella.

— Su marido, ¿no? — dijo Moeller rápido.

Kit negó con la cabeza.

— Imposible. No fue él — dijo —. Estábamos juntos cuando descubrimos su cuerpo. Su reacción fue verdadera. Él no la mató.

De nuevo hubo una pausa. A Kit le pareció que duraba una eternidad. Puck trató de adivinar qué iba a ocurrir. Miró de reojo a su amiga y vio que se preparaba para un nuevo ataque.

De pronto, Kit empezó a hablar en voz baja, con aire misterioso, mientras sus ojos iban de Moeller a su mujer:

— No — dijo la joven—. Svend Berg no tiene nada que ver. En confianza, puedo decirles que pronto sabré lo que le ocurrió a Elsa Berg.

Por primera vez, la cara de Nanna se animó. Instintivamente, se inclinó hacia Kit. También Kurt Moeller parecía interesado.

— ¿Qué significa eso?

— Escuchen — continuó Kit—; aunque todo debe quedar entre nosotros: sólo me falta una pieza para completar mi rompecabezas. Después iré a la policía. Como seguramente saben por los periódicos, tengo una teoría. He trabajado mucho en ella. Yo fui testigo de gran parte de lo ocurrido en este caso. Además, he encontrado algo. Tengo una pista, y una prueba.

— ¿Una prueba?

Era la primera vez que Nanna Moeller abría la boca. Kit asintió y señaló su bolso con aire misterioso.

— Sí, tengo la prueba aquí. No puedo decirles de qué se trata, pero sí que sé cómo utilizarla. Iré a ver al comisario dentro de un momento. Se enfadará conmigo, estoy segura. He sido una tonta por no dársela desde el principio. Lo hallé en la playa aquel día que iba con el señor Berg.

Kit hablaba con mucho dramatismo. Notó que Kurt Moeller intercambiaba una mirada con su mujer, pero ésta no cambió su expresión ausente. La muchacha prosiguió:

— He tenido la prueba conmigo estos días. Fue una suerte que el que me espiaba desde el borde de las dunas no pudiera arrebatármela. Quería hacerme callar, como lo hizo con Else Smith, aunque la joven no sabía nada en absoluto. Sólo hablaba para hacerse la interesante.

— Es muy emocionante todo lo que nos cuenta — dijo el ingeniero vaciando su vaso y levantándose—. Hace mucho calor aquí. Subamos a tomar una copa a nuestra habitación. ¿Nos disculpará su amiga?

Miró sonriente a Puck, que no supo qué contestar, y él continuó:

— Tenemos bebidas arriba y podremos charlar tranquilos. Nos gustará mucho oír sus teorías. Suenan muy interesantes. Me encantan las intrigas policíacas.

Los ojos de Puck y Kit se encontraron durante una fracción de segundo. Kit no supo decir que no. Nanna se había levantado, sonrió ampliamente a Kit e insistió, en un danés chapurreado:

— Venga usted, por favor. No conocemos a casi nadie en este hotel y nos gusta hablar con personas como usted... Sólo una copa...

Y se llevó a Kit casi a la fuerza. La muchacha presintió el peligro; pero, por otro lado, pensó que, habiendo ido tan lejos, sería una cobardía renunciar a su plan precisamente en aquellos momentos.

Además, era difícil negarse a aceptar la invitación y se marchó con el ingeniero y su mujer, mientras su amiga quedaba sola. A Puck no le gustó la repentina invitación, y se dijo, inquieta:

— ¿Por qué no me han invitado a mí? Ya no soy una niña para que me excluyan de esta manera.

En realidad, no le agradaban ni el ingeniero ni su mujer; y tuvo la sensación de que algo andaba mal. Intuyó que aquella amable invitación era peligrosa. Pero en seguida se dijo a sí misma que no debía ver misterios por todas partes.

Puck se quedó pensativa. No podía apartar de su mente la expresión de la bella argentina.

«La argentina... Argentina...» — se repitió.

Tuvo un sobresalto. ¿Por qué no había pensado antes en ello? En el suelo, junto a una de las sillas, estaba el bolso de la señora Moeller. Lo había olvidado cuando se apresuró a llevarse a Kit.

«Es muy extraño — pensó Puck—. Una mujer no suele olvidar

fácilmente su bolso. Nanna Moeller debe de estar muy interesada en este asunto y en Kit. ¿Por qué?»

Puck alargó la mano para recoger el bolso. Al hacerlo, éste se abrió y su contenido cayó al suelo. La muchacha se sonrojó. Se apresuró a recogerlo todo y a meterlo de nuevo en su sitio: la barra de labios, los polvos, un pañuelo diminuto que olía a perfume caro, una pitillera...

Era pesada y labrada en oro. Se trataba de una obra de arte. Unos brillantes incrustados en la tapa formaban dos iniciales: una N y... Puck se sobresaltó... ¡Una R! No una M, como era de esperar por su apellido, sino una R.



La horrible sensación de peligro que antes había sentido, la invadió de nuevo. Puck miró de reojo en derredor. Nadie parecía haberse dado cuenta del incidente. Metió lentamente la pitillera en el bolso y se deslizó bajo la mesa para recoger el resto de los objetos esparcidos por el suelo.

Había una carta. Un sobre gastado y arrugado, que parecía llevar mucho tiempo en aquel bolso. Puck lo examinó y vio que el matasellos era de seis años atrás. Le pareció extraño que alguien llevase consigo una carta tan vieja, a menos que fuera muy importante. Puck miró de nuevo el sobre. El nombre del destinatario hizo latir su corazón con más fuerza.

Sra. Doña Nanna...

Pero no podía Nanna Moeller... Ponía... Puck sintió sudores

fríos. De repente comprendió que Kit se encontraba en un serio apuro, y se metió corriendo en el hotel. Cruzó el vestíbulo como una centella y subió las escaleras hasta la habitación donde el comisario Helmer tenía su despacho. Llamó y abrió un inspector.

— ¡Tengo que hablar con el señor Helmer en seguida! — exigió nerviosísima.

* * *

El ingeniero Moeller ocupaba dos espléndidas habitaciones en el primer piso, con ventanas al mar. De la terraza llegaban hasta allí risas y voces, pero Kit se sintió muy lejos de todas aquellas personas cuando Kurt Moeller y su mujer entraron y cerraron la puerta.

— Siéntese — dijo Moeller e indicó a Kit un comfortable sillón.

La joven se acomodó, guardando el bolso entre sus manos. El ingeniero y su esposa se sentaron frente a ella en un sofá bajo. Sobre la mesa había un sifón, un par de botellas de agua tónica y una botella de ginebra.

— ¿Qué quiere tomar? — preguntó Moeller —. Voy a buscar agua tónica fresca. Dícupme un momento.

Se levantó y salió al pasillo. Hubo una pausa. Kit notaba la atmósfera cargada de presagios. Miró a Nanna, aquella mujer hierática, bella y fría, cuyos ojos se habían vuelto cautelosos. Intentó un nuevo ataque.

— Pues sí — empezó la muchacha—. Todo es muy emocionante. Estoy muy contenta de haber encontrado la clave del enigma.

No hubo respuesta. Kit continuó. Su imaginación era muy vivaz.

— No es difícil imaginar a la bella sueca correr por las dunas, huyendo presa del miedo. No sabe lo que pretende su enfadado marido. Corre con todas sus fuerzas cuando, de pronto, se encuentra cara a cara con la mujer que va a truncar su destino. Hasta aquel momento la ha considerado como una amistad del veraneo. Se han reunido en varias ocasiones, en la playa y en el hotel, divirtiéndose juntos. Tiene la mejor opinión de esa mujer y, de repente... De repente la ve allí, con una extraña expresión en los ojos...

Kit estaba exaltada. Su imaginación la hacía dramatizar. De pronto, notó la respiración entrecortada de la argentina y le pareció ver un brillo de odio en sus ojos negros; pero luego su expresión cambió. Su sonrisa era radiante cuando dijo:

— Es usted muy guapa.

Aquel repentino cambio de tema confundió a Kit. En el mismo momento, la puerta se abrió a su espalda, y el ingeniero Moeller entró con unas botellas.

— ¡Bien! —dijo con forzada alegría—. ¡Ésta es una agradable reunión!

Nanna alargó la mano hacia el bolso de Kit.

— Es muy elegante — dijo—. ¿Me lo deja ver?

Pero la muchacha no quiso soltarlo. Movi6 la cabeza y dijo sonriendo:

— Es muy corriente.

La argentina insistió y Kit no tuvo otro remedio que dejárselo. Nanna sonreía mientras contemplaba el bolso.

— Venga, señorita Kit — intervino Moeller—. Me gustaría enseñarle la vista que disfrutamos desde aquí.

Kit tuvo que levantarse. Moeller la tomó del brazo, amable pero con firmeza, y la llevó hasta la ventana. Notó que su mano la sujetaba con más fuerza cuando quiso volver por su bolso.



—Venga, venga usted — invitó él.

La situación era muy extraña. Su tono era suave, pero tras su amabilidad se adivinaba un hombre peligroso y brutal. Kit decidió jugar su última carta. Con gesto rápido liberó su brazo y dijo con coquetería:

— Por favor, señor Moeller, no me tome usted del brazo de esa forma. A su mujer podría desagradarle.

Con una sonrisa encantadora, regresó al sofá y tomó el bolso de las manos de Nanna, mientras decía:

— ¿No es verdad, señora Moeller? Usted es muy impulsiva, y las chicas rubias no le gustan. ¿Es verdad o no?

Y se fue con pasos lentos hacia la puerta, donde dio media

vuelta.

— Lo siento muchísimo — dijo —. Es necesario que hable con el comisario en seguida. Volveré dentro de cinco minutos. Me disculparán mientras tanto, ¿verdad?

Cuando puso su mano en la manija, Moeller ya estaba a su lado.

— Tome una copa con nosotros antes de irse — insistió —. Sólo una.

El hombre la tomó del brazo y la llevó de regreso al sillón. Kit decidió intentar otra añagaza. Saludó con su copa y bebió un sorbo de su agua tónica con ginebra.

— Hemos estado hablando con su esposa sobre mi teoría — dijo —. ¿Le interesa saber más? Tengo el presentimiento de que en estos accidentes han intervenido dos personas. Sé con seguridad que los móviles fueron distintos.

— Muy interesante — dijo Moeller, mientras sus ojos grises la vigilaban con atención.

— Esto no es una teoría; son hechos que puedo probar con el hallazgo del cual les hablé. Else Smith... Else Smith...

De repente sintió un sueño irreprimible. Sus manos le pesaban como el plomo.

— Else Smith...—empezó de nuevo; pero sólo tuvo tiempo de decirse a sí misma que se había dejado sorprender como una tonta.

* * *

El comisario Helmer echó una mirada muy seria a Puck, mientras se levantaba con rapidez de su mesa de trabajo. Se volvió hacia uno de los jóvenes inspectores, que en aquel momento entraba en la habitación y le ordenó con energía:

— Reúna tres o cuatro agentes y síganme. ¡Aprisa! Tenemos que detener a la mujer argentina.

Instintivamente, su mano tanteó la pistola mientras salían. Se detuvieron ante la puerta de la habitación del ingeniero Moeller. Helmer llamó. Como nadie contestaba, intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

— ¡Abran a la policía! — ordenó en voz alta.

Se oyó ruido en la habitación, pero no abrieron. Helmer llamó de nuevo con el puño cerrado.

— ¡En nombre de la ley, abran la puerta!

Nadie respondió. Helmer se volvió hacia los inspectores.

— Bajen dos de ustedes a la entrada principal del hotel y vigilen las ventanas. Pueden tratar de salir por allí. El ingeniero debe de estar desesperado. Nosotros abriremos la puerta a la fuerza.

Los agentes empujaron con los hombros, y la puerta se abrió con estrépito.

El ingeniero Moeller y su mujer se habían retirado a un rincón de la sala. Kit aparecía dormida en un sillón.



El comisario Helmer miró con severidad al matrimonio Moeller, y les dijo:

— Quedan ustedes detenidos.

La pareja no hizo comentario alguno; se limitaron a bajar la cabeza, reconociendo así su culpabilidad. El comisario hizo un gesto a uno de sus inspectores, quien se adelantó y colocó las esposas a Nanna y a Moeller. Luego, se los llevaron. El comisario Helmer se precipitó hacia donde estaba Kit, al tiempo que indicaba a sus hombres:

— ¡Pronto! ¡Traigan a un médico!

Pero ya Puck había salido corriendo en busca del doctor Bang.



El médico se levantó y miró al padre de Kit con una sonrisa tranquilizadora.

— Sólo le dieron gotas para dormir — dijo —. No le pasa nada. No se han atrevido a ir tan lejos como en el caso de la señorita Smith.

El comisario Helmer entró en la habitación y vio que Kit abría los ojos. Se acercó al pie de su cama y la contempló sonriente. Cuando la muchacha hubo recobrado el sentido por completo, le dijo:

— Llegamos en el último instante, ¿verdad, «Sherlock Holmes»? —

— No sé qué decir de todo esto — comentó el padre de Kit.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó ésta por fin.

Kit estaba algo mareada, pero quiso saber todos los detalles de lo ocurrido. Puck, que había estado junto a su amiga en todo

momento, escuchaba con una satisfacción especial por haber sido ella quien en definitiva había resuelto el misterio..., aunque eso ocurriera por casualidad.

— Moeller y su mujer lo han confesado todo — concluyó el policía—. Nanna estuvo casada en primeras nupcias con Rozzo, y era su única heredera. Eso se debía seguramente al hecho de que Rozzo, como era joven, no se había preocupado por cambiar su testamento. Por lo menos, ella iba a heredar una fortuna.

«Teníamos el presentimiento de que había algo entre Rozzo y Nanna; pero como le dije a la señorita Kit, sólo se trataba de una posibilidad. Pedimos información a través del consulado. Pero estas cosas son muy lentas, y fue Puck quien nos trajo la respuesta. Encontró la pitillera de la señora Moeller y se dio cuenta de que las iniciales eran N.R. y no N.M., como debían haber sido. Luego se puso a pensar si la R. significaría Rozzo, y poco después vio una carta que iba dirigida a la señora *Nanna de Rozzo*, fechada seis años atrás. Te felicito, Puck, porque has sacado tus conclusiones con rapidez e inteligencia.

Helmer se rascó el cogote y una sonrisa alumínó su cara.

— Como ustedes quizá saben — dijo con orgullo—, tengo un hijo llamado Jan. A veces ocurren cosas que necesitan una decisión rápida y Jan tiene el don de sacar rápidas conclusiones. Es un chico listo, si me permiten el orgullo de padre. Puck, en este caso, ha trabajado tan bien como Jan suele hacerlo.

La aludida sonrió; sabía que le habían echado un piropo muy halagador.

— Bueno, sigamos — dijo el comisario Helmer—. La señora Moeller podía heredar el dinero de Rozzo y su marido lo necesitaba, ya que tenía muchas deudas. Así que decidieron deshacerse de Rozzo. Les sorprendió mucho encontrarle aquí, pero no dijeron a nadie que le conocían. El argentino tampoco dijo nada al respecto.

»Svend Berg, que ya ha salido de la cárcel, y se marcha para Suecia esta tarde, me ha dicho que no sospechó siquiera que Nanna y Rozzo se hubieran visto antes. Rozzo, sin duda, deseaba ocultar su pasado, y Nanna utilizó esto para sus planes. Ni a ella ni a Moeller se les ocurrió pensar que alguien pudiera enterarse del anterior matrimonio de aquélla con Rozzo. La noche en que murió el argentino, éste tuvo una discusión con Berg, según me ha dicho

ahora.

— Ya recuerdo — intervino Puck—; cuando Elsa y Svend discutieron en la playa, ella le echó en cara a su marido que éste estaba fuera del hotel cuando el accidente tuvo lugar.

El comisario carraspeó y continuó:

— Lo que al principio nos desconcertó fue que Elsa Berg apareciera ahogada, ya que podía tener relación con los hechos que se estaban sucediendo. Pero en realidad no fue así. Cuando se fue huyendo por la playa, tropezó en unas piedras próximas a la orilla, y perdió el conocimiento. Quedó tendida allí, y pereció al subir la marea.

— ¿Y Else Smith? — preguntó el padre de Kit.

— Los Moeller temían que la muchacha pudiera contar algo a la policía, y por eso decidieron hacerla salir de escena.

El comisario miró a Kit y dijo:

— Lo que aún ignoro es qué les dijo usted para que se pusieran tan nerviosos.

— Cierto — rió Kit —. Les dije que tenía una prueba, algo que había encontrado junto al cadáver de Else Berg.

— Usted no me dijo nada sobre esa prueba — le recriminó Helmer con brusquedad—. ¿De qué se trata?

— No había tal prueba — dijo Kit —. Era una trampa para Nanna. Sospeché de ella; ya sabe usted: la intuición femenina.

Helmer soltó una carcajada, y el padre de Kit dijo que iría a su habitación para resarcirse, durmiendo una siesta, de las ligerezas de su hija. También Helmer se despidió.

Kit y Puck se quedaron solas.

— ¡Puah! —exclamó Puck—. Ha sido una aventura peligrosa. Estaba muy preocupada por ti.

— Y con razón, querida — dijo Kit —. Sin embargo, a pesar de todo, nos hemos divertido mucho.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Per.

— ¡De qué cosas se entera uno! —dijo.

— ¡Per! —exclamó Kit—. Debías estar en cama, descansando.

— Ya estoy bien, tesoro — dijo Per.

Puck consideró que había llegado el momento de marcharse.

Guiñó el ojo a Kit y, antes de salir, vio que Peter se acercaba a Kit, diciéndole:

— Ahora que todo ha terminado y ya no tienes tu cabeza ocupada en resolver misterios, hay algo que quisiera decirte...

Puck cerró la puerta. Mientras caminaba por el pasillo vio a Helmer que regresaba.

* * *

Per se inclinó sobre Kit y dijo sonriendo:

— ¿Estás completamente segura de que ya no hay ningún otro peligro cerca de nosotros?

— Segurísima — rió la muchacha.

Per tomó su cara entre sus manos y dijo en voz baja:

— Hay algo muy importante que quiero decirte, Kit.

— ¿Qué es, Per?

En aquel instante llamaron a la puerta.

— Perdonen — dijo el comisario Helmer —. Había olvidado mi pipa.



VI

Algunos días después, Puck se encontraba en su habitación del hotel, mirando distraída por la ventana. Sus pensamientos estaban lejos. Recordaba a sus amigos y compañeros del pensionado de Egeborg, que ya había dejado para siempre después de los exámenes finales.

¡Los exámenes!... ¡Y la fiesta!... Aunque fue algo triste por las despedidas.

Puck lo repasó todo. Su examen no había resultado muy brillante. Había estado algo preocupada desde que mandó sus notas a su padre a Nueva Delhi, pero tuvo casi inmediatamente una respuesta consoladora por telegrama:

¡FELICIDADES! ESPERO REGRESAR PRONTO. BUENAS NOTICIAS SEGUIRAN POR CARTA. SALUDOS PARA LA TÍA Y HASTA PRONTO.

Había sido un telegrama maravilloso. Ella se había sentido inmensamente feliz. Pero unas horas más tarde se había celebrado la fiesta de despedida en el gran salón del pensionado.

¿La fiesta?

Sí, fue una fiesta, pero resultó triste. Puck había pasado unos años felices en el pensionado de Egeborg, rodeada de buenas amigas y profesores comprensivos. A veces había habido alguna que otra dificultad; pero eso era normal entre tantos niños, y al fin todo terminaba bien.

En muchas ocasiones, el compañerismo se había visto salpicado con emocionantes aventuras... Sí; decididamente, habían sido tiempos felices. ¿Y el discurso de despedida del señor Frank?

El director, muy querido por todos los discípulos, había pronunciado un discurso divertido y serio al mismo tiempo. Entre otras cosas había dicho:

— Aunque vosotros os sentís adultos, yo seguiré llamándoos muchachos, porque para mí siempre seguiréis siendo mis chicos. Estoy satisfecho en general con los buenos resultados de vuestros exámenes. Algunos tuvieron mala suerte..., o quizá debieron haber estudiado más, sin embargo, el año de propina que habrán de permanecer con nosotros también pasará, y lo pasaremos tan bien como siempre.

»A los que aprobaron los exámenes quiero darles, en nombre de todos vuestros profesores y en el mío propio, la más cordial enhorabuena. Lo hemos pasado muy bien todos juntos durante estos años... A veces os habéis mostrado muy traviosos, pero estas pequeñas divergencias no han llegado nunca a enemistarnos. Os doy las gracias por estos años, y por la gran confianza que me habéis mostrado.

Algunos alumnos pronunciaron discursos. Las palabras de Alboroto fueron recibidas con jolgorio. Tanto él como Cavador

habían aprobado los exámenes por pura casualidad. Esta había sorprendido a ambos casi tanto como a sus profesores.

Los dos muchachos estaban, como es natural, muy contentos con el feliz final de un curso en el que no se esforzaron demasiado, pero se sentían muy tristes al pensar que iban a despedirse de sus queridos ratoncitos blancos. Aquellos animalejos les habían proporcionado muchas alegrías, sobre todo cuando eran usados para asustar a las chicas. Sin embargo, es difícil salir al mundo llevando consigo dos grandes jaulas con ratones blancos. Por eso los dos inseparables amigos habían «regalado» los ratoncitos al pensionado, y el director les había dado las gracias, sonriente, por tan generoso regalo.

Cuando empezaron los exámenes, la más triste de todos eran, sin duda, Lise Sommer, llamada Navio. No podía ni imaginar cómo iba a vivir sin sus grandes amigas. Más tarde renació en ella la esperanza: su padre la había matriculado en el «Instituto Clara Moeller para señoritas», de Copenhague, y la madre de Karen había tenido la misma feliz ocurrencia respecto a su hija.

Aquel instituto era un colegio muy elegante, donde enseñaban lenguas modernas, baile clásico, plástica, costura, cocina y muchas otras asignaturas que podía ser de gran utilidad en la vida de las jóvenes.

Las dos amigas eran, pues, muy felices porque podrían estar juntas durante dos cursos más; pero les entristecía tener que despedirse de Puck, ya que las compañeras de la habitación del «Trébol de Cuatro Hojas» se habían sentido siempre muy unidas.

Puck también estaba muy triste por la separación. Por ello decidió escribir una carta a su padre, a Nueva Delhi, en la que le pedía que la matriculara a ella también en el «Instituto Clara Moeller», y estaba esperando la respuesta.

En principio, su padre había decidido que ella viviría con su tía en Copenhague, hasta que él regresara de la India, pero Puck no estaba muy entusiasmada con aquella solución. No porque su tía no fuese agradable y simpática, sino porque a la señora le gustaba mucho hacer vida social y estaba siempre fuera de casa. Puck pensaba que no sería muy divertido quedarse sola con una camarera y una cocinera. ¡Desde luego que no!

Puck suspiró. Pensaba que las emociones se habían acabado ya

para ella. En el pensionado de Egeborg las aventuras estaban a la orden del día, y en el hotel de Strandbaek también; pero ¿cómo sería su futuro?

Llamaron a la puerta, y tras un distraído «pasen» de Puck, fue abierta con estrépito. Per Jensen entró como un ciclón, preguntando con una amplia sonrisa:

— ¿Estás dispuesta a venir conmigo en avión a Dublín?

* * *

Puck se quedó boquiabierta.

— ¡Santo Cielo! ¿A Dublín?... ¿No es ésa la capital de Irlanda?

— Al menos, lo era esta mañana — rió el periodista—. ¿Qué? ¿Dispuesta?

— ¡Y tan dispuesta!...—contestó Puck alegre—. ¿De qué se trata?

— Vas a hacer de señorita de compañía.

— ¿Tuya? — preguntó Puck abriendo mucho los ojos.

— No; yo no la necesito — sonrió Per Jensen—. Vas a ser acompañante, o institutriz, o algo similar de una muchacha que se llama Jill O'Flanagan.

— ¿La estrella infantil del cine?

— ¡Exactamente! Hace de protagonista en una nueva película, y van a filmar algunas escenas en Dublín.

— ¿Por qué allá?

— Así lo exigió la estrella.

— ¿Qué dices?—exclamó Puck—. ¡Pero si ella sólo tiene doce o trece años!

— No obstante, tiene opiniones propias, a pesar de su corta edad — dijo Per Jensen con sequedad—. En principio habían pensado filmar la película en Londres o en otra ciudad inglesa, pero Jill declaró que preferiría ir a Dublín para tener la oportunidad de saludar a su padre. Él vive allí desde que tuvo una terrible discusión con su esposa, o sea la madre de la chica, que es danesa.

— Pero... ¿quieres decir que la productora aceptó las exigencias de la chica así sin más?

Per Jensen se encogió de hombros.

— Quizá no podían perder tiempo en discusiones; quizá Dublín sea la mejor solución. Jill quiere mucho a su padre, y estará de muy buen humor para trabajar si le dan ocasión de verle.

Continuó diciendo, riendo:

— La productora tiene mucha experiencia con esa clase de jovencitas que se creen divas de Hollywood. El año pasado dio unos papeles sin importancia a un par de niñas de doce años. ¿Sabes lo que dijeron aquel par de mocosas antes de empezar a actuar?

— Pues no.

— Una de ellas tendió la mano y dijo, decidida: «Quiero el dinero por adelantado».

Naturalmente, el director creyó que se trataba de una broma; pero no era así. Las chicas se negaron a trabajar hasta recibir su sueldo.

— ¿Y les pagaron?

— Desde luego. También en aquella ocasión hubo flexibilidad. Durante una filmación, cada minuto cuesta mucho dinero, y no quisieron perder el tiempo en discusiones pero, como es natural, nadie las ha contratado desde entonces. Con Jill O'Flanagan es distinto. En estos momentos no pueden prescindir de ella, si quieren terminar la película.

El joven fotógrafo continuó en tono vacilante:

— No quiero asustarte, Puck, pero no será un trabajo muy agradable. ¡No será fácil dominar a esa caprichosa jovencita!

— Bueno, en cierta ocasión hice un trabajito como éste —sonrió Puck, y pensó en aquel difícil y dramático viaje que un invierno, algunos años atrás, había hecho con sus amigas—. Entonces tuve que cuidar de un chiquillo mal educado y travieso. Espero que, si Jill no es peor que él, podré con ella... Pero no me has dicho todavía en qué consiste tu trabajo.

— Es muy simple. Mi revista tiene la exclusiva de esta filmación y me ha encargado el trabajo a mí. La compañía cinematográfica ha alquilado un avión que nos llevará directamente a Dublín.

— ¿Para tan poca gente?

— ¿Poca? —sonrió Per—. El avión irá repleto entre actores, extras, fotógrafos y técnicos. Todos tendrán mucho trabajo, y por eso la productora busca a una joven para cuidar de Jill. Yo pensé en seguida en ti.

— ¡Ya! Y ¿qué me dices de Kit? —dijo Puck en tono irónico.

Per tartamudeó:

— Pues... ¡Ejem!... Pues claro que se lo propuse a ella, pero está

muy ocupada y el avión sale pasado mañana. Será una aventura emocionante, Puck, y te pagarán bien.

— No me importa demasiado el dinero—dijo Puck alegre—. Me interesa más la aventura... Sin embargo, algunas coronas extras nunca vienen mal.

Cuando Per Jensen dejó la habitación, Puck estaba eufórica. Aquello prometía ser emocionante. Aunque Jill fuera una niña difícil, ella la dominaría, estaba segura.

* * *

Como Puck y Per no iban a marcharse del hotel hasta el día siguiente, pasaron la tarde con su amiga Kit. Nadaron, jugaron a pelota en la playa, y se broncearon al sol en las dunas.

Después de la cena, los tres fueron a bailar al salón del hotel. Per estaba contento por la popularidad que había adquirido Puck entre los muchachos veraneantes; así él podía dedicarse exclusivamente a Kit. Puck, por su parte, pensó que no sería fácil la separación para aquellos enamorados, aunque sólo fuera por un par de semanas.

De vez en cuando, Puck fruncía las cejas, pensativa. Era muy emocionante ir a Irlanda como niñera de una estrella del cine, pero ¿qué pasaría si entretanto llegaba la respuesta de su padre? Estaba muy ansiosa por saber si la dejaba ingresar en el «Instituto Clara Moeller», donde iban a ir sus amigas Navio y Karen. Sería un consuelo por haber tenido que dejar tantos buenos amigos en Egeborg. ¿Qué diría su padre?

Puck frunció las cejas de nuevo. Su padre le había anunciado que pronto regresaría de la India. Sin embargo, no había dicho si iba a quedarse en Dinamarca, o si sólo se trataba de unas vacaciones.

Cuando Kit y Per regresaron a la mesa, ella dijo, alegre :

— ¡Vaya, Puck! No has parado de bailar. ¡ Tienes mucho éxito! Debería estar celosa al pensar que te marchas a Irlanda con mi prometido.

— Pero no lo estás, ¿verdad?

— No, en absoluto, mujer.

Kit enseñó sus blanquísimos dientes en una amplia sonrisa.

— Si desde el principio dos personas sienten celos la una de la otra, han perdido la batalla de antemano. Su matrimonio será un fracaso. ¿Cuántos años tienes, Puck?

— Diecisiete..., casi.

— Yo tengo veintidós — sonrió Kit —. Hablo con la experiencia de la mujer madura.

— ¡Pues sí que es madurez!

Kit dio una palmadita amistosa en el hombro de Per, y dijo:

— Tengo la sensación de que este tipo me quiere. Por mí puede dar la vuelta al mundo en compañía de Gina Lollobrigida si quiere. No perdería mi sueño por ello.

— Yo tampoco — sonrió Per.

— Bien, hijitos — dijo Kit, maternal —. Os deseo suerte en vuestro viaje. Tu trabajo no será nada envidiable, Puck, pero estás acostumbrada a resolver problemas; así que no me preocupas. ¿Conoces a Jill O'Flanagan?

— No.

— Yo la vi en una ocasión... Y espero que sea la última.



VII

En torno al avión de vuelo charter había tal cantidad de gente que parecía la despedida de una pareja principesca. Periodistas y fotógrafos de prensa se aglomeraban frente a la escalerilla del avión como moscas alrededor de un terrón de azúcar.

La estrella infantil Jill O'Flanagan se dejaba retratar por todos lados, mientras soltaba sus ingeniosidades a los representantes de la prensa. Los periodistas estaban enterados de que había sido Jill la que había exigido la filmación en Irlanda, y cuando tocaron el tema,

la niña prodigio contestó:

— Quiero saludar a mi padre. Eso es todo.

— ¿Te espera él en el aeropuerto de Dublín? — preguntó uno.

— No — fue la rápida respuesta —. Quiero darle la gran sorpresa.

— ¿Has estado en Dublín en alguna otra ocasión?

— No. Dublín no ha tenido el gusto de recibirme.

— ¿Estás contenta de ir?

— Más lo estaré a mi regreso..., después de saludar a mi padre.

— ¿Estás ansiosa por ver el resultado de la película?

— No. Mi público es el que debe estar ansioso por verla.

— ¿Te gusta volar?

— No está mal... ¡Una siempre está segura de bajar!

Puck estaba asombrada. Poco antes de ir al aeropuerto había sido presentada a la pequeña estrella y ésta le había dicho con arrogancia:

— Así que tú eres mi nueva niñera, ¿eh? No estoy acostumbrada a esas cosas; pero, si te portas bien, no me quejaré. ¿Sabes jugar al «tonto»?

— ¿Al «tonto»?

— Sí. Es un juego de naipes. Yo juego al «tonto» cuando me aburro, y creo que nos vamos a aburrir muchísimo en este viaje. Los actores adultos y los extras son tan tristes que me ponen carne de gallina sólo con verles. ¿No piensas tú lo mismo?

— Pues, no sé...

— Claro que sí. Me da náuseas verles. Por ejemplo, el director Hjort es tan listo que no necesita su cabeza para pensar.

Puck estaba sorprendida. La pequeña estrella hablaba como un adulto y era increíble la rapidez con que contestaba. No sería fácil tratar con ella.

Sin embargo, no se podía negar que era muy guapa. Ojos azules, rizos dorados y una sonrisa amplísima, eran cosa que surtían su efecto en una película en color.

Además, la chica había demostrado en anteriores ocasiones que poseía un talento extraordinario. Tenía tanta seguridad ante las cámaras como un artista adulto. Puck no pudo menos que pensar cómo sería el futuro de una niña prodigio como ella. Muchas veces terminaba en tragedia.

Jill fue la última en subir al avión. En lo alto de la escalerilla dio media vuelta y saludó sonriente a los muchos fotógrafos, que hicieron nuevas fotografías. Per Jensen tuvo el tiempo justo para musitar a Puck:

— ¡Pobre Puck! Tendrás trabajo con ella.

— Es simpática, y muy resuelta.

— Resuelta, quizá; pero simpática... Ya cambiarás de opinión, hijita. ¡ Suerte!

Cuando Jill se hubo sentado al lado de Puck, quitaron la escalera y se encendió el letrero anunciando:

PROHIBIDO FUMAR. ABRÓCHENSE LOS CINTURONES.

Como los demás pasajeros, Puck obedeció la orden y dijo a Jill:

— Abróchate el cinturón, Jill; vamos a despegar.

— ¡ No me da la gana!

— Abróchate el cinturón, por favor.

— ¡ Cállate! No quiero.

Puck empujó a Jill sin miramientos para que se sentara bien y, a pesar de su resistencia, logró abrocharle el cinturón.

— ¡Mocosa! — rezongó Puck.

— ¿Quién te has creído que eres? — chilló la pequeña estrella—. ¿A quién llamas tú mocosa?

— A ti — contestó Puck, tranquila.

Poco después, el avión se puso en marcha. Fue aumentando la velocidad y, de pronto, dejó la pista. Estaban volando. El letrero luminoso se apagó y Jill rugió:

— ¡Quítame este asqueroso cinturón!

— Ábrelo tú — dijo Puck con voz autoritaria.

— ¿Qué...?

— Digo que te lo sueltes tú misma.

Jill se quedó boquiabierta durante un par de segundos, pero luego se soltó el cinturón de seguridad.

Algunos pasajeros habían observado el pequeño incidente y, aunque intentaban ocultarlo, no había duda de que disfrutaban de lo lindo. La pequeña y arrogante estrella infantil nunca había sido popular entre los actores, y celebraban que alguien se atreviera a llevarle la contraria. Todos pensaban lo mismo, pero nadie se atrevía a contradecirle, ni siquiera el director de la película, y eso que él no tenía pelos en la lengua. Él sólo pensaba en terminar las

secuencias de Dublín cuanto antes... Y, si podía ser, sin dificultades.

El avión subió aún más. Pronto tenían las nubes como una manta blanca por debajo de ellos. Los rayos del sol eran tan fuertes al reflejarse en aquel inmenso campo de algodón, que los ojos dolían si se miraba largo rato por las ventanillas.

La azafata distribuía refrescos.

— Tomaré un vermouth — dijo Jill.

Puck se quedó asombradísima, e intervino:

— Jill quiere decir limonada.

— ¡Vermouth! — rugió Jill.

— ¡Cállate!... Limonada o helado de vainilla.

— ¿Quién te has creído que eres?

— Yo soy yo — dijo Puck con sequedad —. Estoy aquí para cuidar de ti, y veo que necesitas niñera más de lo que tú crees. ¿Quieres la limonada?

— ¡No!

— ¿Y el helado de vainilla?

— ¡No!

— Bien. Entonces cierra el pico y tranquilízate, porque ya estamos cansados de tus tonterías. ¿Comprendido?

— ¡Cállate!

Puck decidió tomarse la situación con tranquilidad. No había duda de que la impertinente chiquilla intentaba hacerla estallar.



Sin embargo, Jill se equivocaba con ella. Estuvo un rato callada y, de pronto, chilló:

— ¡Dije que te callaras!

— Te oí la primera vez. Y me alegro de que ése sea tu deseo, porque te portas tan estúpidamente que me molesta conversar contigo...

Per Jensen estaba sentado a la izquierda de Puck, al otro lado

del pasillo. Con creciente preocupación había seguido la escena, y no podía alegrarse como los demás. Estaba allí enviado por su revista, lo cual resultaba carísimo, y su obligación era sacar buenas fotos a toda costa. ¿Qué pasaría si las dos chicas se peleaban en serio? La impertinente estrella infantil podía declararse en huelga, y aquello sería horrible para él. Per alargó el brazo y tocó la mano de Puck:

—Oye, sé un poco indulgente con esa cabeza loca.

—Hago lo que puedo, pero es muy difícil. En este viaje yo soy su niñera, y no voy a dejar que tome bebidas alcoholicas. Lo que necesita es una buena zurra.

—¿Qué estáis murmurando vosotros? — intervino Jill, rabiosa —. Si no habláis más alto, podéis largaros.

—¿En paracaídas? — preguntó Puck con sequedad—. Tu idea no está mal del todo. No lo he intentado nunca; sin embargo, para evitar tu compañía quizá lo hiciera.

—Muévete — ordenó la chica—. Voy al lavabo.

Puck le dejó paso y la chiquilla marchó pasillo adelante con gesto orgulloso. Los demás pasajeros volvieron la cabeza para seguirla con la mirada, y entonces ocurrió algo que provocó una gran carcajada.

El avión entró en uno de esos baches atmosféricos y Jill perdió el equilibrio. Con un chillido, cayó sentada en el suelo y, mientras la simpática azafata procuraba ayudarle a levantarse, la risa fue general en toda la cabina. Cuando Jill estuvo otra vez en pie, colocó sus brazos en jarras y miró a sus compañeros de trabajo con orgullo y arrogancia. Luego se metió en el lavabo. Puck se apresuró a llamar a la azafata.

—Es muy posible que esa jovencita intente que le sirvan bebidas alcohólicas, pero no debe darle nada. Yo me hago responsable.

—No habrá problema; nos está prohibido servírselas a los menores de edad.

—Gracias, señorita.

Cuando Jill regresó, le ordenó con altanería:

—Apártate. Quiero sentarme en tu sitio.

Puck sonrió sin inmutarse antes de contestar:

—Ya... Pero yo no quiero sentarme en tu asiento. Así que pasa a tu sitio, si no quieres caerte otra vez.

—Te divirtió mucho mi caída, ¿verdad?

—Pues, sí — admitió Puck alegre —. Podían usar esa escena en una de tus películas.

Jill se sentó enfadada y, durante un buen rato, se dedicó a mirar por la ventanilla. Puck y Per reanudaron su conversación y aquello debió de fastidiar mucho a la pequeña artista, porque de repente dio un empujón a Puck diciéndole:

— ¡Cuando lleguemos a Dublín puedes tomar el primer avión de regreso a Copenhague!

Puck ni siquiera contestó, pero se quedó pensativa, ¿Sería posible que aquella estúpida muchacha, a su llegada a Dublín exagerase lo ocurrido? ¿Se negaría a trabajar si su «niñera» no era devuelta a Copenhague?

Aquello sería una catástrofe tanto para la productora cinematográfica como para Per Jensen.

Claro que la productora encontraría sin duda una solución; pero sería una lástima para Per, tan ansioso por mandar un buen reportaje a su revista sobre la filmación en Irlanda. Para que todo fuera sobre ruedas, sería necesario aguantar mucho. Puck miró de reojo a Jill, la cual, en apariencia, estaba durmiendo en su asiento. ¿Dormía o trataba de aparentarlo? Decididamente, Jill O'Flanagan era una chica muy rara.

El avión continuó en dirección a Dublín. Varios pasajeros dormitaban. De vez en cuando la azafata distribuía café o refrescos.

El director Hjort se acercó a Puck. Tras echar una mirada a Jill, que estaba dormida, preguntó:

— ¿Cómo va eso?

— Bien — contestó Puck —. Quien duerme no peca.

— Sí, por fortuna.

El director continuó por el pasillo. Puck se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Empezaba a tener sueño. Debió de dormirse porque recibió una carta de su padre, diciéndole que la había matriculado en el «Instituto Clara Moeller»; una estrella infantil muy mimada se había mostrado descontenta con tal solución y había pegado una patada al padre de Puck, que dejó sentado a aquél en medio del pasillo.

— Has dormido, ¿verdad? —preguntó Per alegre, despertándola.

— Creo que sí. ¿Tú no?

— No. Estoy pensando.

— ¿En qué?

— ¡En la cerveza! Siempre me ha gustado la cerveza buena y en Dublín voy a tomarla recién salida de la bodega. ¿Has oído hablar de la «Guinness Stout»?

— No. ¿Qué es eso?

— Una cerveza muy fuerte y muy apreciada. La fabrican en la cervecería más grande del mundo: La «St. James's Gate Brewery». Está en Dublín.

— ¡Vaya! Y yo que creía que los irlandeses sólo comían muchas patatas y tenían buenas carreras de caballos. ¿Es muy grande Dublín?

— No mucho. Creo que es la mitad de grande que Copenhague. Pero no te aburrirás, Puck. Los irlandeses son gente maravillosa.

— Gracias, señor Jensen — se oyó la voz de Jill —. Mi padre es irlandés..., pero seguramente mi «niñera» es demasiado tonta para comprender nada de Irlanda.

* * *

El aterrizaje fue perfecto. Al contrario de lo ocurrido en el aeropuerto de Copenhague, en Dublín no había ni periodistas ni fotógrafos. Para la prensa irlandesa, la noticia carecía de importancia. A Jill no le gustó. Miró en derredor incrédula, mientras los otros actores, en su interior, se alegraban.

Después de pasar por la aduana, todo el equipo fue en autobús a uno de los mejores hoteles de la ciudad. Se había pensado que Puck y Jill compartieran una habitación doble, muy grande y elegante; pero la pequeña estrella se negó rotundamente.

— No pienso dormir con mi niñera. ¡Se acabó!

No hubo discusión. Puck y Jill fueron asignadas a dos habitaciones que se comunicaban.

Mientras Puck sólo llevaba una modesta maleta con lo más necesario, el mozo del hotel tuvo que subir cinco a la habitación de Jill.

Puck estaba entusiasmada con su habitación, amueblada con mucha elegancia y con baño particular. Desde un pequeño balcón se disfrutaba una maravillosa vista sobre la ciudad.

Tenía cómodos sillones y en el suelo había alfombras persas. De las paredes pendían pinturas de calidad y sobre la mesa de trabajo

había un teléfono con línea exterior e interior.

Todo era tan elegante que Puck casi no se atrevía a creerlo.

Per le había dicho al llegar: «Te darán una buena habitación con baño, y si quieres algo, sólo necesitas pedirlo por teléfono..., si no se trata de ostras y champaña.» Como Puck nunca había probado cosas tan caras, ni se le hubiera ocurrido pedir las. Ella prefería mil veces un refresco de limonada.

De pronto, Puck sintió ganas de ver cómo estaba alojada Jill, y llamó a la puerta de comunicación entre las dos habitaciones.

— Pasa — sonó una voz disgustada.

Al entrar Puck, la pequeña estrella chilló:

— ¿Qué quieres? ¿No te dije que volvieses inmediatamente a Copenhague? ¿No comprendes nuestro idioma?

Puck apretó los dientes, pero logró que su voz sonase tranquila:

— Me contrató la productora cinematográfica, y sólo puedo regresar si ellos me lo ordenan. ¿Puedo hacer algo por ti?

— Sí; largarte. Estoy esperando a los periodistas. Les he concedido una rueda de prensa y no quiero que estés aquí con esa cara de tonta que tienes... ¡Fuera!

Como en aquel momento llamaron a la otra puerta, Puck se retiró murmurando. Aquel trabajo resultaba más bien un fracaso. Bajó con el ascensor para buscar a Per Jensen. Necesitaba hablar con alguien. En el vestíbulo se encontró con Preben Hoeyer, el secretario de prensa de la productora. Era un joven con patillas y perilla negra; pero, a pesar de aquellos adornos pilosos que tan mal le sentaban, era bien parecido y, según decían, valía mucho. Se detuvo ante Puck y, tocándose la perilla, preguntó nervioso:

— ¿Cómo van las cosas con la stellita?

— Como de costumbre — contestó Puck con diplomacia.

Preben Hoeyer volvió a mesarse la perilla y dijo con un suspiro:

— ¡Dios mío! Yo había anunciado nuestra llegada a la prensa de Dublín, pero ni un alma fue a recibirnos. He logrado reunir algunos periodistas y fotógrafos y les he organizado un pequeño cocktail en el bar para cuando termine la rueda de prensa. ¿Vienes?

— No tomo cocktails — sonrió Puck.

— Es igual, pero tienes que venir. Quizá logremos una buena historia sobre tu trabajo como acompañante de esa niña chiflada.

— Está bien, señor Hoeyer — sonrió Puck—. Iré..., pero sólo a

tomar una limonada.

— ¿Limonada? — gimió el secretario de prensa como un animal herido—. No sé si tendrán limonada en un bar... Pero ven de todos modos.

Y se fue corriendo hacia el ascensor. Puck no pudo menos que sonreír. ¡Cuanto jaleo por una mocosa! ¿Le haría la vida imposible también a su madre como se la hacía al director Hjort y a cuantos participaban en el film? La muchacha se sentó en uno de los cómodos sillones del vestíbulo, esperando a que Per Jensen apareciese. En conserjería, la actividad era continua y los mozos estaban muy ocupados llevando pesadas maletas.

— O'Flanagan...

Puck agudizó el oído al escuchar aquel nombre. Sentados en unos sillones, a un par de metros de distancia de ella, dos elegantes caballeros conversaban. Uno de ellos había pronunciado el nombre de O'Flanagan. Poco después oyó que el otro decía el nombre de Jill y toda su atención quedó pendiente de ellos. El apellido O'Flanagan era bastante corriente en Irlanda; pero, relacionado con el nombre de Jill, la cosa cambiaba. ¿Serían periodistas aquellos señores tan elegantes? No, no parecía verosímil. Los periodistas estaban en la rueda de prensa con Jill.

Los dos señores hablaban en inglés, idioma que Puck dominaba casi a la perfección, pero aunque agudizó el oído, sólo logró captar algunas palabras sueltas y no comprendió muy bien el tema de su conversación.

Entonces ocurrió algo. La puerta del ascensor se abrió y, con el secretario de prensa Preben Hoeyer marchando en cabeza, salió un grupo de gente. Algunos llevaban máquinas fotográficas y todos parecían muy excitados. Hablaban y gesticulaban violentamente, mientras Hoeyer intentaba sin éxito apaciguar los ánimos. Puck observaba el incidente con gran interés. Los periodistas y fotógrafos abandonaban el hotel enfurecidos. Hoeyer se mesaba su negra perilla, muy nervioso. Puck se levantó y fue hacia él. Sentía compasión por el pobre hombre, y le preguntó en voz baja:

— ¿Qué ha pasado, señor Hoeyer?

El secretario de prensa entornó los ojos y gimió:

— ¡Esa chiflada me enviará al manicomio! He tenido muchas dificultades para reunir a estos periodistas. No tenían ningún interés

en el asunto. Y esa estúpida de Jill va y se niega a ser entrevistada o fotografiada. Dijo que no disponía de tiempo pues debía visitar a su padre. ¿Qué te parece?

Puck movió la cabeza:

— No lo comprendo. En el aeropuerto, Jill estaba muy enfadada porque nadie había ido a recibirla. Y ahora, cuando finalmente tiene ocasión de salir en los periódicos, se niega a recibir a los periodistas. No me explico su actitud.

— Ni yo... Dudo que alguien entienda a esa chiflada.

— Quizá su padre — dijo Puck tranquila—. ¿Qué piensa el director Hjort de todo esto?

— A él no le afecta esto. La publicidad no es su trabajo. Si logra que la chica trabaje ante las cámaras, ya tiene bastante. .. Las filmaciones empezarán mañana por la mañana.

Casualmente, Puck posó la vista en los dos elegantes señores. Parecían escucharle atentamente. «Pero, ¿para qué? — se dijo—. Seguramente no entendían el danés.»

Los dos hombres se levantaron y empezaron a caminar. Puck les siguió con la mirada. Entonces dijo Hoeyer:

— Pues yo necesito una copa, y fuerte. Vamos, Puck.

— No habrá cocktail en esta ocasión. Pero me gustaría invitarte a tomar algo en el bar.

Con mucho gusto — aceptó Puck sonriendo —, pero nada de bebidas alcohólicas.

— Pues yo necesito una copa, y fuerte. Vamos Puck.

Cuando iban hacia el bar, Per Jensen y el director Hjort se acercaron a ellos. Parecían discutir. El director se volvió hacia Puck y dijo con visible malhumor:

— No, jovencita, no irás al bar, y menos con este desgraciado secretario de prensa. Jill ha pedido un taxi para ir a visitar a su padre. Es tu deber acompañarla. Espérala aquí, en el vestíbulo.

— Está bien — dijo Puck, con resignación —, aunque tengo el presentimiento de que no querrá saber nada de mí.

— No pienso preguntarle su opinión — declaró el director furioso—. La productora es responsable de su seguridad. Una niña de doce años no puede vagar sola por una ciudad desconocida, así que no hay discusión. Irás con ella.

— ¿Y si se niega?

— No habrá filmación en Dublín, y mañana mismo regresaremos a Copenhague.

* * *

Puck quedó sorprendida por aquella enérgica decisión. El director Hjort debía de estar desesperado. No era la primera vez que los caprichos de una estrella de cine sacaban de quicio a su director, y Jill parecía ser peor que todas juntas. Era ridículo que una mocosa como ella pudiera causar tanto desbarajuste.

Per Jensen parecía preocupado, e intervino:

— ¿No cree usted que es ir demasiado lejos, Hjort? Es muy posible que Jill esté resentida con Puck e insista en ir sola a casa de su padre. Por lo menos, ir sin Puck. Si es así, yo mismo podía acompañarla.

— No.

— Pero, ¿por qué? Seguramente no le molestará mi presencia.

— Es posible, pero no pienso dejarme gobernar ni un minuto más por esa criatura mimada. O Puck le acompaña o volveremos todos a Copenhague mañana mismo. Si sigo tan indulgente con ella como hasta ahora, se pondrá imposible, y no quiero perder más tiempo en tonterías.

— Está bien — contestó Per encogiéndose de hombros.

Poco después bajó el ascensor y Jili salió de él, tan elegante como siempre. Hjort se acercó a ella y le preguntó:

— ¿Así que vas a visitar a tu padre?

— Sí. ¿Tiene algún inconveniente?

— Ninguno, mientras Bente Winther te acompañe.

— ¡Ni hablar! —estalló la estrella—. Estoy hasta la coronilla de tener niñera. Por mí se puede quedar en el hotel, nadie me va a dar órdenes a mí.

— ¡Yo sí, jovencita!

No había duda de que Hjort estaba decidido. Sus ojos echaban chispas cuando dijo:



—Y voy a decirte algo que no debes olvidar, mocosa.

— ¿Cómo? — chilló la chiquilla—. ¿Se atreve a llamarme mocosa?

— ¡Ya lo creo! —rugió Hjort—. Porque no eres más que una mocosa. Nos has causado ya bastantes molestias, y no vamos a aguantar más.

— ¡Me quejaré a la administración!

— ¡Calla, presumida! Te crees indispensable, pero te voy a decir otra cosa. Si no obedeces mis órdenes, te mandaré a Copenhague.

— No se atreverá.

— ¿Qué no? Ya verás, amiguita. Y no olvides otra cosa: si tengo que mandarte a casita, me ocuparé de que nadie vuelva a ofrecerte otro papel. ¿Has entendido?

— Sí... Pero...

— No admito peros. Bente Winther irá contigo a visitar a tu padre. Estás bajo su responsabilidad. Y te acompañará de regreso al hotel. Quiero veros aquí a las diez. Ni un minuto más tarde. ¿Comprendido?

— Comprendido — dijo Puck.

— Podéis marcharos. Pero ¡no olvides mis palabras, Jill!

La niña temblaba de rabia, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo. Comprendía que Hjort había hablado en serio. Hasta aquel momento había hecho lo que se le había antojado. Pero Hjort estaba ya harto. Aquello era algo completamente nuevo para la presumida actriz de cine.

Se volvió enfadada hacia Puck:

— Vámonos — ordenó con despotismo.

— Cuando gustes — aceptó Puck sonriente.

Al llegar a la puerta giratoria, Puck se dio cuenta de que los dos elegantes señores las seguían lentamente. Ante la entrada les

esperaba el taxi que Jill había pedido por teléfono.

El portero se apresuró a abrir la portezuela del automóvil. Puck entró la última y vio que los dos misteriosos hombres subían a un coche particular, aparcado unos metros más atrás. ¿Quiénes serían aquellos tipos?

No podían ser ni periodistas ni fotógrafos, porque en tal caso hubieran saludado a sus colegas cuando salían del ascensor. ¿No habría algo misterioso en todo aquello?

Jill dio al taxista la dirección de su padre y el coche se puso en marcha. Puck miró sobre su hombro y vio que el elegante automóvil de los dos hombres les seguía a una distancia prudente.

— ¿Qué miras? — preguntó Jill, rabiosa.

— Estoy disfrutando de las vistas —dijo Puck con sequedad.

— Eres una imbécil.

— Pues en tal caso debo celebrar haber caído en tan buena compañía. ¿Vive lejos tu padre?

— Tiene una finca en las afueras... Pero eso no te importa.

— Bueno, de momento voy allí, ¿no?

— Sí, por desgracia.

El taxi llevaba buena velocidad y Puck comprendió que ya estaban en las afueras de la capital. Apenas quedaban casas y los huertos se hacían más frecuentes.

Poco después iban por una carretera. Puck miraba de vez en cuando sobre su hombro y vio que el coche misterioso seguía tras ellos.

¡Qué extraño! No era la primera vez que Puck se encontraba ante una situación extraña o dramática, pero era la primera que no tenía con quién discutirlo. Si Jill O'Flanagan hubiera sido una niña normal, Puck le hubiera dicho:

«Esto es muy misterioso, Jill. Nos siguen dos hombres elegantes en un coche americano.»

Pero Puck calló.



¿Eran perseguidas?

A Puck siempre le había gustado la emoción, y en aquel momento la situación empezaba a ponerse emocionante. No había ninguna duda; aquel coche americano las perseguía. ¿Qué pretendían aquellos hombres?

— ¿Por qué te haces llamar Puck? — preguntó Jill en tono impertinente.

— Pues no sé. Así me llamaban en el pensionado. Allí todos teníamos un mote.

— ¿De burla?

— No.

— ¿Conoces a Shakespeare? — siguió la niña con suficiencia.

— Un poco.

— Puck es un duendecillo de bosque en «El sueño de una noche de verano».

— Sí, lo sé.

— ¿Y no te da vergüenza?

— No. ¿Por qué? — dijo extrañada Puck.

— Porque el Puck de Shakespeare era encantador y simpático; sin embargo, tú eres estúpida.

— ¡No me digas!

— Sí. Estúpida a más no poder.

Puck sonrió de buen humor y dijo con fingida dulzura:

— En cambio tú eres encantadora. Todos lo dicen.

— Lo sé.

Cuando Puck miró de nuevo por encima de su hombro, vio que el coche de detrás había aumentado la velocidad y estaba acercándose. Un horrible pensamiento cruzó por su mente: ¿Pensarían aquellos hombres disparar sobre ellas al pasarles? Lo había visto en películas americanas... Pero ¡estaban en Irlanda!

En aquel instante, el coche les adelantó, sin que nada ocurriese. Puck tuvo una idea y dijo al chófer:

— Siga a este automóvil, pero a distancia prudente.

— Está bien — gruñó el chófer.

Jill se volvió hacia Puck con gesto arisco.

— ¿Quién te has creído que eres? — dijo—. Yo pedí este taxi para ir a ver a mi padre, y no vas a dar las órdenes tú. ¿Te falta algún tomillo?

Puck comprendió su difícil situación. Jill tenía razón. Ella era quien mandaba. Había que actuar con diplomacia.

— Escucha, Jill — dijo Puck, amable—. Sé muy bien que tú pediste el taxi, pero es muy importante seguir ese coche.

— ¿Por qué?

— Te lo explicaré más tarde — dijo Puck vacilando—. De momento debes confiar en mí. No te defraudaré, estoy segura.

— Está bien.

La voz de Jill sonó pacífica. Quizá tenía el presentimiento de que alguna aventura estaba en marcha, y a ella el encantaba ser el centro de algo emocionante. Aquellas cosas daban buena publicidad.

Puck suspiró aliviada al ver que Jill se mostraba tan dócil. Poco después el coche americano tomó un camino lateral, hacia una mansión muy elegante, a la izquierda de la carretera.

Puck ordenó rápidamente al chófer:

— Siga usted recto.

— De acuerdo, encanto.

Puck pudo ver que el otro automóvil se paraba ante la gran mansión y se quedó satisfecha. Quizá aquellos dos elegantes caballeros no tuvieran nada que ver con ellas..., aunque no podía estar segura.

Puck se volvió hacia Jill.

— Gracias — le dijo—. Ya puedes dirigirlo tú de nuevo. Mi curiosidad está satisfecha.

— ¡Qué bien! — dijo la niña con sarcasmo —. La siguiente mansión a mano derecha es la de mi padre. Supongo que no vamos a dar más vueltas.

* * *

Henry O'Flanagan era millonario y no había ganado su dinero durmiendo. Había empezado de la nada, pero con su capacidad e inmensa energía había levantado un gran negocio y ganaba dinero a montones. Hacía años había tenido que hacer un viaje de negocios a Dinamarca, y allí había conocido a una joven danesa, con la cual se casó. Ella fue la madre de Jill, pero el matrimonio fracasó. Incompatibilidad de caracteres.

El padre de Jill pasaba a su mujer una buena cantidad mensual, que le permitía vivir sin preocupaciones. Sin embargo, su interés por Jill era escaso. A la niña no le faltaba nada que se pudiera comprar con dinero, pero echaba de menos el verdadero amor de una madre. Jill, por ello, nunca podía olvidar a su padre, que siempre la había tratado con cariño. Ahora ella estaba en Irlanda y quería verle. Todo lo demás no tenía importancia.

Henry O'Flanagan había recibido la llamada telefónica de Jill aquella misma mañana. Tuvo una grata sorpresa al saber que su hija estaba en Dublín y se apresuró a dar órdenes a sus criados para que no faltase nada:

— ¡Mi hija Jill viene a visitarme! ¡Quiero muchas flores en la casa, y una buena comida!

— ¿Qué le gusta a la señorita? — había preguntado el mayordomo.

— No lo sé, Wilson; no tengo ni idea. Dé orden a la cocina para que preparen un menú variado, así seguramente acertaremos. ¿Tenemos piña natural?

— No, señor. Sólo en almíbar.

— Mande a Jackson con el coche a Dublín a comprar media docena de piñas naturales. Recuerdo que a Jill le chiflan las piñas.

* * *

Cuando el taxi se paró ante la impresionante escalinata de piedra labrada, Jill bajó del coche con rapidez. Casi volaba al subir los escalones y saltó al cuello de su padre con un jubiloso:

— ¡Hola, queridísimo papaíto! ¡No sabes lo feliz que me siento al verte de nuevo!

A Puck le emocionó la escena entre padre e hija. Aquello le dio en qué pensar. Aunque Jill era una buena actriz, entonces no estaba fingiendo. El director O'Flanagan saludó a Puck y preguntó sonriente:

— ¿Quién es esta jovencita?

Jill hizo una mueca despectiva.

— No te preocupes por ella. Es una niñera que me ha puesto la productora cinematográfica.

—No por ello será menos bien venida. Pasad, hijitas.

Puck quedó asombrada al entrar en el vestíbulo. Era muy grande y estaba amueblado con gusto refinado. Tanto a la derecha como a la izquierda, unas escaleras llevaban a un rellano superior a la altura del primer piso.

El padre de Jill abrió la puerta de una sala contigua y Puck se quedó sin habla. Era una habitación del tamaño de la sala principal en una hacienda danesa. El suelo era de parquet negro y, en medio de la habitación, había una mesa de la misma madera, con sillas que hacían juego. De las paredes colgaban trofeos de caza y pinturas de mucho valor. La sala estaba iluminada por una enorme araña de cristal que debía pesar más de cien kilos. Era impresionante de verdad.

Puck vio un par de salas más, todas amuebladas con lujo y buen gusto, y se preguntó a sí misma si todos los millonarios vivirían con tanta suntuosidad en aquel país. Al final llegaron a una habitación pequeña y confortable, con pocos muebles. O'Flanagan dijo sonriente:

— Ésta es mi cueva particular. Es la habitación donde mejor me encuentro... Jill ya conoce todo esto, pero... ¡Ejem!... Creo que no oí bien su nombre, señorita...

— Me llamo Bente... Bente Winther...

— Te llamas Puck — interrumpió Jill, fastidiada.

— ¿Puck? — repitió el padre—. ¡Qué nombre tan divertido! ¿Has tomado parte en la obra de Shakespeare?

— No, nunca.

— No es bastante inteligente para eso — dijo Jill con gesto orgulloso.

El padre frunció las cejas y dijo:

— Juzgas con demasiada ligereza Jill, hijita... Bueno ¿qué

queréis tomar? ¿Tú, Puck...?

— Una limonada, o algo por el estilo.

— ¿Y tú, Jill?

— Un «Martini» doble.

— ¿Qué?... — dijo el padre sorprendido—. ¿Has empezado a beber?

— Sí; mamá y yo solemos tomar un par de «Martinis» cuando nos aburrimos. Lo hacemos con frecuencia.

— ¡Hum!

El padre llamó al Mayordomo.

— Por favor, Wilson — le ordenó—; tráiganos limonada, un «Martini», whisky con soda, fruta y pasteles.

Jill miró con aire triunfal:

— ¡Aquí no puedes prohibirme que tome una copa!

Luego se volvió hacia su padre, y dijo en tono acusador:

— Imagínate, papaíto, que no me permitió beber un «Martini» en el avión.

O'Flanagan asintió serio:

— Fue muy sensato por parte de la señorita Puck. Estás bajo su responsabilidad en este viaje, y las bebidas alcohólicas no son lo más indicado para una niña de doce años... ¡Ejem!... Aunque tu madre tenga otra opinión al respecto.

De nuevo Puck se quedó sin habla. El padre de Jill había pedido fruta, pero el frutero que trajeron parecía el escaparate de la frutería más elegante de Copenhague.

— ¡Veo que aún te acuerdas de mi fruta, favorita, papá! — dijo alegre Jill.

— Sí, hijita, y creo que la piña es más sana que el vermouth.

— El «Martini» también me gusta — declaró la muchacha y vació su copa. Luego se dispuso a pelar una piña.

Puck miró de reojo al padre y vio que de nuevo fruncía las cejas. No había duda de lo que opinaba sobre los nuevos gustos de su hija. Durante un buen rato, el ambiente fue algo tenso. También era evidente que la presencia de Puck molestaba a Jill.

— ¿No podrías ir a dar un paseo por el parque, Puck? Me gustaría hablar a solas con mi padre.

O'Flanagan pareció confuso, pero Puck se levantó y dijo:

— Te comprendo muy bien, Jill. Si usted me lo permite, señor

O'Flanagan, iré a ver el parque; seguro que es muy hermoso.

Poco después, Puck paseaba lentamente por el inmenso parque. Sin embargo, su interés por la hermosura de la naturaleza era bien escaso. Sus pensamientos giraban en torno a Jill y a su padre. Era evidente que el millonario Henry O'Flanagan no estaba contento con la educación que su hija recibía en Copenhague.



Puck se sentó en un banco rodeado de rosas y contempló el enorme parque. Por un lado, ella no tenía por qué preocuparse: la productora cinematográfica sólo la había contratado para vigilar a Jill durante el viaje. En Copenhague la chiquilla podría beber o hacer lo que quisiera. Era un caso sin esperanza aquella niña. ¿O no?

Cuando saludó a su padre, Jill parecía otra: una Jill cariñosa y llena de afecto. No era difícil ver que la chiquilla hubiera estado mejor bajo la custodia de su padre que bajo la de su madre, pero era imposible cambiar, nada. A menos que...

¿Y si O'Flanagan se presentaba en Dinamarca para llevarse a su hija? ¿Qué pasaría si el padre de Jill hubiera decidido dar ese paso? Había brillado una luz muy extraña en los ojos de aquél cuando Jill dijo que bebía «Martinis». Si lo había decidido así, le sería fácil esconderla en algún lugar e impedirle salir de Irlanda.

«¡Oh, no creo que haga eso! — se dijo Puck.»

Una persona como el director O'Flanagan no cometería nunca

un delito semejante, aunque las ganas no le faltasen. Y Jill no podía decidir nada. Quizá ésta pudiera preferir estar con su padre y renunciar a su carrera cinematográfica; pero, en tal caso, con la sentencia del juzgado, la madre la obligaría a volver a su lado. No; el caso de Jill no tenía arreglo.

Entonces Puck oyó voces muy cerca de donde ella estaba. Instintivamente se levantó y procuró esconderse entre los rosales. Escuchó con atención mientras miraba por entre las ramas.

De pronto se sobresaltó. A unos diez metros, dos hombres se asomaban con cautela por entre los matorrales para escrudiñar el parque.

Eran los elegantes caballeros que había visto en el vestíbulo del hotel.

* * *

Puck se quedó muy quieta mientras los dos misteriosos merodeadores vigilaban desde los matorrales el edificio principal. De vez en cuando hablaban, pero la distancia era demasiado grande para que Puck pudiera entender lo que decían. ¿Quiénes serían aquellos dos caballeros?

Puck se dio cuenta de que seguía considerándolos como caballeros.

«Sin duda — se dijo — es debido a su elegancia y a su aspecto distinguido.»

Uno era rubio y el otro moreno. Ambos rondaban alrededor de los treinta y cinco años.

Puck sentía ganas de cruzar el césped y preguntarles qué buscaban allí, pero se controló.

Poco después, los misteriosos personajes desaparecieron. Puck permaneció un rato en su escondite para estar segura de tener el camino libre.

Tras su prudente espera, abandonó los rosales y empezó a dirigirse lentamente al edificio principal. Andaba con los cinco sentidos alerta, y aunque no vio nada, tenía la sensación de que alguien la vigilaba. ¿Qué podía hacer ella en tan extraña situación? Era más que posible que aquellos dos caballeros planearan algo delictivo. Si hubieran sido detectives contratados para cuidar a Jill O'Flanagan, Per o el director Hjort se lo hubieran dicho. Tampoco podían haber sido contratados por el padre de Jill, pues éste ni

siquiera sabía que su hija iba a ir a Dublín. ¿Sería prudente contárselo al padre de Jill?

Al fin decidió que lo mejor sería hablar primero con el director Hjort, puesto que él era el responsable ante la productora cinematográfica... Per podría aconsejarle también.

Cuando Puck regresó a la mansión, Jill ya no estaba tan impertinente y arrogante. Pensó que quizá el padre le había echado un buen rapapolvo.

— ¿Disfrutaste del paseo? — preguntó Jill con indulgencia.

— Fue maravilloso — sonrió Puck—. Nunca había visto un parque tan hermoso. Debe de ser difícil cuidarlo tan bien.

— Tengo un par de jardineros — dijo O'Flanagan, encogiéndose de hombros. Luego añadió con voz triste —: «Donovan House», como se llama este lugar, es grande y lujoso. Pero esta clase de valores no lo son todo en la vida.

— No, claro — murmuró Puck, porque no sabía qué decir.

A pesar de sus muchos millones, Henry O'Flanagan no parecía ser un hombre feliz. A veces, con gesto cansado, se pasaba la mano por los ojos y su expresión era triste aunque él intentaba disimular su estado de ánimo.

Puck no pudo menos que pensar en aquella extraña situación. En el mundo había millones de pobres que eran muchísimo más ricos, en medio de su pobreza. Por contra, muchos millonarios no eran más que pobres hombres, los más pobres de la Tierra... ¡Qué triste!

En el impresionante comedor de «Donovan House» estaba puesta la mesa para cenar. Las flores y los candelabros aumentaban su esplendor y elegancia. Aunque el ambiente había mejorado, Puck se sintió intimidada. Producía una extraña sensación aquel gran comedor donde cabían holgadamente medio centenar de personas. Todo era muy elegante y lujoso; pero, al mismo tiempo, resultaba inquietante, como vacío. Sintió escalofríos.

No obstante, Jill parecía disfrutar y se portaba con gran soltura. El mayordomo tenía que servirla de continuo. La chiquilla tomaba de la fuente sólo una cucharada cada vez. Al final, su padre perdió la paciencia:

— Sé que es de buena educación no llenarse el plato, Jill, pero tú te vas al otro extremo. Si no te sirves más, Wilson no podrá hacer

otra cosa que quedarse detrás de tu silla.

— ¿No le pagas acaso para eso?

O'Flanagan y Puck intercambiaron una mirada. De nuevo Puck tuvo la sensación de que el millonario era un hombre infeliz. Después de la cena tomaron café en uno de los salones. Jill pidió un licor francés, pero su padre no permitió que lo tomara.

—Lo que bebas en Dinamarca no es asunto mío, Jill, hija, pero en esta casa decido yo.

— ¿Te has vuelto avaro, papaíto? — preguntó provocativa.

— Puedes llamarlo como quieras — contestó su padre cansado

—. ¿Quiere usted tomar una copa, señorita Puck?

— No, gracias.

Jill estaba enfadada. No le gustaba que Puck hubiese oído las palabras de su padre.



—Debe de ser difícil comportarse siempre como una santa — gruñó.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Puck, tranquila.

— No creo equivocarme al pensar que has tomado licores antes.

Puck sonrió afable:

— No he probado una bebida alcohólica en toda mi vida, Jill. Mi padre dice que hay tiempo de sobra para esas cosas.

— ¿Es misionero tu padre?

— No. Es ingeniero... Y un hombre muy inteligente.

— Tiene que serlo para que su hija haya salido tan ejemplar.

Oye, papaíto, ¿por qué no me sirves una copa? Una sola, ¿eh?

— No.

— Media.

— Te digo que no.

— ¡Tomaré una al llegar al hotel!

— Creo que la señorita Puck decidirá eso — dijo el padre con

sequedad —. Estoy seguro de que te cuidará bien durante tu estancia en Irlanda.

* * *

Alrededor de las nueve, Puck dijo:

— Lo siento mucho, señor O'Flanagan, pero el director nos ordenó volver al hotel antes de las diez. Debemos cumplir ese orden.

— Naturalmente — asintió O'Flanagan—. Jackson les llevará en uno de los coches.

Puck se sintió feliz al oírlo. Yendo con el chófer privado de O'Flanagan, no correrían ningún riesgo. Tenía el presentimiento de que algún peligro les amenazaba. No podía olvidar a los dos caballeros del hotel.

Cuando Jill se despidió de su padre, le dijo:

— El director Hjort dice que la filmación durará unos ocho días, si yo me porto bien.

— Pórtate bien, pues, Jill.

— Te lo prometo — dijo la chiquilla en voz baja—. Así podremos vemos, ¿verdad?

— Claro, hijita.

El regreso a Dublín en el lujoso automóvil de O'Flanagan fue un auténtico placer. Además, Jill parecía estar de buen humor.

Las dificultades no empezaron hasta llegar al vestíbulo del hotel. Jill decidió que tomaría una copa antes de acostarse, pero Puck se lo prohibió, y la niña se fue rabiando hacia el ascensor. Cuando Puck comprobó que el ascensor subía, se marchó en busca de sus compañeros.

No había nadie en el vestíbulo, pero en el bar encontró a Per Jensen filosofando sobre una copa.

— ¡Hola, Per!

— ¡Hola, Puck! Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

Puck se sentó frente a Per y contestó sonriente:

— Voy a darte una sorpresa, Per. Ésta es la primera vez, pero me gustaría tomar un «Martini».

* * *

El joven fotógrafo no se extrañó lo más mínimo. No era la primera vez que veía tomar un «Martini» a una muchacha de diecisiete años. Que no les fuera muy bien, eso era ya otra cosa; sin

embargo, muchas modelos y extras de esa edad se sentían más seguras de sí mismas con una copa en la mano.

Cuando habían servido a Puck, Per preguntó:

— ¿Algo nuevo o interesante?

— Mucho — contestó Puck.

—

Y le contó las aventuras de aquella tarde. Per la escuchaba sin interrumpir y, cuando ella acabó, le dijo:

— Es muy misterioso lo de esos dos tipos. Quizá debiéramos estar alerta.

— ¿No serán detectives privados contratados por la productora?

— Imposible. Me lo hubieran dicho. Sin embargo, para más seguridad, se lo preguntaré a Hjort. Mañana a primera hora empezarán las filmaciones. Jill tendrá muchas personas en tomo suyo y estará a salvo. Si no quieres ver la filmación, puedes darte una vuelta por la ciudad. ¿Quieres otro «Martini»?

— No, gracias. Con uno es más que suficiente... Pero, volviendo a esos misteriosos caballeros: ¿Crees que deberíamos avisar a la policía?

— No. Hemos quedado ya en ridículo con la prensa por culpa de Jill. No quiero que ocurra lo mismo con la policía. Además, no podemos acusarles de nada.

— Espiaban en el parque privado de O'Flanagan.

— Cierto, pero es él quien debe denunciarles. ¡Cálmate, Puck! Debemos tener cuidado, pero también procurar no armar más jaleo; ya tenemos suficiente. Bueno; ¿vamos a dormir? Mañana será día de mucho trabajo.

Per pagó su cuenta. Se inclinaba para recoger su máquina fotográfica cuando algo inesperado ocurrió. Jill entraba en el bar con gesto orgulloso. Puck y Per se quedaron asombrados, pues la chiquilla se fue directamente a la barra y pidió:

— Un «Martini» doble.

El «barman» se sorprendió muchísimo y quedó muy aliviado cuando Puck intervino diciendo:

— No debe usted servir bebidas alcohólicas a esta niña.

— De acuerdo, señorita.

— ¡Quiero un «Martini» doble! —repitió Jill enfadada.



—Lo siento, chiquita.

— ¿Se niega usted a servirme?

— Sí.

— ¡Imbécil! —insultó la malcriada niña, y le soltó una bofetada al «barman».

En aquel mismo instante brilló un disparo de flash. Per Jensen previó lo que iba a pasar y aprovechó para hacer una estupenda foto de aquella escandalosa situación, era su primera foto del viaje, pero la podía vender muy cara. Sólo pensar en el texto: «La estrella infantil Jill O’Flanagan, ciega de ira, abofetea a un «barman» en el hotel más elegante de Dublín». El violento incidente no pasó inadvertido en el bar, donde había bastantes clientes, aunque muchos de ellos no se dieron cuenta exacta de lo que en realidad había pasado. Jill abandonó el bar con la cabeza muy alta. Per Jensen se apoyó en el respaldo de su silla riendo a carcajadas:

— ¡Ha sido fabuloso! Merecía la pena hacer el viaje sólo por esta foto.

— Te comprendo muy bien, Per — dijo Puck con cara seria —, pero no sería correcto publicar una foto como ésa.

— Soy fotógrafo de prensa.

— Ya lo sé, pero podías ser un poco más humano.

— Pues, si quieres mi opinión, Jill se merece este golpe bajo.

— ¿Y qué sacarás tú de eso?

— Yo, nada; pero en mi revista estarán encantados. Y ellos me pagan.

— ¡Ya!

— Además, a mí me gusta mi trabajo. Voy a tomar otra copa antes de irme a dormir. ¿Y tú?



Al día siguiente, Puck se levantó temprano. Después de arreglarse, fue a ver cómo estaba Jill. El recibimiento no fue muy cordial. La chiquilla gritó cuando la vio aparecer:

— ¿Qué quieres a estas horas? ¡Largo de aquí!... Aún no me he limpiado los dientes,

— No me importa — dijo Puck tranquila mientras se sentaba en una silla—. Puedes seguir limpiándotelos.

— ¡Idiota!

— Sí, lo sé; pero tú, a lo tuyo.

Jill miró furiosa a su «verdugo» y continuó limpiándose los dientes. Cepillaba con tanta rabia que la pasta del dentífrico salpicaba por todas partes.

El teléfono sonaba y Jill ordenó:

— Contesta, tú.

— Está bien — dijo Puck pacífica.

Tomó el auricular y oyó la voz del director Hjort.

— ¿Eres Jill?

— No; soy Bente.

— Bien. Dile a Jill que saldremos dentro de diez minutos.

— Descuide, señor Hjort. Estará lista.

Cuando Puck colgó, Jill se volvió con furia hacia ella:

— ¿Estabas hablando de mí?

— Sí. Te esperan en el vestíbulo dentro de diez minutos.

— ¿Diez minutos? — refunfuñó la chiquilla —. Bajaré cuando

esté lista. Ni un segundo antes.

— Peor para ti.

— ¿Qué?

Puck estaba a punto de perder la paciencia. Su tono era severo:

— ¿Quieres que lo repita? Si no estás lista dentro de diez minutos, pagarás los platos rotos. El director Hjort está harto de tus caprichos y dispuesto a interrumpir el trabajo en Irlanda.

— ¿Lo dijo él?

— Sí.

La voluntariosa niña iba a estrellar, pero se dominó. Poco después estaba lista para salir. Puck le sonrió y dijo:

— Hoy te librarás de mi compañía, Jill.

— ¡Qué maravilla! No te echaré de menos ni un solo instante.

Más tarde Puck repasaba la situación, en su cuarto, con las cejas fruncidas. Su trabajo no era fácil, desde luego. La verdad era que podía olvidar sin esfuerzo las impertinencias de la malcriada chiquilla; pero a los dos elegantes señores del día anterior no había forma de olvidarlos. ¿Tramarían algo? Aunque Per le había dicho que se lo tomara con calma, Puck no estaba de acuerdo. Ella era responsable de la seguridad de Jill; pero, ¿hasta qué punto?

¿Qué estaría pensando el padre de Jill en aquel momento?

Puck tampoco podía olvidar la extraña expresión de sus ojos. Era muy humano que él quisiera tener a su hija consigo en Irlanda y darle una educación sana; pero eso sería contrario al fallo del juez, y las cosas se pondrían feas para el simpático Henry O'Flanagan. Era inútil darle más vueltas al asunto.

Puck fue a dar un paseo por la ciudad para mirar escaparates. Cuando sintió hambre entró en un pequeño restaurante y pidió «Irish Stew», el plato típico de Irlanda, consistente de carne de cordero, patatas, nabos, zanahorias, etcétera, sazonado con sal y pimienta. Luego siguió caminando hasta que le dolieron los pies.

Cuando regresó al hotel, los de la productora aún no habían vuelto de la filmación, y Puck subió a su habitación para darse un buen baño caliente. Luego tomó té, pan tostado y mermelada de naranja en su habitación.

Sentada junto al balcón se sintió como una condesa, mejor dicho, como una condesa rica.

Estaba contenta por aquel viaje... Pero, ¿qué pasaría si algo le

ocurría a Jill? Sería horrible. Además, la compañía cinematográfica se hubiera gastado en vano el dinero en pagar a una «niñera».

* * *

Puck llevaba un buen rato dormitando en su cómodo sillón cuando alguien llamó a la puerta. Era Per Jensen.

— ¡Hola, Puck! Estás entregada al ocio, ¿eh?

— ¿Cómo han ido las cosas hoy?

— Muy bien. Jill se ha portado como un corderito irlandés y Hjort está satisfecho de la filmación. Yo también pude hacer buenas fotos. Dime, ¿le has sermoneado a Jill?

— Sí, algo hay de eso.

— Ya me lo imaginé. Bueno, nos veremos en la cena.

— ¡Adiós!

Cuando Per se hubo marchado, Puck se arrellanó como un gato en su sillón. Oyó que Jill se movía en la habitación contigua y pensó en ir a verla, pero cambió de opinión.

Al parecer, estaba de buen humor y quizá su presencia sería contraproducente. Sonó el teléfono en la habitación de Jill y la oyó hablar, pero no pudo entender sus palabras.

Instantes después oyó a Jill salir al pasillo y cerrar la puerta. Puck tuvo el presentimiento indefinible de que algo andaba mal.

Se levantó y salió corriendo hacia los ascensores. Uno de ellos acababa de llegar a la planta baja. Puck apretó el botón de llamada. En su espera daba saltitos de impaciencia, porque le pareció que el ascensor tardaba en subir más de lo normal. Por fin llegó y, medio minuto más tarde, Puck se encontraba en el vestíbulo. Miró en derredor, pero no vio a Jill por ningún lado.

¿Estaría la chiquilla en el bar?

Puck fue corriendo a cerciorarse, pero no la vio allí. Luego cruzó el vestíbulo y continuó por la puerta giratoria. En la calle miró en ambas direcciones, pero tampoco vio rastro de Jill. Se volvió hacia el portero y le preguntó:

— ¿Ha visto usted salir a la señorita Jill O’Flanagan?

— Sí; salió hace sólo un par de minutos.

— ¿En coche?

— Sí. Era un automóvil muy elegante, con chófer particular.

— ¿Iba el chófer solo en el coche?

— Lo siento, señorita, no me fijé; pero me inclino a creerlo así.

— ¿Qué dirección tomó?

— Se fue hacia allá — señaló el portero.

Puck vaciló sólo un momento. Comprendió que debía actuar de prisa, y entró corriendo en el hotel. Por suerte casi tropezó con el director Hjort, que iba hacia el bar. En pocas palabras le puso al corriente de la situación, y le preguntó:

— ¿Dio usted permiso a Jill para que abandonara el hotel?

— No, claro que no. Además, le dije que íbamos a cenar a las siete. Ya verás como viene antes. Quizá ha tenido que hacer un recado.

— Pero, si no tenía permiso para salir sin mí. ¡Ojalá no le haya pasado nada!

— Ya veremos a la hora de cenar.

— Como quiera — aceptó Puck sin convicción.

La hora que faltaba para la cena le pareció durar una eternidad. Poco a poco iban acudiendo al comedor actores y técnicos, pero Jill no apareció.



Incluso Hjort empezó a sentirse intranquilo. Puck propuso profundamente preocupada:

— Será mejor llamar al padre de Jill. Quizá esté con él.

El director fue a la cabina telefónica y habló brevemente, pero muy excitado. Poco después regresó:

— El señor O'Flanagan no sabe nada, y está muy asustado.

¡Jill había desaparecido!

* * *

En circunstancias normales, el director Hjort era un hombre con bastante sangre fría, que le permitía dominar las situaciones difíciles. En aquel momento, sin embargo, estaba confuso.

Primero pensó en avisar a la policía, pero cambió de idea.

Los periódicos matinales habían publicado la noticia sobre la

bofetada que Jill dio al barman, y era preciso no echar más leña al fuego. La niña era muy caprichosa y, si aparecía de pronto, harían un gran ridículo al haber molestado a la policía por nada.

La productora del film sería el hazmerreír de todos los irlandeses, porque las travesuras de Jill las pagarían todos. De momento, lo mejor sería esperar, aunque fuera una hora o dos. A Hjort no le satisfacía en absoluto aquella solución; pero, por el momento, no veía otra alternativa, si no quería correr el riesgo del ridículo.

El menú de la cena fue perfecto, pero el ambiente era tenso. A pesar de que nadie le tenía simpatía a Jill, la cosa cambiaba al saber que se encontraba en peligro, o que podía estarlo.

Nadie hablaba sobre ello, pero todos pensaban lo mismo. La más nerviosa era Puck. Se acordaba de los dos elegantes y misteriosos caballeros. ¿Tendrían algo que ver ellos con el asunto?

Un camarero se acercó al director Hjort y le dijo algo en voz baja. El director se levantó y abandonó la mesa sin decir palabra. Los comensales se miraron preocupados, porque tenían la sensación de que algo serio estaba ocurriendo. Puck estaba sobre ascuas. Aún estaba dándoles vueltas al asunto cuando el director Hjort regresó. Estaba muy serio y su voz no sonó muy segura cuando dijo:

— He hablado con el padre de Jill, y me ha comunicado que su hija ha desaparecido.

Per Jensen exclamó:

— ¿Qué ha desaparecido?

Todos se levantaron de la mesa muy preocupados. Gran parte de ellos se fueron directamente al bar para seguir discutiendo la situación. Puck agarró a Per del brazo y le dijo en voz baja.

— Eres tonto, hijito.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Ayer te previne de esto, pero tú estabas tan seguro... ¿Ves lo que ha pasado? Bien sabe Dios que Jill no me es simpática, pero no quisiera que le hubiese ocurrido algún accidente.

— Su padre hará lo que sea para encontrarla, le cueste lo que le cueste.

— ¿Y qué? Claro que O'Flanagan pagará, pero eso no significa que Jill regrese sana y salva. Estoy segura de que la vida de Jill peligra.

— ¿Qué hacemos entonces?

— Intentaremos buscarla..., y pronto. ¿Tienes miedo?

— No, y tú lo sabes. ¿Tienes algún plan?

Puck asintió, seria:

— Sí. Como sabes, Hjort tiene mucho miedo a hacer el ridículo, pero tenemos que ayudarle. Entraremos en acción sin decirle nada. Nos veremos dentro de diez minutos fuera del hotel y tomaremos un taxi. ¿De acuerdo?

— Pero... Bueno. Sí... ¡Ejem!... Claro.

Cuando estuvieron en el taxi, la muchacha dijo, tranquila.

— Por el momento, quiero mandar yo esta expedición. Primero iremos a casa del padre de Jill. Luego te diré el resto.

— Comprendido — murmuró Per, que había renunciado ya a comprender nada —. Lo dejo todo en tus manos, Puck.

— Eres un chico sensato.

O'Flanagan estaba muy excitado cuando Puck y Per llegaron. Ya había avisado a la policía; pero aún no tenían pista alguna que pudiera consolar al angustiado padre, el cual parecía desolado.

— Estoy dispuesto a gastarme lo que sea, pero no estoy seguro de que Jill vuelva sana y salva.

— Le comprendo — dijo Puck —. Por eso hemos venido a ayudarle. ¿Dispone usted de un par de hombres fuertes?

El director asintió confuso:

— Los dos jardineros son muy decididos.

— Reúna a sus hombres, señor O'Flanagan. Nos vamos en seguida.

— Pero... No comprendo...

— No tardará en comprender, señor. Creo saber dónde buscar a los hombres que se han llevado a Jill.

Puck se mostró tan decidida que los hombres se pusieron a su disposición sin rechistar, y poco después, todos subieron a un automóvil, que emprendió el camino hacia Dublín. Al poco rato, Puck dijo al chófer:

— Deténgase aquí y espérenos.

El día anterior, Puck había visto dónde el automóvil con los dos hombres misteriosos había girado, y al llegar cerca de aquel lugar la muchacha dijo a sus acompañantes:

— Desde este momento debemos tener mucho cuidado. Estoy

segura de que los hombres se encuentran en esa casa.

— ¿Y Jill? — preguntó O'Flanagan, preocupado.

— Seguramente también ella estará ahí — contestó Puck, tranquila —. Además, estoy segura de que no sospechan nada. Si actuamos con rapidez y en silencio, acabaremos con este asunto en un santiamén.

O'Flanagan agarró a Puck del brazo y le dijo en voz baja:

— Siento un gran respeto por ti, hijita, pero esto es muy peligroso. Si tu sospecha resulta cierta, sería mejor avisar a la policía.

— No, por favor — dijo Puck, segura de sí —. Su hija ha originado ya tantas dificultades a la productora cinematográfica en este viaje, que el director no soportaría más escándalos. Intentemos arreglarlo solos. Si no lo logramos, que se encargue la policía del caso.

El director O'Flanagan estaba muy preocupado.

— No me gusta llevar una pistola en el bolsillo, pero quizá será necesaria.

— Es muy posible — dijo Puck con sequedad.

— Eres una chica impresionante — murmuró O'Flanagan.

— Tengo cierta experiencia — admitió Puck sonriente—. Junto con mis amigas, he participado en muchos casos, pero éste creo que es el más serio. Ahora debemos actuar.

* * *

Cuando sólo faltaban unos cincuenta metros para llegar a la casa, Puck se detuvo y dijo en voz baja:

— Será inútil que entremos todos a la vez. Propongo ser yo quien vaya primero a explorar.

— ¡Ni hablar! — declaró Per Jensen, decidido—. Tú ya has realizado tu parte. Ahora nos toca a nosotros. ¿Crees de veras que se encuentran en esa casa?

— Sí.

— ¿Y qué tienen a Jill con ellos?

— Sí.

— Está bien. Arriesgaré el pellejo. Voy a investigar.

— Como quieras — dijo Puck—; pero te aprecio tanto, Per, que me sentiría muy triste si algo llegara a ocurrirte.

— No te preocupes.

— Está bien... ¡Suerte! Te esperaremos en el jardín, delante de la casa. Como ves, hay luz en esas ventanas que dan al jardín. Lo mejor será que entres por el otro lado de la casa.

— Gracias, Puck — dijo Per con ironía —. Eres un sol. Pero no nací hace cuatro días.

— Pues no lo sé. Tu reacción de ayer, cuando te expliqué...

— ¡Adiós! — dijo Per apresuradamente.

Silencioso como un gato, avanzó hacia la casa. Se iba ocultando en la sombra del edificio y de los árboles. Poco después se encontró en la parte de atrás, donde todo estaba a oscuras. Se quedó un rato escuchando, pero no oyó nada sospechoso. El silencio era tan absoluto que resultaba escalofriante.

Por naturaleza, Per Jensen era un joven valiente; sin embargo, no estaba muy conforme con aquella situación. Creía que Puck estaba en lo cierto, pero ¿cómo y por dónde empezar? Se deslizó a lo largo del muro de la casa que estaba a oscuras. Tanteaba las ventanas con las manos, pero todas estaban cerradas. Para investigar tenía que entrar en la casa. Pero ¿de qué manera?

Como fotógrafo de prensa, Per Jensen se había enfrentado con muchas situaciones difíciles para lograr fotos interesantes. Había subido a chimeneas, trepado por inseguros canalones a un viejo tejado, sacado fotos de un naufragio colgado de una escala de cuerda... Había intentado lo imposible como fotógrafo de prensa.

Pero, en aquel instante, no sabía cómo entrar en una casa de las afueras de Dublín.



«Per Jensen — se dijo a sí mismo—si no tienes otra solución, ábrete camino a patadas. No vas a dejar que Puck se ría de ti.»

A tientas, alcanzó una escalera con barandilla de hierro. Se quedó escuchando. Subió los escalones y probó la puerta. ¡Estaba abierta!

«¿Se tratará de una trampa?» — pensó, precavido.

«Tonterías — se contestó—. Es imposible. Las personas que en este momento estén dentro no tienen ni la más mínima sospecha de que se les busca.»

Abrió la puerta del todo y entró en la oscuridad. No podía orientarse; andaba a ciegas. Avanzó sin ton ni son, y al final puso su mano en una manija. Con mucho cuidado, la presionó, deseando con toda su alma que la puerta estuviera abierta, y tuvo suerte. Entró en un largo pasillo iluminado por una sola lámpara.

Y ahora ¿qué? Per Jensen solía actuar con sangre fría, pero en aquel instante estaba perplejo. El pasillo era muy largo y había varias puertas. ¿Cuál escoger? Era imposible saberlo, y Per decidió empezar por la más cercana. Se paró para escuchar, pero no se oía nada. Era como si toda la casa estuviera durmiendo el sueño de la Bella Durmiente. Pero no podía ser, puesto que las luces estaban encendidas en varias habitaciones. Debía de haber gente en algunas de ellas.

Ante la última puerta a mano izquierda, Per se quedó escuchando con gran atención. Estaba seguro de haber oído una voz en el interior. Durante varios segundos se quedó quieto, pero todo era silencio. ¿Se había equivocado? No; imposible. Su oído siempre había sido muy fino y jamás le había fallado.

Tenía que arriesgarse. Accionó la cerradura y abrió mientras rogaba al Cielo que no crujiese.

No hizo ruido alguno. Milímetro a milímetro, hizo girar la puerta y pudo ver la iluminada habitación. Per quedó sorprendido. Sentada en uno de los sillones se hallaba Jill. En medio de la habitación, dos jóvenes jugaban al ajedrez y parecían muy entretenidos en el noble juego.

En la pared de enfrente había un espejo colgado, y Per vio en él con claridad al hombre que en aquel momento le daba la espalda. Su expresión era sombría y concentrada. Durante un instante, el tipo aquel levantó la cabeza y Per le pareció que sus miradas se encontraban en el espejo. El hombre, sin embargo, se inclinó de nuevo sobre el tablero y movió un peón. Luego dijo a su contrincante:

— Piensa tu jugada. Yo voy por unas copas.

Se levantó y desapareció del campo visual de Per. Éste, durante

un momento, se quedó indeciso. ¿Qué podía hacer? Lo mejor sería, sin duda, avisar a los demás. Todos juntos vencerían a aquellos hombres y liberarían a Jill.

Per cerró cuidadosamente la puerta. Cuando iba a emprender la retirada, oyó a sus espaldas una voz dura que le ordenaba:

— ¡Arriba las manos!

Per obedeció en el acto. No tenía alternativa. Quedó inmóvil con los brazos en alto. La voz se oyó de nuevo:

— No sé quién es usted, señor mío, pero lo vi por casualidad en el espejo de la pared. Ésta es una casa particular, y usted la ha invadido sin permiso. Tendrá que conformarse con el destino que le tengo reservado. ¿De dónde es usted?

— Soy danés.

— Pero usted habla y entiende el inglés; así que entre ahí. Y no intente nada.

Como Per vacilaba, notó algo frío en la nuca. Comprendió que debía ganar tiempo, aunque tenía la sensación de que se hallaba en un serio peligro. No obstante, procuró mantener la cabeza serena.

Per entró en el cuarto, como le ordenaban. El que se había quedado en la mesa miró asombradísimo al recién llegado, y a su compañero que iba pistola en mano.

— ¿Qué demonios...? — empezó.

Pero el otro le interrumpió con sequedad:

— Calma, amigo. Este tipo se ha colado en la casa para espiarnos. Debemos decidir qué hacemos con él.

Y señalando a Jill continuó:

— Tendremos que retenerle aquí hasta después que nos paguen.

— Sí; tú mandas.

— Otra advertencia a ti, danés: no intentes nada.

Per sabía que lo mejor era seguirles el juego. Si lograba ganar tiempo, tarde o temprano llegaría la ayuda de fuera.

— Siéntate — le ordenaron.

Per obedeció en el acto.

— ¿Qué te ha traído a esta casa?

Per contaba con esta pregunta y tenía la respuesta lista:

— Vine a robar.

— No tienes aspecto de ladrón.

— Me quedé sin dinero en Dublín y he de pagar mi hotel.

— ¿Y por qué escogiste esta casa precisamente?

— Por casualidad. Cuando pasé por aquí, me pareció que la casa debía de pertenecer a un hombre muy rico, y me arriesgué.

— ¿Y no vacilaste al ver la luz encendida?

— Pues..., un viejo dicho aconseja que una casa oscura es peligrosa para un ladrón

— No tengo ni idea. No soy ladrón.

«Yo tampoco; sólo intento llevarme a Jill» — tuvo ganas de responder Per, pero supo callar.

Se dijo que era una suerte que la muchacha no hubiese hablado al verle entrar, ya que, de haberle reconocido, la batalla hubiese estado perdida de antemano.

Ahora, tras escuchar sus «mentiras», como era bastante inteligente, ya no diría nada.

Los ojos del secuestrador expresaban duda cuando dijo:

— Esa chica también es danesa, o medio danesa al menos. ¿Os conocéis?

Para disimular, Per miró a Jill detenidamente. Luego contestó:

— No puedo decirlo. No le veo bien la cara... De todos modos, yo no conozco a ningún compatriota en Dublín.

— ¿Ni a nadie de la productora cinematográfica que rueda aquí?

— No.

Per sabía muy bien que con aquella contestación tan decidida corría un grave riesgo, pero no había otro remedio. El hombre parecía satisfecho con la respuesta, porque no preguntó más, y comenzó a pasear por la habitación. Al final se detuvo ante su compañero y dijo con fastidio:

—¡Qué contratiempo tener que cargar con este tipo también! Pero no tenemos alternativa

— Es cierto.

Per no pudo menos que sentir escalofríos. Estaba en la boca del lobo.

Mientras los dos hombres seguían hablando, Per giró la cabeza y le guiñó un ojo a Jill. Ella le devolvió el guiño e incluso pareció sonreír, aunque Per no podía decirlo con seguridad, a causa del pañuelo que le tapaba la cara. Lo principal era que ella parecía tomar la situación con más calma. ¡Qué chica!

Los dos sujetos continuaron su conversación en voz baja, y Per

no pudo entender nada. ¿Qué estarían tramando aquellos tipos? Tratándose de aquella clase de individuos, había que estar preparados para lo peor.

«De todas formas, la ayuda ya no puede tardar» — pensó Per, algo preocupado, porque tenía la terrible sensación de que, tanto para él como para Jill, el peligro iba en aumento.



Cuando Per desapareció detrás de la casa, O'Flanagan, Puck y los jardineros se quedaron en la oscuridad del seto.

Ninguno de ellos creía que la expedición de Per durara mucho tiempo. Sólo iba a explorar el terreno y luego harían un plan de ataque juntos.

Sin embargo, la espera fue larga. El nerviosismo de Puck iba en aumento. Tenía el presentimiento de que algo andaba mal, y no quitaba la vista de las ventanas iluminadas. Le fastidiaba no poder ver lo que ocurría dentro porque habían bajado las cortinillas de resorte. Tampoco se veían sombras proyectadas sobre ellas. Si había gente en aquella habitación, debían de estar tranquilamente sentados.

Por un momento, Puck llegó a temer que su teoría fuera errónea, pero rechazó tal pensamiento. No había equivocación posible: Jill y aquellos hombres debían de encontrarse en la casa.

— Me parece que el señor Jensen tarda mucho — dijo O'Flanagan en voz baja —. Creo que deberíamos hacer algo, ¿no?

— Sí.

Puck iba a decir algo más, pero de repente agarró el brazo de O'Flanagan. Señaló una ventana y exclamó:

— ¡Mire!... ¡Mire!

El padre de Jill estuvo a punto de gritar. Dos sombras se proyectaron sobre la cortinilla de resorte de una de las ventanas. Una persona pasaba con los brazos en alto y detrás de ella iba otra, vigilando la primera.

Puck comprendió en el acto. ¡Per había sido sorprendido por aquellos hombres!

— ¡Entremos en la casa en seguida! —dijo O'Flanagan, excitado.

Sacó su pistola y se dispuso a correr, pero Puck le detuvo.

— ¡Espere! No vayamos a comerte una estupidez.

— ¡Jensen está en peligro!

— No, de momento no — dijo Puck, con fingida calma—. Si hubieran querido hacerle daño, ya lo hubiesen hecho.

— Eso solamente son suposiciones tuyas.

— Sí, pero creo que estoy en lo cierto. Deje que encierren a Per. Luego, cuando estén más tranquilos, atacaremos.

Puck concluyó, tranquila:

— Estoy casi segura, señor O'Flanagan, de no equivocarme. Quizá sea ésta nuestra única oportunidad de evitar un conflicto esta noche. Si entramos corriendo ahora, podemos estropearlo todo.

— Pero Jill puede estar en peligro de muerte...

— No en este preciso instante.

— Quiero subir en seguida...

— ¿Y ser el causante de la muerte de Jill?

— ¿Qué dices? — exclamó el pobre padre.

Puck apoyó la mano en su brazo para tranquilizarle.

— Cállese, señor O'Flanagan — le dijo—. Vamos a esperar un par de minutos más. Estoy dispuesta a asegurar que ésta va a ser nuestra única oportunidad.

— ¡Ya me encargaré yo de éstos!

Puck se acordó de los premios de plata y trofeos de caza que había visto en la mansión del padre de Jill. No había duda de que era un diestro tirador de pistola. Los jardineros empezaban a impacientarse. Eran tipos grandes y fuertes que no parecían tener miedo al peligro. Quizá su sueño era ser algún día policías en Nueva York o en Londres. Parecían querer acción. Minutos después, Puck

dijo con calma:

— Ha llegado el momento. Per ha entrado en la casa por atrás; así que hemos de usar el mismo camino, pero debemos avanzar en silencio. Sígueme.

— No, hijita — interrumpió O'Flanagan con gran decisión—. Nada de seguirte a ti. Yo tomaré la delantera y tú irás detrás de mi gente. No podemos permitir que una joven como tú vaya en primera línea.

— Como usted quiera, señor.

Puck no estaba muy contenta con tal solución, pero comprendió que era lo más correcto, así que obedeció sin rechistar. O'Flanagan tomó la delantera y, en fila india, avanzaron hacia la casa en la oscuridad.

El padre de Jill había sacado su pistola y la llevaba lista para abrir fuego. Poco después entraban por la puerta trasera y continuaron por el pasillo, iluminado por la solitaria bombilla.

— Debe de ser una de las últimas puertas de la derecha — murmuró Puck.

Aunque procuraban no hacer ruido, era inevitable que las viejas tablas del pasillo crujiesen. Los hombres apenas pensaron en ello, pero a Puck no le gustó nada el leve ruido. ¿Se habrían dado cuenta los secuestradores?

O'Flanagan se detuvo ante una puerta e hizo un gesto de advertencia a sus compañeros.

En la habitación, detrás de la puerta, había oído el ruido de una silla al ser arrastrada, pero no se oían voces.

El padre de Jill tenía ya la mano en la manija para abrir cuando sonó un grito en la habitación:

— ¡Cuidado los de fuera!

* * *

O'Flanagan oyó la advertencia, pero no hizo caso. Abrió la puerta con estrépito y se agachó al entrar. Tras él penetraron los dos robustos jardineros. Los dos hombres, que se habían escondido a los lados de la puerta, se abalanzaron sobre O'Flanagan, sin haberse fijado en que éste no iba solo.

En seguida los jardineros dominaron con presteza a los dos hombres, evitando así lo que hubiera podido sucederle al padre de Jill. Una vez reducidos ambos hombres, Jill corrió emocionada

hacia su padre, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Era una reacción muy normal, pero había una cosa que a Puck le alegraba muchísimo. Jill no había dado las gracias por haber sido salvada, sino que su primer pensamiento fue la salud de su padre. Era un punto a su favor. Sin duda, había algo de valor en aquella niña chiflada.

Cuando Jill se hubo tranquilizado, su padre le dijo:

— Hemos tenido suerte de llegar a tiempo... y todo se lo debemos a la señorita Puck.

— ¿A Puck? — hipó Jill.

— Sí. Ella fue quien nos trajo a esta casa a buscarte. Si no hubiera estado tan despierta ayer, no habiéramos sabido dónde estabas, y hubiera peligrado tu vida.

Jill se separó de su padre, cruzó la habitación y abrazó a Puck, mientras hipaba:

— Eres un encanto, Puck... Gracias... ¡Un millón de gracias!



—No hay de qué.

— ¿Estás..., estás enfadada conmigo?

— No, ya no — contestó Puck, alegre, y abrazó a la chiquilla —. Tienes mucho genio, pero no eres mala. Estoy contenta por ello.

— Te prometo no pedir «Martinis»..., hasta ser mayor de edad.

— Estupendo, Jill.

— Sí, ¿verdad? — sonrió la chiquilla entre lágrimas —. Además, ahora puedo confesarte que ni siquiera me gustan.

— A mí tampoco. Probé uno ayer noche y tardaré un par de años en pedir otro.

— ¿Qué hacemos con estos tipos, señor? — preguntó uno de los jardineros.

— Déjelos para la policía — contestó O’Flanagan —. Voy a llamarla.

Mientras hacía su llamada, Per le dijo a Puck, riendo:

— Fue en el último momento, pequeña, pero gracias.

— De nada, amigo. Pero ¿cómo caíste en la trampa?

Per le explicó su aventura, y Puck rió:

— Pareces tonto.

— Viene de nacimiento. Y creo que tengo otra virtud también de nacimiento... Espera.

El joven fotógrafo de prensa salió como un rayo de la habitación, Puck se quedó asombrada. ¿Qué le ocurría a aquel chico?

La respuesta llegó minutos más tarde. Per, jadeante, volvió con su máquina fotográfica, que había ido a buscar al coche.

Miró a los dos detenidos que estaban sentados en sendas sillas, con aspecto mohíno, y luego dijo a uno de los jardineros:

— Colóquese como si esperara a que éstos se levanten para atacarle.

Y Per obtuvo otra estupenda fotografía para su revista.

* * *

La alegría fue enorme en el hotel cuando Jill regresó sana y salva con su padre, Puck, Per y los jardineros. El hecho de que la pequeña estrella infantil hubiera sido una tortura para ellos, estaba olvidado.

O’Flanagan se encontraba de un humor exhuberante, e invitó a todos a tomar una copa en el bar. Jill fue directamente a la barra, y dijo al «barman» en voz baja:

— Siento muchísimo lo ocurrido ayer. Le pido disculpas. ¿Está usted enfadado conmigo?

— En absoluto, señorita.

— ¡Cuánto se lo agradezco! ¿Puedo ofrecerle una copa?

— Gracias, señorita, pero no puedo beber en horas de trabajo.

— Pues entonces mañana le daré una fotografía mía con un autógrafo.

— Gracias, señorita... Eso me hará muy feliz.

Puck, que había escuchado la conversación, no pudo por menos que sonreír. No había duda de que aquel suceso había hecho cambiar a la chica, aunque no su vanidad de estrella. Ella estaba convencida de hacer feliz al «barman» regalándole una foto suya con una dedicatoria. No; en ese sentido, Jill no había cambiado.

Fue una alegre reunión la del bar, y O'Flanagan se mostró espléndido respecto a los gastos. Sus invitados podían tomar lo que quisieran. Cuando Jill regresó de la barra, su padre le preguntó:

— Bien, Jill. ¿Qué quieres tomar?

— Me apetece una naranjada con hielo.

Sonrió a Puck como preguntándole: «¿Verdad que me porto bien?» Y la sonrisa de Puck significaba: « ¡Ojalá dure! »

En el elegante bar solían servir buena cerveza de barril para acompañar unos excelentes canapés, pero aquel día nadie parecía acordarse de ello. Junto con los jardineros, Per Jensen se deleitaba bebiendo abundante «Guinness's Stout», que mejoraron mucho su humor. Por todos lados se oían risas y conversaciones alegres. Era la reacción natural, tras los dramáticos acontecimientos.

Puck se volvió hacia Jill y le dijo:

— Hay algo que no comprendo. ¿Por qué subiste a aquel automóvil?

— Fue una tontería — contestó Jill, evasiva, pero luego continuó con decisión —: A veces soy muy tonta. Me llamaron por teléfono y un hombre de voz agradable y cultivada me dijo que mi padre tenía una sorpresa para mí, y que me esperaba un automóvil fuera del hotel.

»Fui tan tonta que no sospeché nada. Un chófer uniformado me abrió la puerta. Después de un cuarto de hora de marcha, el automóvil se detuvo y un hombre subió inesperadamente. Después me llevaron a aquella casa, y el resto ya lo conoces. Luego dijo, alegre:

— Papá me ha dicho que, para encontrarme, estaba dispuesto a pagar un millón de coronas. ¿Qué te parece?

— Para tu padre vales eso y mucho más — comentó Puck.

Poco después los periodistas y fotógrafos empezaron a llegar. La

noticia sobre el dramático secuestro y la también dramática liberación se había extendido.

Si antes no se habían preocupado por Jill O'Flanagan, entonces era noticia de actualidad, incluso sin la intervención de Preben Hoeyer.

Las preguntas llovían sobre Jill, Puck y O'Flanagan. Los fotógrafos disparaban sus cámaras continuamente. Per Jensen aprovechó la ocasión para tomar un par de fotos también. Jill se sentía feliz.

* * *

Al día siguiente, las filmaciones salieron a pedir de boca. Jill se mostraba muy dócil, y las diferentes secuencias resultaron sensacionales. Actores y técnicos estaban contentos. Los periódicos habían publicado reportajes gráficos sobre los dramáticos acontecimientos, y Preben Hoeyer se frotaba las manos: ¡Publicidad gratis! En realidad, aquellos dos hombres se merecían una carta de gratitud, pensaba.

Durante los días siguientes, el trabajo salió también a la perfección. Según el director, Jill nunca había actuado tan bien ante las cámaras. Trabajaba con disciplina, sin comentarios provocativos.

A pesar de los cinco años de diferencia, Puck y Jill se habían hecho grandes amigas y fueron varias veces a visitar al padre de Jill en Donovan House. En una de las visitas, Puck dijo a su amiga:

— Tienes un padre maravilloso, Jill.

— Sí, el mejor del mundo. Sin embargo...

Jill calló, pero pronto continuó con voz ronca:

— Sin embargo, todo es muy difícil, Puck. Sé muy bien que soy caprichosa y que todos habéis estado muy irritados conmigo. Pero todo es tan difícil... Mis padres se separaron cuando yo tenía ocho años. No lo comprendí al principio; pero, poco a poco, me iba enterando de las cosas, y todo me pareció muy negro... Bueno; creo que llegué a odiar a todo el mundo. ¿Puedes comprenderme?

Puck asintió:

— Sí. A mí me ha ocurrido algo por el estilo, y no fue fácil superarlo, desde luego.

— ¿Se separaron tus padres?

— No... Mi madre murió en un accidente automovilístico.

— ¡Pobre!

— Sí, fue un duro golpe. Pero, ya sabes; el tiempo lo cura todo. Aún me acuerdo de mi madre con gran cariño; sin embargo, lo que ocurrió parece ya tan lejano... Ahora me siento muy feliz porque tengo una madrastra buenísima. Somos muy buenas amigas.

— ¿Viven tus padres en Copenhague?

— No. Mi padre está realizando un proyecto de su empresa en la India, pero pronto regresará. Me hace mucha ilusión pensar en ello. En el pensionado de Egeborg tenía muchos amigos. Pero ahora... Bueno.

Puck sentía necesidad de confiarse a alguien, y le contó a Jill cuánto sabía del elegante instituto donde Karen y Navio habían sido matriculadas, y al que ella también quería ir.

— ¿No te ha contestado aún tu padre? — preguntó Jill.

— No, aún no... Pero quizá cuando llegó mi carta él tenía mucho trabajo. Ya me escribirá pronto.

— ¡Suerte, Puck!

— Lo mismo te deseo.

Poco después, las dos muchachas regresaban al hotel. Cada una se fue a su habitación. Puck tomó un baño, dispuesta a descansar antes de la cena.

Sonó el teléfono. Puck descolgó y oyó una voz que preguntaba:

— ¿La señorita Bente Winther?

— Sí, soy yo.

— Le llaman de Nueva Delhi. No se retire.

El corazón de Puck empezó a latir con fuerza, como si fuera a estallar en su pecho. Escuchó febrilmente el zumbido del teléfono. Un momento después la telefonista indicó:

— Hablen.

Puck dijo con voz entrecortada:

— Diga... Diga...



—¿Eres tú, Puck?

— Sí soy yo, papá. ¡Hola!... ¿Cómo estáis?

— Bien, hijita... ¿Y tú?

— Maravillosamente.

— Estupendo, cariño. Cuando llegó tu carta a Nueva Delhi, yo había salido de la ciudad por un par de semanas. Estaba en las montañas. Por eso no he podido contestarte antes. Iremos a Dinamarca a pasar las vacaciones dentro de un mes, pero antes quiero decirte que te doy mi permiso para seguir estudiando en el «Instituto Clara Moeller para señoritas». He mandado un telegrama a mi hermana que lo arreglará todo cuando regreses a Copenhague.

— ¡Un millón de gracias, papá!... Pero, ¿cuántos días de vacaciones tenéis?

— Un poco más de un mes. Lo pasaremos bien, te lo prometo, Puck. ¿Has vivido alguna nueva aventura?

— Varias... Pero ya te contaré, papá. Te va a subir mucho la conferencia. Mañana mismo te escribiré una carta.

— De acuerdo, hija. ¡Hasta pronto!

— ¡Hasta pronto, papáito! ¡Recuerdos!...

Colgó y se quedó un momento confusa porque, de repente, se le ocurrió pensar que había oído a su padre con tanta claridad como si hubieran estado en la misma habitación. Una conferencia con un pueblo cualquiera del mismo país era a menudo mucho más confusa. Puck se levantó de un salto, fuera de sí de júbilo, y entró corriendo en la habitación de Jill, gritando:

— ¡Jill! ¡Jill!... ¡Acabo de hablar con mi papá por teléfono! Vendrá pronto a pasar sus vacaciones conmigo, y me ha dado permiso para estudiar en el «Instituto Clara Moeller».

— ¡Enhorabuena! —dijo Jill en voz baja.

— Gracias... Soy tan feliz... No acabo de creerlo.

Jill asintió con tristeza:

— Debe de ser maravilloso sentirse tan feliz, Puck..., feliz de verdad...

—

Y la niña se fue hasta el balcón y se quedó mirando las iluminadas calles de Dublín.

FIN